

NO HE ACABADO CONTIGO



JESSICA LOZANO

NO HE ACABADO CONTIGO

Jessica Lozano

Copyright © 2014 Jessica Lozano

All rights reserved

Safe Creative: 1401289954418

ISBN-13: 978-1495344312

ISBN-10: 1495344312

Diseño de portada Alexia Jorques

<http://www.alexiajorques.com>

Este libro va dedicada a todas las personas de las redes sociales, conocidas y desconocidas que gracias a sus comentarios y ánimos influyeron para que esta novela saliera a la luz. Muchas gracias.

INDICE

[CAPÍTULO 1](#)
[CAPÍTULO 2](#)
[CAPÍTULO 3](#)
[CAPÍTULO 4](#)
[CAPÍTULO 6](#)
[CAPÍTULO 7](#)
[CAPÍTULO 8](#)
[CAPÍTULO 9](#)
[CAPÍTULO 10](#)
[CAPÍTULO 11](#)
[CAPÍTULO 12](#)
[CAPÍTULO 13](#)
[CAPÍTULO 14](#)
[CAPÍTULO 15](#)
[CAPÍTULO 16](#)
[CAPÍTULO 17](#)
[CAPÍTULO 18](#)
[CAPÍTULO 19](#)
[CAPÍTULO 20](#)
[CAPÍTULO 21](#)
[CAPÍTULO 22](#)
[CAPÍTULO 23](#)
[CAPÍTULO 24](#)
[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

Tara estaba comprobando la cartelera. Había una película que le llamaba bastante la atención, el tráiler le pareció interesante. Una mujer que se iba cargando a los tíos por una cuestión de venganza, podía parecer la típica película, pero siempre le habían llamado la atención las mujeres fuertes e independientes.

Sonia todavía no había llegado y tampoco le cogía el teléfono, en menos de media hora iba a comenzar. Su amiga quería ver una romántica, no es que no le gustara este género, pero ésta tenía pinta de ser bastante dramática. No sabía por qué se empeñaban en hacer películas así, ¿qué tenía de bonito que al final se separaran o que los protagonistas lo pasaran fatal?, bastantes cosas malas había en la vida real como para verlas también en el cine.

En ese momento sonó el teléfono:

—Tara, el muy cabrón de mi jefe me ha dicho que me tengo que quedar a trabajar hasta el cierre, hay demasiada gente en el bar. No he podido llamarte hasta ahora —la voz de Sonia sonaba bastante cabreada.

—Será capullo, siempre te hace lo mismo. Estoy deseando que lo mandes a la mierda.

—Te puedo asegurar que en mi mente está rebozado en ella —Tara se rió.

—Bueno, no te preocupes, quedamos otro día para ver la película.

—¿Vas a esperar para verla conmigo?

—Sí, cogeré algo para cenar y me iré a casa.

—Siento no haberte llamado antes, me lo ha dicho a última hora y después el muy capullo no me quitaba el ojo de encima. Pero en fin, como están las cosas, no puedo permitirme dejar este trabajo.

—Lo entiendo, vuelve a trabajar, no vaya a ser que te diga algo. Un besazo, mañana hablamos.

Ya era tarde, tenían pensado ir a la sesión de las once y media. Al trabajar en un bar, su amiga casi siempre salía de noche. Volvió a fijarse en la película que le gustaba, comenzaba en veinticinco minutos. No había mucha gente a esas horas, era viernes y en agosto Madrid estaba medio vacío. Se disponía a marcharse, pero lo pensó mejor. Nunca había ido al cine ella sola, la verdad es que no le apetecía volver a casa y, al fin y al cabo, iba a hacer lo mismo; ponerse el pijama, cenar algo y ver una película.

Se decidió, y sin pensarlo más, se fue hacia la taquilla. Había dos personas delante de ella, mientras estaba buscando el monedero en el bolso se sintió observada y notó un cosquilleo en la nuca. Cuando lo encontró, se giró y se quedó paralizada.

Detrás de ella estaba el hombre más atractivo que había visto nunca: Alto, fuerte, y con los ojos

profundamente oscuros e intensos. Él la miró fijamente y un brillo extraño se reflejó en sus ojos. Un escalofrío la atravesó, pero no era miedo, deseo..., sí, eso es lo que sintió. Se dio la vuelta de nuevo.

La chica de la taquilla le estaba hablando, Tara se dio cuenta y volvió en sí. Le dijo la película que quería ver. Seguía sintiendo su presencia detrás de ella, cada vez estaba más nerviosa y no entendía el motivo.

—Nueve euros —reclamó la taquillera.

«Madre mía, nueve euros. Me habría salido más barato ver la película en casa», reflexionó Tara.

Cogió la entrada y siguió andando hacia el cine. Se moría de ganas de girarse y volver a mirarlo, pero no debía hacerlo, así que prosiguió. Le dio la entrada al chico de la puerta y avanzó por el largo pasillo. No desaparecía esa inquietud de su cuerpo.

Llegó a la sala, estaba medio vacía. Vio a dos parejas en las filas del fondo, unos en el lado derecho del cine y otros en el medio. Desde que había visto a ese hombre tan atractivo, su mente y su cuerpo se sentían cada vez más nerviosos e intranquilos. Respiró profundamente y buscó su asiento, estaba centrado, en la fila siete de quince. El aire acondicionado esta vez estaba perfecto, no hacía mucho frío. Llevaba un corto vestido de tirantes, un poco suelto por abajo y ajustado en el pecho, era realmente cómodo.

Cuando se sentó comenzó a sentirse más tranquila, no estaba sola en la sala y le apetecía mucho ver la película. De repente lo vio entrar. El corazón le retumbó fuerte y duro contra el pecho. Él comprobó su entrada y lentamente subió las escaleras. «Dios mío». Era alto y tenía un cuerpo increíble, llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta negra que dejaba ver sus brazos, fuertes y gruesos. Se imaginó rodeada por ellos y una sacudida de placer fue directa a la parte inferior de su cuerpo. «Para, estás fatal», se regañó a sí misma.

Siguió subiendo y se detuvo en la fila donde estaba sentada, la miró y comenzó a andar hacia ella. «No me jodas que se va a sentar donde estoy yo, ¡pero si el cine está vacío!», se sorprendió cada vez más agitada. Llegó donde estaba ella y se levantó para dejarle pasar. Él clavó de nuevo los ojos en los suyos. Parecía que la estaba desnudando con aquella penetrante mirada, en ese breve instante sintió lo grande y masculino que era. El espacio se le hizo demasiado pequeño y los cuerpos se rozaron, tembló de necesidad al sentir su presencia, su mirada, su roce.

Se volvió a sentar, él comprobó de nuevo la entrada y dejó dos asientos de distancia entre los dos. Liberó el aire de sus pulmones, que, sin darse cuenta había retenido por la tensión. Él volvió a levantarse y se sentó justo a su lado. La miró y se inclinó hacia ella.

—Este es mi asiento —le enseñó la entrada para que viera el número, era justo el siguiente al

suyo. No podía hablar, se había quedado con la boca abierta por la masculina voz que tenía. «Tara, di algo so imbécil» se recriminó.

—Ok, me pondré yo en otro asiento —se iba a levantar y él la paró agarrándola suavemente del brazo. Sintió el calor de su mano sobre la piel y la volvía a mirar intensamente. Notó que su cuerpo se volvía a estremecer.

—A mí no me molestas —aquella voz ronca y profunda la excitó de nuevo—. Podemos ver la película juntos.

Una perezosa sonrisa perfiló sus labios y en ese momento se apagaron las luces de la sala. Ese cruce de miradas la estaba matando. Finalmente con la oscuridad que los envolvía, encontró el poco valor que tenía. Tara asintió y él apartó la mano del brazo. Los tráileres comenzaron y ella no hacía más que preguntarse qué narices estaba haciendo, se debería haber alejado, pero le atraía de una forma primaria, extraña y desbordante. Quería seguir sintiendo aquello.

La película comenzó, pero no podía concentrarse, sentía demasiado su presencia. Y su olor... era exquisito, hacía que quisiera comérselo, devorarlo y besarlo. En un instante él puso el brazo al lado del suyo, rozándole, piel contra piel. De nuevo el calor se extendió por todo su cuerpo, sintió la humedad crecer entre sus piernas.

Apareció la protagonista duchándose, se podía ver su escultural cuerpo, bronceado y perfecto. Un hombre entraba con ella en la ducha y se empezaban a tocar, a besarse. Esto no estaba ayudando, cada vez el ambiente se tornaba más asfixiante, tanto dentro como fuera de la pantalla. «¿Estará sintiendo él lo mismo que yo?», se preguntó Tara. Pronto lo sabría...

Los masculinos dedos se acercaron a su mano, la rozó suavemente con uno de ellos y Tara le miró. Él seguía con la vista al frente, observando la película, como si no estuviera ocurriendo nada entre los dos. Volvió a mirar la pantalla. La protagonista estaba ahora medio desnuda, luchando con varios hombres, dándoles una buena paliza.

Él comenzó a acariciarle los dedos, e increíblemente todo su cuerpo entró en llamas. En ese momento, el aire acondicionado ya no le parecía tan perfecto, tenía demasiado calor. Se preguntó qué estaba haciendo, ¿esto es lo que se suponía que hacían algunas personas, incluso sin conocerse? Nunca había hecho algo así. Al menos en una discoteca hablabas un rato, decías tu nombre. Pero ahora, todo esto era nuevo para ella, y francamente le daba igual, solo quería seguir sintiendo aquello, algo que nunca, con ningún otro hombre había logrado sentir. Jamás nadie le había despertado sus instintos más ocultos con una simple mirada, con el roce de su mano, su olor, su voz...

La respiración de Tara se agitaba por momentos. Le miró, a él también se le notaba cada vez más excitado y respirando con dificultad, su pecho ascendía y bajaba más rápido. Separó la mano

de ella y la apoyó en el femenino muslo. Tara se tensó. Él se quedó quieto, sin moverse, parecía que estaba esperando su aprobación. Dios mío, quería que la subiera hacia donde más anhelaba ser tocada por él.

Debería estar pensando en las consecuencias, pero se estaba dejando llevar. Se quería sentir como la protagonista de la película, fuerte, valiente y que no le importaba nada. Quería vivir el presente, ese momento, ese intenso instante. Él comenzó a deslizar la mano por el suave muslo, subiendo muy despacio. Se lo permitió, pero se paró justo al lado de su tanga, la proximidad la alteró y por un momento pensó que pararía. No sabía a qué estaba esperando.

Damyán la vio observando la cartelera, seguramente estaba esperando a alguien. Le pareció un bombón que necesitaba saborear. Llevaba el pelo suelto y largo, le llegaba hasta la cintura, el vestido se le ajustaba en el pecho y la hacía extremadamente sensual. Se había endurecido solo con verla. La llamaron por teléfono y, por su expresión, le acababan de dar plantón. Vio como dudaba si quedarse o irse. Se alegró al ver que iba a entrar sola en el cine. Cuando ella le miró, supo en ese instante que iba a hacerla suya. Escuchó cuando pidió la entrada que iba a ver la misma película que él y no pudo evitar preguntarle a la taquillera que asiento había pedido para sentarse justo a su lado.

Ahora estaba allí, empalmado como nunca y a punto de tocarla en su zona más íntima, le había dejado llegar hasta ahí y no se lo podía creer. No pensaba hacer nada en el cine. Tenía pensado invitarla a tomar algo después de la película, pero al sentarse junto a ella y rozarla, un instinto primitivo y salvaje lo atacó. Quería besarla, era tan suave... Apartó lentamente el tanga con uno de sus dedos y logró tocarla, estaba muy húmeda y más que preparada. Dios mío, estaba tan excitada como él.

Escuchó que contenía un gemido y se endureció aún más, estaba perdiendo el control. Sintió la suave humedad entre sus dedos, el clítoris se había agrandado por su deseo. Sin previo aviso le metió un dedo, que hizo que un pequeño gemido brotara de sus labios, la vio agarrarse a la silla con más fuerza. En el aquel instante, ella deslizó la mano en su pantalón, comenzó a desabrocharle el botón y le bajó la cremallera.

—Sí... libérame —dijo excitado.

Metió la mano entre sus pantalones. Con su otra mano le ayudó para que pudiera acceder fácilmente a su erecta longitud. Por un momento dejaron de tocarse y se miraron. Necesitaban más. Él intentó apartar el brazo del asiento y, afortunadamente, se podía levantar. Ahora no tenían nada que les impidiera tocarse. Miró hacia las parejas que estaban concentradas en la película, apenas los podía ver, estaban detrás del todo. Se fue acercando hacia ella, la cogió del cuello con la mano y la acercó hacia sus labios. La besó suavemente, pero al instante comenzó a hacerlo de

forma pasional, necesitado, quería devorarla.

Tara pensaba que se iba a desmayar de placer, sabía tan bien, quería desnudarlo, que la hiciera suya en ese instante. Ya no pudieron pensar, ella levanto el brazo del otro asiento, mientras él la tumbaba y se ponía encima. Metió las manos entre sus muslos y le bajó el tanga. Comenzó a besarle el cuello, bajando hacía su hombro, le bajó el tirante y la mordió, siguió deslizando los labios hacía su pecho. Le apartó el vestido y desabrochó el sujetador. Con gran habilidad, ella se lo sacó y lo tiró al suelo. Empezó a lamerle los pezones, los mimó y succionó con fuerza. Ambos jadeaban entre murmullos.

Él deslizo la mano por su muslo, subiendo hasta su culo, lo acarició con avidez y extremada pericia. Ella tocaba su espalda, fornida y ancha. Era fibroso y duro. Se apartó y vio que se sacaba un preservativo del pantalón. En ese momento, algo le hizo pensar en lo que estaba haciendo, pero antes de que pudiera arrepentirse, ya se había vuelto a colocar encima de ella. La estaba poseyendo de nuevo, adueñándose de su boca de forma ardiente y pasional.

La miró a los ojos y vio la lujuria reflejada en ellos. Sintió que se hundía en su interior, abriéndola con su grueso pene, ensanchándola. Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, respondieron a ese deseo que iba en aumento. Quería gritar. Él sintió cómo su estrechez abrazaba su erección, suave y caliente. La empezó a embestir suave, lento, quería controlarse, pero era complicado. Ella le clavó las uñas en la espalda por el intenso placer que estaba sintiendo.

—Más... —suplicó Tara, con la respiración entrecortada.

—Joder, nena, no puedo parar —confesó Damyan.

Perdió el poco control que le quedaba, quería poseerla, duro y profundo. Hacerle arder de placer, quería que no acabara nunca. La empezó a penetrar más rápido, dentro, fuera, dentro, fuera. Vio como sus pechos subían y bajaban y los tensos pezones estaban deseosos de ser tocados. Se los volvió a chupar y los mordió. Tara se puso un dedo entre los dientes para evitar gritar. Sentía que el orgasmo le iba a pegar fuerte e intenso.

—Córrete para mi preciosa.

Tara sintió como la golpeaba el placer por todo el cuerpo. Tembló y él la besó profundamente haciendo que los gemidos se perdieran dentro de su boca. Se corrió dentro de ella. Había sido el momento más abrasador e impulsivo que era capaz de recordar.

Damyan la observó, todavía tenían la respiración agitada. Se miraron a los ojos y él le acarició el cuello.

—Todavía no he acabado contigo... —le dijo con una maliciosa sonrisa en los labios.

CAPÍTULO 2

Después de aquel intenso momento que habían vivido, de nuevo estaban viendo la película. Él agarraba su mano y, de vez en cuando, acariciaba sus dedos. Si no fuera por el calor que seguía teniendo su cuerpo y lo receptivo que se sentía, Tara pensaría que nada de aquello habría ocurrido.

La situación no era muy cómoda, ahora que ambos habían saciados sus instintos quedaba el «después». No sabía ni su nombre, ni si se volverían a ver y solo pensar que no podría tocarle de nuevo le angustiaba de una forma que no comprendía. Todo lo que envolvía a este hombre le hacía sentirse extraña, salvaje, confusa y excitada, demasiadas sensaciones juntas.

En la pantalla gigante, apareció la palabra que en ese momento más temía: «Fin». No podía evitar preguntarse si era también el «fin» de todo aquello. Tara decidió ser ella quien pusiera punto y final a aquella situación. Apartó la mano de la suya y se levantó para irse, él la siguió. Percibía su arrolladora presencia en su espalda. Salieron las parejas que quedaban y la soledad les rodeó a ambos en el pasillo del cine. Tara vio el cartel de los aseos y pensó que los utilizaría como excusa para escaparse de él:

—Bueno, encantada —se dio la vuelta y le dio un rápido beso en la mejilla. No le dejó decir nada más.

Sintió de nuevo su mirada clavada en la espalda, mientras se dirigía al baño. La puerta se cerró y se acercó al lavabo. Vio su reflejo en el espejo, tenía las mejillas rosadas, el pelo algo alborotado y los labios levemente hinchados. No sabía ni su nombre y quizá nunca lo haría. «Menuda locura», pensó. Decidió que se lo tomaría como una fantasía, no le daría más vueltas. Acercó las manos a la cara para retirarse el cabello y el olor a él le atravesó el pecho, se había quedado impregnado en sus manos. Inhaló su aroma, cerrando los ojos, como si así pudiera absorberlo más profundamente. Tan sexy y masculino. Le hubiera gustado retener ese olor para siempre.

Cuando pasaron cinco minutos, salió del baño con la duda de si él estaría todavía allí. No había nadie, se sintió algo aliviada, pero a la vez un poco decepcionada. «Que tonta eres Tara, ¿por qué le has dejado irse?»

Ya eran casi las dos de la madrugada, al salir a la calle notó la calurosa brisa de la noche que contrastaba con el aire acondicionado del centro comercial. El verano en Madrid era muy caluroso, incluso por las noches. Había aparcado el coche bastante apartado del resto ya que no encontró un lugar más cercano cuando llegó. Otros dos vehículos acompañaban al suyo y apenas se veía a gente. Avanzó más rápido para meterse cuanto antes en el coche, solo escuchaba como el sonido de los tacones repicaba contra el suelo. Buscó las llaves en el bolso y, justo cuando iba a

abrir la puerta, un cuerpo fuerte y duro la empotró contra el coche.

—Te dije que no había acabado contigo —le dijo susurrándole en el oído.

Su corazón retumbó salvajemente contra su pecho, una mezcla de miedo y lujuria la invadió.

—Me has asustado —logró decir.

Él se apartó un poco de su cuerpo y ella se giró.

—Perdona, no quería asustarte —contestó mientras le acariciaba la mejilla—. Sinceramente no pretendía hacer las cosas así, pero cuando te he tocado...

Tara vio algo de preocupación en sus profundos ojos oscuros y de nuevo, el brillo del deseo. El miedo que brevemente había sentido se evaporó. Si alguien le hubiera contado que haría todo aquello, lo hubiera negado hasta quedarse muda. Podía ser un loco o cualquier otra cosa, pero no podía verlo así. Inexplicablemente sentía una gran conexión con él.

La fuerte mano bajó lentamente por su cuello, con la yema de los dedos fue haciendo un círculo por su clavícula, bajando hacia el inicio de sus senos. El pecho de Tara comenzaba de nuevo a subir y bajar rítmicamente.

—Debo irme —murmuró ella.

—No, aún no. ¿Cómo te llamas?

—Tara.

—Precioso...

Su mano se deslizó por la fina cintura y la acercó hacia él. Sintió su erección presionando contra ella. Con la otra mano la cogió del cuello y la besó, suave y lentamente. Tara escuchó un gruñido salir de su masculina garganta, al parecer se estaba agitando cada vez más, tanto como le empezaba a ocurrir a ella.

—Alguien puede vernos —dijo Tara entre jadeos.

—Tienes razón, lo siento —se separó un poco de ella, intentando mantener el control—. Quiero volver a verte.

Ella no supo que contestar, su vida no era especialmente sencilla, por lo que no sabía qué hacer. Todo había empezado como un juego, aunque siendo sincera, también quería volver a verlo. Él la miraba esperando una respuesta, y entonces hizo lo único que realmente necesitaba, se dejó llevar de nuevo y lo besó. Quería recordar su sabor, el tacto de su lengua contra la suya, antes de que todo terminara.

La química entre ellos se desbordó de nuevo. Él la agarró del pelo por la nuca y le echó la cabeza hacia atrás.

—Damyan, ese es mi nombre. Repítelo.

—¿Cómo? —contestó confusa.

—Di mi nombre.

—Damyan... —susurró.

—Bien, recuérdalo, porque vas a gritarlo una y otra vez cuando te corras para mí.

Su ropa interior se mojó al instante, estaba siendo posesivo, dominante, pero en vez de disgustarle la estaba excitando hasta lo indecible. En ese momento, él la apretó contra el coche, sentía toda su anatomía chocando contra la suya y el cálido aliento cerca de su boca. Clavó sus ojos en ella:

—¿Qué me estás haciendo Tara? No te imaginas cuando te deseo, apenas puedo controlarme — comenzó a torturarle el cuello con besos húmedos y lamiéndole el lóbulo de la oreja. Tara soltó un gemido.

—Nena, dime que sientes lo mismo, dímelo ahora porque después no sé si podré parar.

—Sí...

—¿Sí qué?

—Te deseo, quiero que vuelvas a estar dentro de mí. Quiero sentir tu piel desnuda sobre la mía.

Ella le acariciaba el cuello, quería desnudarlo, sentir su ardiente piel sobre su cuerpo. Le levantó la camiseta y él se la sacó por la cabeza. Sus ojos se deslizaron hacia su pecho, bajando a su fuerte abdomen. Era perfecto, ansiaba tocarle, no podía creer que le estuviera ocurriendo aquello, ese hombre tenía unos duros pectorales, el deseo se licuó por todo su cuerpo. Sentía una fiera necesidad de tenerlo dentro, de ser suya de nuevo.

Le desabrochó el pantalón y llegó hasta sus calzoncillos, se los bajó para acceder a lo que realmente quería tener en sus manos. Acarició su dura y gruesa longitud. Damyan no pudo reprimir un gemido.

—¡Joder!

Él creía que iba a perder la cordura tocándole como lo estaba haciendo, suave y lento, como si ella supiera marcar el ritmo que necesitaba en cada instante. Un escalofrío le invadió, vio cómo se mordía el labio inferior y por un momento se imaginó su dulce boca aprensando su pene. Que dulce tortura, ella bajó la mirada hacia su miembro, creía que le había leído el pensamiento. Se arrodilló y vio cómo se acercaba peligrosamente, hasta que finalmente lo besó en el glande. Él apoyó ambas manos en el coche para no caerse. No es que fuera la primera vez que alguien le había hecho aquello, pero sí era la primera vez que sentía algo tan intenso.

Suavemente le succionó, introduciéndolo más en la tibia boca femenina, sus caderas se movían

acompañadas con el ritmo que ella ejercía. ¡Dios mío! Era muy hábil, sintió como ella gemía y una corriente eléctrica de deseo le atravesó.

—Para nena... —ordenó.

Ella no lo hizo y siguió torturándolo. Perdió el poco control que le quedaba, la agarró haciendo que se incorporara y la apretó contra el coche.

—No te imaginas lo que has hecho, Tara.

Ella le sonrió de forma pícaro y algo arrogante, sabía que le estaba controlando, dominando, pero no por mucho más tiempo. Apretó los labios contra los suyos y violó su boca, introdujo su lengua salvaje y duramente, ella respondió al beso con la misma pasión. Ambos gemían, las manos de Danyan vagaban por todo su cuerpo, deslizó los tirantes del vestido y lo bajó bruscamente, le desabrochó el sujetador y quedó totalmente expuesta ante él.

Tara sabía que alguien podía verlos pero ya no podía pensar, solo sentir, como le había ocurrido en el cine. Él se separó por un momento para contemplarla.

—Eres... perfecta.

Se sintió inmensamente deseada, libre y a la vez demasiado expuesta a su escrutinio. Debería sentir vergüenza pero no lo hacía. Vio como él sacaba un preservativo de la cartera y se lo puso con gran habilidad, como todo lo que hacía. La apoyó en la parte delantera del coche y le dio la vuelta, inclinándola. Sus pezones chocaron contra la fría carrocería que contrastaba con su piel caliente.

Se tumbó sobre ella y sintió la cálida piel, deslizó el pelo de su cuello y la besó suavemente.

—Joder, lo siento, quizá estoy siendo algo brusco.

—No, por favor, no pares. No puedo más...

Su mano bajó por la espalda hasta llegar a sus caderas, tan solo les separaba el tanga para poder fundirse de nuevo. Se lo rasgó bruscamente y se quedó totalmente desnuda ante él, exhibiendo el terso culo. Le acarició acercándose peligrosamente a su oscuro agujero. Tara comenzó a jadear y entonces la penetró, sintió como sus húmedos pliegues lo absorbían.

Un gruñido salió de su garganta, la estrechez de su vagina lo estaba matando, todavía no lo había podido introducir por completo. Salió y entró de nuevo, invadiéndola, poseyéndola.

—Relájate nena, déjame entrar.

Tara le sentía demasiado, le estaba llevando al abismo con sus embistes, era tan grande que no entraba tan fácilmente aunque ella estuviera más que lista. El baile que él ejercía sobre ella, entrando y saliendo, la iba a llevar al clímax en breve. Sintió una estocada más profunda y le percibió más adentro. Y ya no pudo pensar, él aumentó el ritmo y las sensaciones se multiplicaron,

si había alguien cerca, los gemidos y jadeos deberían alertarlos, pero no le importaba. La brisa de la noche refrescaba su cuerpo sudoroso, que se frotaba contra el coche y el cuerpo de Damyan.

Notaba una gran conexión con él, era la segunda vez que la poseía, pero sentía como si le perteneciera desde hacía más tiempo.

—Oh Dios, Damyan.

—Sí nena, creo que ya no podré parar de follarte nunca más.

La tocó el clítoris a la vez que no dejaba de penetrarla y sintió como el clímax le llegaba de forma dura y salvaje.

—¡Damyan! —gritó.

—Sí, di mi nombre —y él llegó poco después al escucharla. Casi se le doblan las piernas del orgasmo.

Dejó caer su cuerpo sobre el de ella. Ambos respiraban con fuerza. Él la besó en la cabeza y se apartó. Cogió su vestido y le ayudó a ponérselo. Ahora, en vez de bajarle el tirante, se lo subió. Deslizó su mano por el femenino cuello y la acercó a sus labios. La besó dulcemente y por un momento eso la estremeció más que todo lo que habían hecho antes. No quería separarse de él.

—No quiero separarme de ti —le confesó Damyan como si le hubiera leído la mente.

—Bueno, creo que yo tampoco he acabado contigo... —y una pícaro sonrisa curvó los labios de Tara.

—¿Y si tenemos una cita? —preguntó Damyan guiñándole el ojo.

CAPÍTULO 3

Tara aparcó el coche cerca del restaurante, había llegado diez minutos antes de la hora. Necesitaba tranquilizarse, no podía evitarlo, estaba nerviosa por la dichosa cita. Durante toda la semana se mandaron varios mensajes y decidieron que hoy no tendrían sexo, solo hablarían. ¿Cómo era posible que le asustara más eso que tener relaciones sexuales con él?

No quería mentirle sobre su vida y no le quedaría más remedio que hacerlo si Damyan le preguntaba demasiado. Estaba cansada de esa situación, años atrás toda su vida cambió y desde aquel momento no pudo dejar de huir, de ser ante los demás otra persona completamente distinta. No se había acostumbrado a todo aquello, pero sí, llegado el momento tendría que mentirle.

Se miró en el espejo retrovisor y se retocó el suave maquillaje. Le había costado un poco decidir que ponerse, pero al final eligió un vestido negro ajustado, que dejaba la espalda al descubierto y le llegaba por encima de las rodillas. Las sandalias de tacón negras le daban un aspecto más sexy. Quería provocarle, que no se pudieran tocar, no quería decir que no fuera a coquetear con él.

Salió del coche y se quedó esperando en la puerta del restaurante. Damyan le dijo que tocaban música en directo y se cenaba muy bien. Miró a los lados y no lo vio, era la hora exacta. «¿Y si se ha arrepentido?» pensó. Aunque en los mensajes que habían intercambiado a lo largo de la semana, le decía las ganas que tenía de tocarla, besarla y lo mucho que echaba de menos deslizar las manos por su cuerpo. Cuando le dijo aquellas cosas, tuvo ganas de salir corriendo a buscarlo y que la hiciera suya. Y, en más de un momento, ambos tuvieron que retenerse para no hacerlo.

—Hola —Tara escuchó una voz detrás de sí y no pudo evitar sonreír. Había venido—. Será mejor que te gires, si sigo viendo tu espalda desnuda creo que no podré aguantar toda la noche sin tocarte. —Susurró rozándole con su cálido aliento la nuca.

No pudo evitar que un cosquilleo le recorriera el cuello. Se dio la vuelta y se encontró con su mirada, tan oscura y seductora como lo era él. Llevaba una camiseta gris y unos vaqueros ajustados, a Tara le pareció que estaba realmente espectacular, como siempre.

—Estás muy guapa.

—Gracias, tú tampoco estás mal.

Él deslizó la mirada por sus labios y se aproximó a ella agarrándola por la cintura. Por un momento pensó que iba a besar su boca, pero no lo hizo, le dio dos besos cerca, muy cerca de la comisura de sus labios. Tomó su tiempo en depositar suavemente, primero un beso, a un lado de su boca y luego otro, mientras la sujetaba por la cintura. El simple toque la quemaba. «Esto va a ser más difícil de lo que pensaba», se dijo a sí misma.

—¿Entramos? —preguntó él con un tono seductor, todavía demasiado cerca de su rostro.

Asintió sin casi poder hablar. Damyan extendió el brazo indicándole que pasara primero, cuando por fin sus piernas la obedecieron, entraron en el restaurante. El camarero les pidió que lo siguieran. Las velas que se encontraban en cada mesa, producían un efecto sensual e íntimo. Una iluminación escasa, pero perfecta.

Les llevó a una mesa que estaba en una esquina y algo apartada del resto desde el que podían ver perfectamente a los músicos. Una mujer alta y delgada cantaba una canción lenta, acompañada por un hombre que tocaba el piano. Tenía una hermosa voz.

Se sentaron y el camarero los dejó solos, sus miradas se cruzaron y Tara vio que estaba algo agitado.

—¿Te ocurre algo?

—Tara, creo que el resto de la noche iré delante de ti. Si sigo viendo tu espalda desnuda y el contoneo de tus caderas al andar, no podré controlarme...

Ella sonrió de forma provocativa. El camarero volvió con la carta, eligieron las bebidas y se fue dejándolos otra vez solos. Ambos comenzaron a comprobar el menú, de vez en cuando, levantaban los ojos encontrándose con la mirada del otro. Tara no se podía concentrar en qué pedir, sonreían y volvían a comprobar el menú.

—La lasaña la hacen excelente en este sitio —sugirió Damyan.

—Bien, eso me gusta, la probaré.

Pidieron los platos y Tara miró hacia la mujer que cantaba. La música era tranquila y no estaba muy alta, por lo que se podía hablar muy bien. En ese momento dejaron de tocar y la cantante dijo que tomarían un descanso.

—Bueno, deberíamos empezar a hacer lo que la gente normal hace cuando tiene una cita —dijo Damyan.

—¿Y qué se supone que hace la gente normal en las citas? —preguntó divertida.

—Hablar de sus gustos, aficiones, a qué se dedican.

—Bien, ¿a qué te dedicas?

—Soy enfermero.

—¿De verdad? —no se lo imaginaba de enfermero, aunque no le importaría que le revisara de nuevo todo el cuerpo.

—Noto un tono de mofa en tu voz —le dijo sonriendo a la vez que levantaba una ceja.

—No, no, para nada, es solo que no imaginaba que fueras enfermero.

—¿Y tú?

—Soy mecánico, arreglo coches.

—Mientes —comenzó a reírse a carcajadas.

—Es cierto —contestó muy seria.

—¿Y te asombra que yo sea enfermero?

—Bueno, lo normal es que haya más enfermeras que enfermeros.

—Sí, y lo normal es que haya más hombres mecánicos que mujeres.

—Definitivamente somos algo... anormales.

Ambos comenzaron a reírse. Tara cada vez estaba más a gusto a su lado, hablaron de sus aficiones, de lo que hacían en el tiempo libre y se dio cuenta que tenían cosas en común. A ambos les gustaba la música rock, el cine, viajar. Por ahora no había tenido que mentirle en nada y se alegraba por ello. Por un momento se quedaron callados y Tara se quedó observando sus labios gruesos y perfilados. Tenía ganas de hacer desaparecer la mesa que los mantenía separados y besarlos de nuevo. Miró sus ojos y vio como le dedicaba una intensa y penetrante mirada.

—Tara, necesito preguntarte algo que no deja de darme vueltas desde que nos hemos encontrado hoy.

—Tú dirás.

Se acercó más hacia ella y murmuró:

—¿Llevas sujetador?

Tara sin poder evitarlo, rompió en una carcajada.

—No sé si debería decírtelo —se acercó también a él y sus caras quedaron peligrosamente juntas, clavó sus ojos en los suyos y le contestó —No, no llevo sujetador...

Damyan cerró los ojos y apretó el puño conteniéndose. Respiró hondo, haciendo un notable esfuerzo por controlarse de nuevo.

—Bien nena, porque quiero que hagas algo por mí —le miró extrañada—. Ve al cuarto de baño y quítate las bragas. Quiero que no haya nada debajo de ese vestido.

El tono ronco y grave que utilizó al decírselo, hizo que un escalofrío le recorriera el cuerpo, golpeándole con fuerza en su sexo. Se humedeció al escucharlo.

—Pero hemos dicho que no vamos a tener sexo.

—Lo sé, y así será, pero será un gran aliciente esta noche, cuando esté solo en mi cama y me masturbe pensando en ti.

La imagen erótica de Damyan desnudo, en su cama y dándose placer pensando en ella, la excitaba tanto, que por un momento, una imagen de ella metiéndose debajo de la mesa y bajándole

los pantalones, pasó por su mente. Después lo llevaría a su coche y le obligaría a que la hiciera suya. Se levantó de la silla y con gesto seductor sonrió y fue hacia el baño. Entró y se quitó la ropa interior metiéndola en el bolso, se sintió expuesta y a la vez libre. Volvió a la mesa, a la vez que la cantante y su compañero, empezaban a tocar de nuevo.

—¿Ya no las llevas?

—Puede que sí o puede que no, creo que te vas a quedar con las ganas de saberlo.

A Damyan esa provocación le excitó tanto que su erección se hizo mayor. La polla le dolía, necesitaba estar dentro de ella. Cada vez le intrigaba más esa mujer, era una caja de sorpresas, y quería ir descubriéndolas una a una.

—¿Tienes hermanos?

Tara se tensó. «Conversación equivocada» pensó. No quería hablar de su pasado.

—¿Por qué lo preguntas?

—Como eres mecánico, pensé que a lo mejor venía de vocación de tu padre o hermanos. — Damyan notó que ella se había puesto a la defensiva.

—¿En qué hospital trabajas? —preguntó Tara cambiando de tema.

Él se dio cuenta, pero no dijo nada.

—En el Ramón y Cajal.

«Mierda, él está allí, en el mismo hospital que Damyan». Se empezó a poner nerviosa, bebió agua. Por primera vez durante aquella noche quiso huir. Quería que trajeran el helado que habían elegido de postre y marcharse. Él pareció darse cuenta y le agarró de la mano.

—¿Estás bien?

—Sí, perdona he de ir al baño.

Se fue rápidamente y entró en el aseo. Se refrescó un poco con el agua de los lavabos, se miró en el espejo y se habló intentando tranquilizarse. «Vamos Tara no seas tonta, sigue disfrutando de la noche». Se apoyó en la pared y sintió la desnudez en su vagina. Como le gustaría olvidar todo entre sus brazos, ahora más que nunca necesitaba sus caricias, sus besos. Damyan lograba que no pensara en nada, solo en él, en su toque, en su fuerte cuerpo unido al suyo.

Escuchó la puerta abrirse.

—¿Tara?

—¿Qué haces aquí?!

—Creo que te pasa algo, ¿estás bien? —preguntó mientras se aproximaba a ella y la acariciaba el cuello.

—Sí, perdona. Ya podemos salir —su proximidad la estaba asfixiando, sentía una creciente necesidad de tocarle.

—¿He dicho algo que te ha molestado?

—No, para nada, no te preocupes de verdad. —y le dio un rápido beso, rozándole los labios.

Ambos sintieron la chispa al sentir sus labios chocar. Se miraron y el rostro de él cambió reflejando la ascendente pasión que crecía en su interior.

—Todavía no me has dicho si llevas bragas —susurró cerca de sus labios.

—Te he dicho que puede que sí o puede que no.

—Eso no me sirve, quiero saberlo y me parece que no tendré más remedio que comprobarlo por mí mismo.

Damyán le presionó el cuerpo contra la pared, en cualquier momento alguien podía entrar en el aseo, pero parecía que no les importaba. Deslizó la mano por su muslo, sin dejar de penetrarla con la mirada. La respiración de Tara se aceleró. Él seguía avanzando hacia su entrepierna.

—Se supone que no podemos tener sexo —dijo Tara jadeando.

—Lo sé, por ahora no lo estamos teniendo, solo quiero ver si me has obedecido.

Tara le agarró del brazo, sintió la musculatura tensarse en sus manos. Necesitaba que la tomara y la penetrara allí mismo. Finalmente llegó hasta su sexo y Damyán comprobó que estaba desnudo.

—¡Joder Tara!

Y ya no pudo controlarse, la besó, la besó intensamente, jadearon a la vez que se metían en un baño sin parar de besarse, de tocarse. Tara comenzó a desabrocharle los pantalones, mientras que Damyán le bajaba el vestido viendo sus pechos desnudos. Se metió un pezón en la boca y ella gimió. Volvió a besarla, las lenguas fuertes y hambrientas echaban pulsos, queriéndose meter más profundamente en la garganta del otro. Le bajó un poco los pantalones, agarró la polla y comenzó a moverla de arriba abajo. Él no paraba de jadear. En ese momento, escucharon la puerta. Ambos se detuvieron e intentaron no hacer ruido, respirando con normalidad.

Se miraron a los ojos, hambrientos. Apoyó la frente contra la suya, intentando contenerse. La besó de nuevo, esta vez de forma suave y más dulce. Ella lo agarró de la nuca y lo presionó más contra su boca. Tara reprimió un gemido. Finalmente, escucharon como se quedaron solos de nuevo. Damyán se apartó.

—Espera, espera. No debemos, quiero que de verdad cumplamos lo que hemos dicho. Hoy no te penetraré, al menos no con mi polla. —ella le miró extrañada—. ¿Tienes un consolador?

—Sí —sonrió.

—Muy bien Tara, porque ahora voy a dejarte. A las dos en punto quiero que estés desnuda en tu

cama y con el consolador en la mano. Quiero que recuerdes este momento, para que estés húmeda para mí, pero no debes metértelo, ni correrte.

—Pero entonces... ¿Qué quieres martirízame?

—No nena, quiero escuchar cómo te corres conmigo a través del teléfono. Me obedecerás y harás todo lo que te pida. Te llamaré esta noche y te diré una a una las cosas que voy a hacerte.

—Pero...

—Sin peros, la próxima vez que nos veamos será en mi casa y te follaré de todas las maneras que se me ocurran. Te daré tanto placer que no querrás salir de mi habitación. Y me rogarás Tara, ten por seguro que lo harás...

CAPÍTULO 4

Tara entró en casa, cerró la puerta y se apoyó en ella. Apenas hacía media hora que había dejado a Damyan en el restaurante. Todavía podía sentir el calor de sus caricias en la piel. Dios mío, necesitaba tenerlo allí, abrazarlo, besarlo de nuevo. Se estaba convirtiendo en una droga, imposible de dejar. Quizá no debería haberlo probado, pero nunca pensó que sería tan adictivo.

Se descalzó y dejó las llaves encima de la mesa del salón. Era un piso pequeño, el salón y la cocina estaban juntos, separados por una pequeña barra. Lo tenía decorado de una forma moderna y funcional. Fue hacia la pequeña habitación para cambiarse. Se puso un cómodo pijama de dos piezas; un culotte y la camiseta de tirantes. Se recogió el pelo y lo agarró con una pinza, sujetándolo.

Tara ya no sabía qué hacer para entretenerse, todavía quedaba una hora para que él la llamara. No podía quitarse de la mente sus palabras. En la cena había estado muy a gusto y tranquila, era fácil hablar con él. No la había agobiado, solo en una pregunta personal y cuando vio que ella cambiaba de tema, no insistió. Le dejaba su espacio y eso lo agradecía.

No le gustó enterarse que Damyan estaba en el mismo hospital que ese hombre, por el que, unos diez años atrás, su vida cambió radicalmente. Nunca olvidaría lo que hizo, no había ni una noche que no soñara con aquello. Y ahora Damyan, de todos los hospitales que había en Madrid, tenía que estar en el mismo. Por un breve momento, le vino algo a la cabeza que hizo que se tensara. ¿Y si el encuentro en el cine no había sido fortuito? ¿Y si lo mandó él? «Pero que estás diciendo, él está en coma, no es posible que le haya enviado a mí».

No quería ni pensar que eso fuera cierto. Se lo pasaba bien con Damyan, le gustaba su compañía, era atento, agradable... y en él sexo era magnífico. Se estaba volviendo paranoica, eso era todo.

Se tumbó en el cómodo sofá color vino y encendió la televisión. Tenía que distraerse hasta que le llamara. Dejó el móvil cerca y miró si tenía batería, quería que estuviera todo perfecto. No había nada que le llamara la atención, la programación cada día era peor. Decidió leer algo, era la mejor forma de que se le pasara el tiempo más rápido. Cogió el libro y cuando lo iba a abrir, el ruido del teléfono móvil la sorprendió. «¿Ya? Pero si todavía no es la hora». Nerviosa cogió el teléfono, miró la pantalla y se desilusionó al ver que no era él:

—¿Sonia?, ¿estás bien?, es tarde —le dijo Tara preocupada.

—Sí, perdona. —su voz sonaba llorosa—. Sabía que si hubieras estado dormida, habrías puesto el móvil en silencio. Necesitaba hablar contigo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Tú jefe de nuevo?

—No, peor. Ha sido Víctor...

—¿Tú compañero?

—Sí —y comenzó a llorar sin poder parar —Ha... ido... al bar... con —snif—, una chica...

—Bueno, a lo mejor es una amiga.

—Iban de la mano.

—Joder Sonia, vamos a ver, si ni siquiera le has dicho lo que sientes. Te he dicho millones de veces que tienes que atreverte a decirle tus sentimientos.

—No puedo... me da miedo a que me rechace —intentó hablar de forma más calmada.

—Estoy segura de que siente algo por ti, pero nunca le has mostrado nada. Eres muy fría con él.

—Ya sabes que cuando me gusta alguien, en vez de hablarle, me alejo.

—¡Por eso mismo! ¿Cómo coño va a saber que te gusta? Ya no eres una niña.

—Sí, lo sé, tienes razón.

—Tú dile lo que sientes, que si te rechaza, ya iré yo con una llave inglesa del trabajo y no tendrá narices a decirte que no le gustas.

—Joder, que bruta eres Tara —y comenzó a reírse—. Por cierto, ¿dónde has estado estos días? No he sabido nada de ti.

—Bueno... yo también tengo cosas que contarte. He conocido a alguien y...

—¡¡Dios mío!! —gritó interrumpiéndola. — ¡¡No me lo puedo creer!!

—Mierda Sonia, casi me dejas sorda.

—Ya mismo me estás contando todo con pelos y señales.

—No, ahora no puedo, va llamarme en breve, pero otro día te cuento todo.

—¿Va a llamarte ahora?

—Sí.

—Pfff..., me muerdo de ganas por saber, pero bueno, esperaré. Por cierto, muchas gracias por escucharme.

—Para eso estamos, y ya sabes, habla con él.

Después de colgar, miro la hora, quedaban quince minutos. Se iba acercando el momento. Gracias a Sonia, el tiempo se le había pasado más rápido. La conocía desde hacía tres años, poco tiempo después de trasladarse de nuevo a Madrid. Sonia llevó el coche al taller donde ella trabajaba, y enseguida congeniaron. Muchas mujeres preferían hablar con ella que con sus compañeros, al no tener experiencia en asuntos técnicos, se sentían más cómodas hablando con otra mujer.

Pensó en como pasaba el tiempo de rápido, ya tenía veintisiete años, uno más que Sonia.

¿Cuántos años tendría Damyan? Le echaba unos treinta...

Agradecía todos los días el haber conocido a Sonia. Era una gran amiga y un apoyo muy importante en su vida. Tara nunca le contó nada de su pasado, solo pequeños detalles. Echaba de menos poder hablar con alguien de todo aquello, pero debía mantener silencio, por su bien y por el de los demás.

Faltaban cinco minutos para que Damyan la llamara. Comenzó a sentirse nerviosa, le había dicho que tenía que estar en la cama, desnuda y con el consolador cerca. Se suponía que tenía que obedecer, pero no era muy buena en eso, así que fue al armario y buscó entre los cajones. Por fin encontró lo que buscaba; un picardías negro, que no sabía muy bien por qué lo compró, ya que apenas tenía relaciones. Lo vio a buen precio y se lo llevó.

Se lo puso junto con el diminuto tanga negro. Se miró en el espejo, era una tontería ya que él no iba a verla, pero le haría sentirse más sexy. El picardías tenía tirantes y se abrochaba en la parte delantera del pecho con una abertura por delante, por lo que si se deslizaba se podía ver su estómago desnudo.

Cogió el móvil y se tumbó en la cama. Ya pasaban dos minutos de las dos de la madrugada y por un momento pensó que no la llamaría, pero en ese instante sonó el teléfono.

—¿Sí? —contestó Tara.

—Hola preciosa, ¿ansiosa por hablar conmigo? —le dijo con voz pícaro.

—Quizá sea al revés y el ansioso por hablar conmigo seas tú.

—Tara, no solo estaba ansioso por hablar contigo. Si hubiera sabido donde vives me habría presentado allí y, en el momento en que me hubieras abierto la puerta, te habría hecho mía.

Ella se estremeció al imaginárselo y sintió la lujuria despertándose en su interior.

—No hubiera sido mala idea —contestó.

—¿Has hecho lo que te he dicho? ¿Estás desnuda?

—Tú no has cumplido, me has llamado dos minutos tarde, por lo que yo tampoco lo he hecho.

—En mi reloj son las dos en punto.

—En el mío no.

—Entonces ¿qué llevas puesto? —le preguntó sugerente.

—Un picardías negro...—él se quedó callado—. ¿Damyan?

—Quiero que hagas algo por mí.

—Dime.

—¿Tienes portátil?

—Sí.

—Bien, vas a ir a la cocina, coge unos hielos y mételos en un vaso. Luego coge el portátil. ¿Tienes Skype?

—Sí, pero...

—Te dije que sin peros. Hazlo, quiero verte... O si lo prefieres, te buscaré hasta que encuentre donde vives —su voz sonaba autoritaria y sensual.

Tara le obedeció. No sabía por qué lo hacía, pero cuando le hablaba de ese modo la transportaba a otro mundo, a su mundo, y lo único que quería era sentir, sentir todo lo que él le ofrecía. Siguió al pie de la letra sus instrucciones.

—Enciende la cámara, quiero verte.

Lo hizo y entonces él la vio. Sentada en la cama, con una especie de camisón que se abría por la parte delantera, y por debajo, la cubría un pequeño tanga. Su fina y esbelta figura lo dejó sin palabras. Era demasiado hermosa.

—¿Damyan? —preguntó inquieta—. ¿Tú no enciendes la cámara?

—No, solo podrás escucharme.

—Eso no es justo —protestó.

—Lo sé, pero así va a ser. A no ser que quieras que lo dejemos...

Tara sintió una especie de rabia y excitación. No quería dejarlo, necesitaba ir a donde él la quería llevar, así que aceptó; ella solo podría escucharlo y él la vería y la escucharía. Tenía ventaja.

—Estás preciosa... —susurró.

—No puedo decir lo mismo, ni siquiera sé si estás desnudo.

—En unos segundos lo estaré. Me estoy quitando la camiseta...

La imagen de su tórax desnudo hizo que se excitara más. Lo vio por primera vez en el aparcamiento y se quedó sin habla.

—Suéltate el pelo.

Tara agarró la pinza que lo sujetaba y se la quitó. El pelo castaño bailó revuelto por su espalda.

—Joder— lo escuchó.

Tara se sentía inquieta y vulnerable. Él podía ver su cuerpo y cualquier movimiento que hiciera y, sin embargo, ella solo escuchaba su voz. La pantalla estaba en negro, podría jurar que veía sus ojos, acechándola, desnudándola con la mirada.

—Túmbate —le ordenó.

—¿Dónde estás? —preguntó a la vez que le obedecía.

—En la cama, desnudo y demasiado excitado. Si estuviera allí te arrancaría ese camisón y no pararía de tocarte.

—A lo mejor no te dejaría.

—Sí, lo harías Tara... Te aseguro que lo harías.

Esa voz tan masculina y sensual, además de las cosas que le decía, la estaban alterando y sintió crecer la humedad en su interior.

—Coge el hielo —había dejado el vaso en la mesita de noche y cogió uno—. Bien, pásalo por el pezón derecho, por encima del encaje.

Tara comenzó a hacer círculos en el pezón que rápidamente se puso duro, mucho más de lo que ya lo tenía por sus palabras.

—Ahora haz lo mismo en el otro pecho —ella lo hizo—. Ahora tus pezones están perfectos para ser chupados. Pellízcatelos como si fuera yo quien lo hiciera.

Ella cogió el pezón izquierdo y lo apretó. No pudo evitar gemir.

—Dios...— dijo Tara.

—Me estoy tocando nena. Me acaricio pensando que son tus manos la que lo hacen. —Tara escuchaba su voz, percibía su respiración cada vez más agitada—. Desliza el hielo por tu estómago y bordea el tanga con él, despacio llévalo hasta tu clítoris. Piensa que es mi lengua la que te está recorriendo —murmuró.

Lo hizo y el hielo se fue derritiendo lentamente en su piel. Ardía de tal forma que pensaba que el simple toque del cubito contra su cuerpo, haría que se derritiera en un segundo. Llegó hasta su sexo y lo deslizó arriba y abajo, el agua le traspasaba la tela, mojando su vagina. Lo sintió en su clítoris y comenzó a gemir. La sensación era exquisita. Le excitaba saber que él la estaba mirando y que se tocaba por ella.

—Desabróchate el camisón —dijo apenas en un susurro—. Dejó el hielo y lentamente se lo desabrochó. —Ábrelo, quiero verte.

Tara deslizó ambos tirantes y el picardías se abrió mostrando los pechos desnudos y excitados.

—Mierda, nena voy a explotar. Son preciosos... No te imaginas lo que me excitan.

Tara fue a tocar su propio sexo y él la paró.

—No, no he dicho que puedas tocarte de nuevo.

—Quiero hacerlo —protestó ella.

—Y yo quiero estar en tu cama, rasgarte el tanga y lamerte hasta que te corras en mi boca, pero

no es eso lo que ocurrirá, al menos hoy...

—Eres un...

—Sí, pero te gusta —la interrumpió con voz pícaro—. Bájate un poco el tanga, pero no del todo.

Así lo hizo, lo deslizó suavemente y lo dejó por encima de sus rodillas.

—Ahora puedes tocarte, juega con tu coño e introdúctete un dedo —susurró las últimas palabras como si le costara hablar.

—Damyan, estoy muy húmeda —le dijo mientras hacía lo que le decía.

—Nena, no me digas eso...

—Me gustaría estar allí contigo, me pondría de rodillas y metería tu polla en mi boca. La chuparía hasta que apenas pudieras hablar del placer.

—Para Tara... —le ordenó entre jadeos.

Ahora ella quería volverlo loco. Sacó el dedo de su vagina y mirando a la cámara, como si fueran sus ojos, se lo metió en la boca.

—Mierda...nena, no sabes lo que estás haciendo. Voy a reventar —tenía la respiración entrecortada—. Métete los dedos.

—Necesito quitarme el tanga, no puedo abrir las piernas.

—No, te correrás así. Métetelos.

Ella obedeció y comenzó a jadear, movía la cadera como si fuera él el que estuviera allí. Penetrándola, hundiéndose dentro de su cuerpo.

—Damyan, me voy a correr.

—Mírame Tara, quiero ver tu cara cuando llegues al orgasmo. Quiero ver esos ojos color miel que me vuelven loco.

El calor la atravesó, el placer inundó su cuerpo, y la golpeó fuerte y duro. Gritó a la vez que miraba al monitor, sabiendo que él la observaba. Y entonces lo escuchó. Había llegado al clímax junto a ella.

Ambos se quedaron callados, las respiraciones poco a poco se iban calmando. Damyan rompió el silencio.

—Dios Tara. Ha sido muy intenso.

—Sí, ni que lo digas —le contestó sonriendo. —No he podido utilizar ni el consolador.

Damyan se rió a carcajadas.

—Estaría toda la noche así, pero me muero por tocarte. ¿Dime dónde vives?

Tara se inquietó.

—No, no puedes venir. —le dijo secamente. —Es tarde.

—Tienes razón. Al menos te he grabado y podré verte una y otra vez.

—¿Me has grabado? —preguntó asustada a la vez que se incorporaba de la cama y se tapaba el cuerpo.

Un escalofrío de temor le recorrió la espalda. Él la había grabado. ¿Qué diablos había hecho? Ahora podría colgar el vídeo en todos los sitios que quisiera de Internet. ¿Cómo narices no había pensado en aquello? Y mucho más ella, que tenía que pasar desapercibida. Definitivamente se había vuelto loca, loca por un hombre que apenas conocía, loca por sus caricias, loca por confiar en él. A lo mejor había hecho algo de lo que se arrepentiría el resto de su vida.

Damyan notó el tono de alarma en su voz.

—Tranquila, no quiero que te preocupes. Solo es para mí, para verte otra vez cuando te necesite. Confía en mí.

—No, no confío en ti, apenas te conozco. Esto es una locura, ¿cómo es posible que haya aceptado a hacer esto?

—Tara tranquila, de verdad, puedes confiar en mí. ¿No pensarás que lo voy a colgar en Internet?, ¿cómo puedes pensar eso de mí?

—No, esto se ha acabado y punto. No me llames, no me busques, no quiero volver a verte.

—Tara, espera...

Ella cortó la comunicación. Había bajado las defensas, no podía volver a ocurrir. Estaba asustada. El teléfono sonó, era él, pero no lo cogió. Se cansaría de llamar, además, Damyan no sabía ni donde vivía, por lo que no podría encontrarla. Sí, por mucho que le doliera, todo se había terminado...

CAPÍTULO 5

Damyan tomaba un café sentado en el pasillo del hospital. Desde primera hora tuvieron mucho trabajo. Cada vez recortaban más personal y cada enfermero o enfermera tenían el trabajo de tres. Pero en esos momentos agradecía tener menos tiempo libre, así lograba pensar en otras cosas y no solo en ella. Estaba desesperado, dos largas semanas sin saber nada. La llamó, le mandó varios mensajes, pero ella seguía sin ceder. Como no le cogía el teléfono, le mandó mensajes pidiéndole perdón, que por favor le diera la oportunidad de hablar las cosas, de explicarse. Nada, todo fue en balde, no daba su brazo a torcer. Intentó ablandarla con mensajes tiernos, que la echaba de menos, que de verdad lo sentía. Todo sin éxito.

Nunca había ido detrás de una mujer como lo hizo con ella. No podía quitarse su imagen de la cabeza, su sabor, el suave tacto de su piel. El deseo que sentía hacia Tara era demasiado fuerte, pero no solo el deseo. En la cena estuvo muy a gusto a su lado, descubrió partes de ella que le atraían, le intrigaba. Era divertida, independiente, inteligente.

Todo iba tan bien, hasta que se le ocurrió grabarla. Fue una tontería, era cierto que no tenía por qué fiarse de él, pero su reacción fue demasiado exagerada. No le permitió ni hablar. Pensó que quizá cuando se le pasara el enfado le volvería a llamar, pero no fue así. Recordaba su cara, realmente se había asustado. Lo hizo porque necesitaba verla, quería analizar cada movimiento de su cuerpo, ese que tanto lo enloquecía. Si hubieran seguido con todo aquello esa noche, no le habría importado que ella hiciera lo mismo con él. Sabía que le gustaba jugar, se lo demostró en la cita y así lo vio él, como un juego más, pero se equivocó.

Ya había perdido las esperanzas. Tara no daría su brazo a torcer, y, por más que quisiera encontrarla, no tenía su dirección. Lo único que sabía era que trabajaba en un taller de mecánico. Sería como buscar una aguja en un pajar, Madrid era demasiado grande para localizarla, no podía ir taller por taller. Se sentía como un tonto detrás de ella, incluso llegó a pasarse por el cine donde la conoció. Era absurdo, si estaba huyendo de él, lo último que haría sería ir allí, pero no pudo evitarlo. Fue como sentirla más cerca, recordó cada instante; cuando la vio por primera vez y se sentó a su lado, como al tocar su mano un chispazo de deseo lo atravesó. No fue capaz de controlarse y la tomó allí, en el asiento del cine. Él mismo se sorprendió por su actitud, le llevaba a un punto donde no se reconocía a sí mismo.

No podía seguir así, por lo que tomó una decisión; había llegado el momento de olvidarse de ella. No quería parecer un loco desesperado, si ya estaba asustada, el que él estuviera detrás la asustaría más así que decidió dejarla en paz. En el fondo sentía algo de rabia e impotencia, a ella no parecía haberle importado alejarse de su lado, y, sin embargo, él estaba totalmente obsesionado. Llegó a la conclusión de que quizá Tara nunca sintió lo mismo que él.

Se centraría en su trabajo y fin de la historia. Tenía que olvidarla por muy difícil que fuera.

Miró hacia la izquierda al sentir que alguien se acercaba corriendo:

—Damyan, ¿no te has enterado? —le dijo su compañero Alberto todavía sin aliento.

—¿Qué pasa?

—El preso que lleva tres años en coma. ¡Se ha despertado!

Damyan se quedó sorprendido. Todavía recordaba cuando lo trajeron al hospital. Al principio un policía hacía guardia en su habitación, pero cuando fue pasando el tiempo y vieron que no mejoraba, quitaron la vigilancia. El hospital tenía órdenes de que si despertaba avisaran al departamento de policía para que pusieran todos los medios y así evitar que el preso escapara. Al parecer le dieron una paliza en la cárcel, dejándolo en coma, y desde entonces seguía así.

Nunca dio muestras de estímulos ni de ninguna mejoría. Él era uno de los encargados de vigilarlo y ver si se producía algún cambio en su estado. Hoy fue como los días anteriores, el paciente seguía sin respuesta al dolor, reacción pupilar debilitada y apenas mostraba reflejos fugaces. Nada le hizo pensar que podría despertarse.

Se levantó y siguió a su compañero para ver al paciente.

Tara estaba tumbada en la cama, otra fría y oscura noche más. A veces se preguntaba si todo lo que ocurrió con Damyan, había sido un sueño. Tan breve, tan bueno y tan intenso. Hacía varios días que ya no recibía ningún mensaje suyo. En varios momentos casi sucumbe y a punto estuvo de contestarle. Incluso uno de los días que el teléfono sonaba recibiendo su llamada, se dejó llevar y lo descolgó, pero justo cuando lo hizo él ya había colgado. Sintió decepción, aunque instantes después pensó que fue mejor así.

Olvidarse de Damyan estaba siendo más duro de lo que pensó en un principio. Se había metido demasiado en su interior, de una forma profunda, anclándose fuertemente en su cuerpo y mente. No sabía si algún día sería capaz de olvidarse de él, de sus caricias, del modo en que la miraba, de esa química que existía entre ellos. Le gustaba su forma de ser, descubrió que tenían gustos parecidos, y lo más importante, no la juzgaba. Le resultaba difícil entender que se hubiera convertido en alguien tan importante para ella en tan poco tiempo.

Seguía dando vueltas en la cama, de un lado a otro, el calor esa noche era insoportable. Tenía que intentar descansar, ya que en el taller estaban teniendo mucho trabajo, y en el fondo lo agradecía, así no pensaba tanto en él. Se mantenía entretenida, pero por las noches... todo se veía distinto. El vacío se hacía más hondo, más grande e insoportable. Y volvía a darse cuenta de que estaba sola, como lo había estado la mayor parte de su vida. Pero no iba a compadecerse, eso era peor que el resto de sentimientos, no quería que sintiera pena por ella. Nunca.

A la mañana siguiente compró el diario deportivo para sus compañeros y el periódico habitual

para su jefe. No le importaba ir a comprarlos, era la primera en llegar y de vez en cuando les echaba un vistazo. Todavía no era la hora, se sentó en el pequeño sillón que tenían en la diminuta oficina de su jefe. Abrió el periódico y las primeras páginas hablaban de lo de siempre, la maldita corrupción del país, la crisis, los recortes... Tara seguía convencida de que si la gente saliera a la calle, no solo unos pocos sino una mayoría, todo sería distinto.

Siguió pasando las hojas y entonces palideció. El corazón se le paró en ese instante. Sintió vértigo y por un momento pensó que iba a desmayarse. No podía ser cierto. Allí estaba su foto, su nombre y en el titular se leía claramente, que el hombre al que tanto temía, el hombre por el que más odio había sentido en toda su vida, había despertado del coma. En ese momento recibió una llamada que hizo que se sobresaltara.

—Buenos días Tara, soy Carol. —Esa voz la llevó al pasado tan rápido como si no hubieran pasado los años desde la última vez que la escuchó. No necesitaban más presentaciones—. ¿Qué tal? Supongo que ya te has enterado.

—Hola Carol, acabo de hacerlo. Entonces... ¿es cierto?

—Sí, así es. Gael se ha despertado.

Un escalofrío le recorrió la espalda al escuchar de nuevo su nombre en boca de Carol.

—¿Está vigilado?

—Sí, pero como te dije hace tiempo, él ya no tiene el poder que tenía antes. Volverá a la cárcel y no podrá tocarte, tampoco tiene el apoyo de nadie. Debes estar tranquila, aun así he preferido llamarte.

—Gracias Carol.

Hablaron durante unos minutos más, se pusieron al día de su vida y colgaron. Carol era policía, la que siempre estuvo ahí, protegiéndola, asesorándola. Hacía años que no hablaban, pero siempre la trató muy bien.

No podía librarse de la angustia que sentía en el estómago y la sensación de temor no desaparecía. No volvería a pasar por todo aquello, tenía que verle. Debía cerciorarse con sus propios ojos del estado en el que se encontraba. Era arriesgado, pero lo haría, no iba a permitirse volver a vivir con miedo.

Dos horas más tarde ya estaba en la puerta del hospital. Se recogió el pelo y lo ocultó con la gorra negra que encontró perdida en uno de los cajones, se puso unas gafas de sol y optó por unos vaqueros, conjuntados con una camiseta oscura. No quería llamar la atención, o que alguien la reconociera.

Entró yendo a información y preguntó por él. En la sexta planta, izquierda, le contestó

amablemente la señora y le dio el número de habitación. Fue al ascensor, al que tuvo que esperar al menos cinco minutos, eran demasiado viejos y lentos. Cuando por fin se cerraron las puertas, marcó el número 6. El corazón retumbaba contra su esternón, las manos le sudaban y tampoco estaba ayudando que el ascensor estuviera tan lleno de gente. La sensación de miedo se iba expandiendo en su cuerpo, lenta y pausadamente, lo mismo que tardaba en llegar a su planta.

Por fin se abrieron las puertas, fue hacia el lado izquierdo, buscando el número de habitación que le habían dado en información. Se iba acercando, por un momento el largo pasillo se le hizo interminable, como si estuviera dentro de una pesadilla y no llegara a su meta. Pasó una habitación más y la siguiente era la suya... Se acercó poco a poco, se asomó y solo podía ver los pies tapados con una sábana. Cerca de él, un policía le vigilaba sentado en una silla, leyendo el periódico. Tara avanzó despacio y vio sus manos, no quería entrar en la habitación, pero tenía que acercarse más para ver su cara. Afortunadamente nadie se había percatado de su presencia.

Se aproximó un poco más y entonces lo vio, tumbado, con los ojos abiertos y mirando en dirección a la ventana situada en su lado izquierdo. Estaba mucho más delgado y envejecido. Hacía diez años que no le había visto, pero seguía imponiéndole el mismo miedo. En ese momento, él se giró y la miró. Todo su mundo se paralizó, se había quedado clavada en el sitio. Se sintió desnuda, como si realmente estuviera mirándola a través de sus gafas de sol. Aunque él no parecía sorprendido de verla, por lo que seguramente no le había reconocido. Escuchó que se abría la puerta del aseo que estaba en la habitación y él desvió la mirada.

—Bueno, creo que está todo correcto —Tara quiso desintegrarse en ese instante al reconocer la voz de Damyan. —¿Busca a alguien? —le dijo dirigiéndose a ella.

Por el rabillo del ojo vio al policía que se tensaba al darse cuenta de su presencia y Gael también la miraba. Sin decir una palabra salió de allí, intentó no correr, pero era lo único que quería hacer en ese momento. Avanzó por el pasillo queriendo huir de allí. Sintió como si se estuviera asfixiando, y el pecho le dolía. «Dios mío, no puedo respirar» Siguió andando sin querer pararse, pero el ahogo era cada vez mayor. Miró hacia atrás pero no vio a Damyan, no la seguía. Se quitó la gorra y las gafas, se apoyó en la pared intentando tranquilizarse. Respiró profundamente y anduvo hasta que por fin llegó al ascensor. No había nadie esperándolo, solo ella, y comenzó a darle a los botones una y otra vez, como si al hacerlo el ascensor se fuera a apresurar más en llegar.

Por fin paró en su planta, de nuevo estaba lleno. Se metió en él, introduciéndose en el fondo, se apoyó en la fría estructura metálica y entonces lo vio. Corría hacia el ascensor, pero las puertas se estaban cerrando, no le daría tiempo a entrar.

—Por favor, esperen —gritó Damyan.

Cuando quedaba unos pocos centímetros para que la puerta se cerrara, alguien pulsó la tecla que hizo que se volvieron a abrir. «Mierda», pensó Tara. Se fue a dar la vuelta para que no la viera, pero en ese mismo momento él la encontró. Clavó los ojos en ella y se fue abriendo paso entre la gente para llegar a su lado. Tara sentía que los nervios iban a explotar en su interior. Necesitaba salir de allí. Su mirada ya la estaba estremeciendo.

Su rostro reflejaba rabia, sorpresa, deseo. El mismo que ella sentía por su penetrante mirada. Llegó a su lado y se quedó inmóvil delante de sus ojos, su presencia le imponía, estaba invadiendo su espacio personal. Tara comenzó a respirar cada vez con más dificultad, aunque esta vez no era por la misma razón que hacía unos minutos, su proximidad la hacía temblar. Acababa de ver al ser que más había temido en toda su vida y Damyan lograba que se olvidase de todo.

—¿Qué haces aquí? —murmuró con la cara demasiado cerca de su boca.

Ella desvió la mirada intentando ignorarle. ¿Qué le iba a decir? ¿Qué había ido a cerciorarse de si el bastardo de Gael había despertado de su coma? ¿Qué tenía que enfrentarse a su miedo y verlo? ¿Qué en cuanto vio a Damyan en aquella habitación, tan cerca de aquel hombre y cuidándolo le dieron ganas de abofetearle?

—Responde Tara.

—No he venido a verte a ti.

Damyan estrechó los ojos, estaba perdiendo la paciencia. Se aproximó más hacia su cuerpo. El ascensor paró en una de las plantas y una pareja se bajó. Se volvieron a cerrar las puertas.

—¿Por qué no has respondido a mis mensajes, a mis llamadas? —a la vez que le decía aquello, posó una mano en su fina cintura y Tara se estremeció.

—Basta, no me toques —murmuró. Si lo hacía volvería a caer entre sus brazos.

La gente que estaba en el ascensor, los miraba de reojo, sabía que algo ocurría entre los dos, excepto dos mujeres que discutían entre ellas y hablaban demasiado alto.

—No me pidas eso... —le contestó él a la vez que subía lentamente los dedos por su cintura.

—Si me sigues presionando gritaré —Damyan apretó la mandíbula. En sus ojos se reflejaba la tensión y el deseo que sentía en ese momento.

—Atrévete.

—Damyan, lo haré, te juro que gritaré.

—Hazlo y ahogará tu grito dentro de mi boca. Vamos Tara, dame una razón para besarte.

Tara respiraba cada vez más rápido, su proximidad, su olor la estaban volviendo loca. Tenía que salir de allí, ¿cómo era posible que tardara tanto en llegar el ascensor a su planta? Las mujeres seguían discutiendo porque una decía que el doctor les había indicado que tenían que ir a

admisión, mientras que la otra aseguraba que tenían que ir a atención al paciente.

Él se presionó más aún contra su cuerpo y Tara le intentó separar poniendo las manos en su pecho. Mala idea, el contacto con su tórax, duro y cálido la calentó más. Estaba furiosa con él, no solo por lo de internet, el verlo allí, en la habitación de su mayor enemigo, despertó una ira que tenía dormida en su interior.

Él deslizó su mano hacia arriba, llegando hasta el borde de su pecho, apretaba sus dedos contra su piel. Deseaba besarlo, pegarle, gritarle y llevarle al baño para que la hiciera suya. Comenzó a sentirse débil, iba a ceder y no debía hacerlo, así que preparó su garganta para gritar. Damyan se dio cuenta de lo que iba a hacer y, como le había dicho, el grito se ahogó en su boca. La gente que estaba más cerca de ellos los miraron extrañados, a la vez que el ascensor se paraba en otra planta.

Damyan la besaba con desesperación. Tara hizo un leve intento de forcejear, pero cuando su lengua se unió a la suya, sintiendo de nuevo su sabor, se rindió. Respondió a su beso, a sus caricias. El calor inundó su sexo notando que palpitaba cada vez con más fuerza. Tuvo que reprimir un gemido. El ascensor volvió a pararse y él se apartó, habían llegado a la planta baja. La agarró de la mano y comenzó a llevarla por varios pasillos del hospital.

—¿Qué haces Damyan? Debo irme, suéltame.

—No, vamos a hablar. No pienses ni por un instante que te vas a volver a escapar de mí.

—De acuerdo, hablemos, pero vamos a hacerlo aquí.

—No, después de haber intentado gritar en el ascensor no me fio de ti.

Él seguía tirando de ella, pasaron un vestíbulo y entraron por una puerta que indicaba que era solo para personal autorizado. Finalmente él fichó con una tarjeta en una de las puertas y la metió dentro. Estaban en una pequeña habitación donde había varias literas. Ella se giró y vio que cerraba la puerta tras él.

Damyan clavó sus ojos en ella, mirándola de arriba abajo. Un escalofrío la atravesó, llegando de nuevo a su entrepierna, el pelo moreno y algo revuelto le hacían tremendamente atractivo. Su deseo era palpable en cada poro de su cuerpo, solo con mirarla así se le doblaban las rodillas, pero no se podía dejar amedrentar.

—Bien Tara, ahora estamos solos, y vamos a hablar, lo quieras o no.

CAPÍTULO 6

Llevaba poco más de veinticuatro horas despierto. Su cuerpo iba respondiendo muy despacio a los estímulos, aunque todavía no veía con claridad. Cuando se despertó todo fue demasiado confuso, oía voces a lo lejos y sentía calor. Necesitaba moverse, pero le era imposible. ¿Dónde estaba? ¿Qué había ocurrido?

Intentó enfocar la vista para lograr ver los rostros de esas voces que escuchaba a su alrededor. La primera imagen que captó fue la de aquel policía sentado en un sillón a los pies de la cama. Con pequeñas ráfagas le fueron llegando los recuerdos, la cárcel, la paliza, el hospital y después se volvía todo negro. Hasta ahora, que volvió a despertarse.

Lo siguiente que recordó fue a aquella mujer, juró que ajustaría cuentas con ella, ya que era la culpable de cada una de sus desgracias. Si la hubiera podido matar aquel día...

Quería levantarse, salir de esa cama y huir de allí. Bajo ningún concepto deseaba volver a la cárcel, si lo hacía, la gente que le golpeó se encargaría de eliminarlo definitivamente. Además, él tenía otra tarea pendiente. Matarla. Sí, tenía que vengarse, y no lo haría rápidamente, al revés, disfrutaría con ello. Después de despertar del coma, y pasado todo ese tiempo, todavía seguía obsesionado, hasta el punto de que creyó verla en el hospital. Una mujer delgada, con gafas de sol y una gorra, entró en su habitación y, por un momento, creyó que era ella. No lo pudo asegurar porque aún no veía demasiado bien. De todas formas no creía que se arriesgara a tanto.

Tampoco sabía cómo iba a escapar, apenas le quedaba gente en la que poder confiar, y ponerse en contacto con alguien sería complicado. Ya se le ocurriría algo. Por ahora no tenía que fingir por su estado físico, pero llegado el caso, intentaría alargar todo lo posible su estancia en el hospital hasta que lograra huir de allí.

Damyan permanecía callado apoyado en la puerta, esperando a que ella le diera alguna explicación, pero no lo hacía. Seguía con los brazos cruzados y mirando al suelo. Tenía ganas de tirarla en una de las literas, besarla, tocarla y saciarse de ella, aunque por ahora, la necesidad de saber era mayor. Iba a intentar ser suave y paciente.

—Tara, por favor, háblame. Necesito que te abras a mí. ¿Qué te ocurre? ¿Qué haces aquí?

Al utilizar ese suave tono de voz, logró llamar su atención y ella le miró:

—No puedo decírtelo. Es mejor que lo dejemos así.

—¿No puedes o no quieres?

—Las dos cosas.

«Joder, que cabeza es», pensó Damyan. Se apartó de la puerta y lentamente se fue aproximando hacia ella. Tara iba dando pequeños pasos hacia atrás.

—Lo de grabarte fue una tontería. Lo siento si te molestó, si quieres puedes grabarme tú a mí y estaremos en la misma situación —le dijo sonriendo.

Llegó hasta la ventana y no pudo seguir alejándose de él. Damyan llegó hasta ella y le acarició la mejilla, mientras que Tara cogía su mano evitando que siguiera tocándola.

—No Damyan, es mejor que paremos.

Tara no quería ponerle en peligro, y lo haría si estaba a su lado. Mucho más ahora que Gael se había despertado.

—Quiero seguir viéndote —le dijo al mismo tiempo que se zafaba de su mano y volvía a acariciarla, esta vez perfilando sus labios con un dedo, para después seguir bajando hacia su cuello—. No quiero que vuelvas a huir de mí.

—Basta... —susurró Tara cerrando los ojos. El contacto de su mano le desconcentraba.

Damyan vio su femenino pecho subir y bajar, enseguida respondía a sus caricias. Su excitación hacía que le fuera más complicado mantener la serenidad, pero tenía que seguir manteniendo el control o la tumbaría allí mismo y la desnudaría. Accedió a su nuca y sus dedos se enredaron en su melena.

—¿Por qué me dices que me pare si lo deseas tanto como yo?

—No es cierto —logró decir.

Él no pudo más y tirando levemente de su pelo, hizo que su cabeza se inclinara hacia atrás y la besó. Tara sentía el tirón del cabello en la nuca y a la vez el dulce beso que le regalaba. Pero él no ganaría. No, no lo haría. Así que le paró de la primera forma que se le ocurrió.

—¡Mierda! —gritó Damyan, apartándose de ella y tocándose el labio. Le había mordido haciéndole sangre.

Tara intentó huir por un lado para llegar hasta la puerta. Apenas pudo moverse ya que Damyan la agarró de la muñeca.

—¡Suéltame!

—Ni lo sueñes —rápidamente la colocó contra la barra de una de las literas y soltó sus manos, pero la tenía atrapada con su cuerpo—. Casi lo olvido, te gusta jugar duro ¿verdad?

—No, no quiero jugar.

Damyan perdió la paciencia, seguía intentando alejarse de él aunque su cuerpo dijera lo contrario. Cerró los puños y apretó la mandíbula, cada vez se sentía más molesto. Las palabras salieron de su boca, esperando que ella reaccionara. Hizo el último intento:

—De acuerdo, entonces no tenemos que hablar, podemos quedar solo para follar.

Tara le dirigió una dura mirada y sin pensárselo le dio una bofetada. Una sonrisa se perfiló en los labios masculinos.

—¿De qué te ríes?

—He permitido que me pegaras, pero solo por esta vez.

—Ni siquiera la has visto venir.

—Te habría parado sin problemas. Te aseguro que no lo volverás a hacer —le dijo amenazante.

—¿O qué? —le desafió.

De pronto Damyan la agarró del cuello y la besó de forma salvaje, intensa. La tumbó en la cama de la litera y la inmovilizó atrapando sus brazos por encima de la cabeza.

—Solo quería comprobar una cosa, y estaba en lo cierto —le dijo clavando los ojos en los suyos. La observó, tenía los labios entreabiertos, sonrosada por el deseo y su respiración agitada por el ardor de sus caricias. «Dios, está preciosa», pensó.

—Estás loco —le increpó.

—No nena, tú estás loca por mí. Te ha importado que te dijera que solo quiero follar, si no, no me habrías abofeteado.

—Vete a la m... —Damyan la besó de nuevo sin dejarle terminar.

Comenzó a tocarle por debajo de la camiseta, llegando a su sujetador. Tara emitió un gemido y él se descontroló, la apretó fuertemente un pecho y bajó el sujetador accediendo a su pezón. Lo pellizcó con vigor mientras que saqueaba su boca, el dulce olor que emanaba su cuerpo le enajenaba. Ella cedió respondiendo a sus caricias, le cogía del pelo y apretaba para que hundiera más la boca dentro de ella.

Damyan llegó hasta los pantalones de Tara y le desabrochó el botón, ambos jadeaban. En ese momento la dio la vuelta y quedó de culo hacia él, la bajó bruscamente los pantalones y comenzó a acariciar la raja de su trasero:

—¿Qué haces? —dijo Tara mientras agarraba fuertemente las sábanas.

—Algo que te gustará.

Bajó la mano hasta su vagina y le metió dos dedos de golpe. Tara jadeó.

—Bien cariño... Estás muy mojada.

Siguió torturándola con ambos dedos, entrando y saliendo hasta que los sacó y deslizó uno de ellos por su oscuro agujero. Despacio lo fue introduciendo:

—Espera —murmuró Tara.

—Déjate llevar.

Tara sintió como lentamente introducía el dedo y millones de sensaciones se agolparon en su interior. Comenzó a moverse intentado liberarse y él le dio un pequeño azote que increíblemente elevó su placer.

—No te muevas.

Damyan seguía inmovilizándola con una mano, con la otra se desató el lazo del uniforme y, cuando iba a bajarse los pantalones, el busca del trabajo sonó.

—¡Dios, ahora no!

—¿Qué ocurre? —preguntó Tara.

—Tengo un aviso. Se incorporó y sacó el busca de sus pantalones. Lo leyó y se levantó intentado tranquilizarse.

—Joder, lo siento, debo irme.

Tara se dio la vuelta y se arregló la ropa hasta quedar de nuevo algo presentable. Cuando se iba a incorporar él la paró bloqueándola de nuevo con su cuerpo.

—Vamos a volver a vernos. No quiero ninguna excusa.

Ella sonrió desafiándolo, sabía que no podía encontrarla por lo que tenía la partida ganada. Damyan se dio cuenta y un destello brilló en sus ojos. Sin dejar que se levantara cogió su bolso, que se había caído cuando la abalanzó sobre la camilla. Tara se revolvía, pero no podía moverse, mientras que él rebuscaba algo dentro.

—¿Qué diablos haces? —dijo molesta.

Él no contestó, siguió revolviendo todo hasta que dio con lo que buscaba. Sacó la cartera de Tara y con su móvil sacó una foto a algo. Le miraba extrañada sin entender que estaba haciendo, hasta que él le enseñó el carnet de identidad con todos sus datos, tanto la parte de la foto como los de su dirección. Ella se dio cuenta e intentó soltarse para detenerle, pero fue inútil. Metió de nuevo la cartera en su bolso.

Se acercó a su oído y le susurró:

—Ahora sé dónde vives preciosa. Estaré impaciente esperando que me invites a tu casa —se separó y la guiñó un ojo.

—¡Cabrón!

Damyan la soltó y ambos se levantaron, en esos momentos entró Alberto por la puerta.

—Ops perdón, no sabía que estabas con alguien —miró a uno y a otro algo extrañado—. Tenemos que ir urgencias, nos necesitan allí.

—Ok, ahora mismo voy.

Tara observó al chico que acaba de entrar, era moreno, con los ojos azules e intensos. Sin decir nada, cogió su bolso y se fue.

—Vaya, creo que no la has dejado muy satisfecha —dijo Alberto sonriendo.

—Calla anda, mejor vámonos.

Tara llegó a casa y se fue directamente a la ducha. Damyan la dejaba necesitada y ardiendo. Sentía rabia consigo misma por no haber sido fuerte y no haberle frenado, pero cada vez que la tocaba se deshacía por él. Salió de la ducha y se secó el cuerpo, se miró en el espejo y comenzó a cepillarse el pelo.

—No tienes pelotas Tara, te puede y te quedas idiota cuando te toca —se dijo a sí misma mirándose al espejo—. Bueno, aunque al menos se ha llevado un mordisco en los labios... y una torta. Joder que bruta soy.

Dejó el cepillo en la encimera y miró hacia el lavabo.

—Mierda, y encima ahora hablo sola.

Llamaron a la puerta de su casa y el corazón le dio un brinco. Por un momento pensó que era Damyan, ahora sabía dónde vivía. Se enrolló la toalla por el cuerpo y se acercó a la mirilla, vio que era su amiga Sonia. Abrió la puerta y la abrazó:

—¿Estás bien? —Le dijo sorprendida por el recibimiento.

—Sí, pasa. No te imaginas las ganas que tenía de verte —le dijo Tara con un tono algo desesperado.

Entraron en el salón y Tara se sentó, su amiga al verle la cara no lo dudó ni un segundo y le propuso algo:

—Anda, vístete y vamos a dar una vuelta. Lo necesitas.

Se fueron a un parque cercano y Tara le contó cómo había conocido a Damyan. Le explicó la cita que tuvieron en el restaurante y también lo del sexo cibernético. Por supuesto que obvió todo lo relacionado con Gael. Se sentaron en un banco y Tara se quedó callada.

—¡Madre del amor hermoso! Que interesante todo lo que me has contado, pero no entiendo que te frena para verle de nuevo. Estuvo mal que te grabara, pero te gusta. No seas tonta y dale otra oportunidad.

—No debería hacerlo, no es bueno para él acercarse a mí. Ahora ya ni siquiera para ti —las últimas palabras las dijo tan bajo que Sonia no la escuchó.

—Anda ya, tonterías. Mañana mismo le llamas y hablas con él.

—Sí, lo haré cuando tú llames a Víctor.

—Ese es un golpe bajo.

Un señor con su perro pasó cerca del banco donde ellas estaban sentadas. El pequeño perro blanco y con ricitos se acercó a olisquearlas. Ambas lo tocaron y él movió la cola agradecido. Su dueño lo llamó y se fue.

—Creo que he tomado una decisión —le dijo a Sonia.

—Que vas a llamarle, por supuesto.

—Me voy a ir de Madrid. Ya no puedo quedarme aquí.

Su amiga se quedó de piedra al escucharla.

—¿De qué estás hablando? ¿Por este tío?

—Son muchas cosas que no puedo explicarte, pero creo que es la solución a mis problemas.

Sonia intentó convencerla durante una hora de que no podía irse de Madrid, que la echaría de menos y que no tenía que huir de los problemas, sino enfrentarlos. Su amiga lo veía muy fácil, no sabía todo lo que le ocurría en su vida. Durante esos últimos años logró volver a rehacer los pedazos que él le dejó, pero en poco tiempo, todo se estaba complicando demasiado a su alrededor.

Después de que Sonia se fuera, iba andando hacia casa mientras pensaba en todo aquello. No sería sencillo volver a ir a vivir fuera, en el fondo no quería. Se había acostumbrado a sus compañeros de trabajo, que siempre la trataban como un igual. También podía contar con su jefe, en general el ambiente era muy bueno. Se adaptó de nuevo a Madrid y aunque las pesadillas nunca cesaron, el tener esa estabilidad le ayudó. Si se iba echaría de menos demasiadas cosas, entre ellas a él.

Que arrogante y dominante que era. Notó como intentaba controlarse y ser paciente, pero enseguida salía ese lado autoritario. También vio su lado protector, sintió su preocupación, pero no quería meterle en todo aquello.

Y si al final se iba, ¿dónde iría? De nuevo tendría que buscar un apartamento, un nuevo trabajo y ahora no era un buen momento para encontrar empleo. Llegó hasta su portal y abrió la puerta. Sintió como la rabia nacía de nuevo en su interior. Gael siempre estaría presente en su vida, tendría que huir continuamente. Carol le dijo que ahora debía estar tranquila, pero le conocía. Sabía que nunca la dejaría en paz. Vengativo y peligroso, no podía fiarse y bajar la guardia con él.

Abrió la puerta del apartamento y, justo cuando iba a cerrar la puerta, una mano de hombre la frenó. Tara se sobresaltó y entonces le vio.

CAPÍTULO 7

Él se quedó observándola y sin pedirle permiso entró y cerró la puerta. Tara le miró de arriba abajo. ¿Por qué demonios era tan atractivo? Damyan estaba allí, comiéndola con los ojos y ella no podía articular ni una palabra. Quería gritarle que por qué había ido allí. Ni siquiera la había llamado antes. Algo en su mirada no le permitía hacerlo. Su presencia le imponía y sabía que dijera lo que dijera daría igual. Él no pararía.

Damyan siguió acercándose mientras ella se alejaba, hasta que la pared la frenó y no pudo seguir retrocediendo. Él curvó los labios, sonriendo, sabiendo que estaba atrapada.

—¿Te crees que puedes entrar aquí sin decirme nada y acorralarme? —logró decirle furiosa.

—Sí.

Llegó hasta ella y no la besó en la boca. La acarició la barbilla y Tara a punto estuvo de apartarle la mano, pero no lo hizo. Primero posó los labios en su frente y siguió bajando hacia su mejilla, después, muy despacio, mordió el lóbulo de su oreja haciéndola temblar. Tara cerró los ojos dejándose llevar.

Él deslizó la boca hasta su clavícula y la lamió, sentía su cálido aliento en la piel. Ella gimió mientras que Damyan, con mucha paciencia, la desabrochaba la camisa. Primero un botón, luego otro y otro más. Sentía sus dedos en la piel, le rozaban pero no la tocaban. Llegó hasta el último que se encontraba justo debajo de su cintura, muy cerca de su sexo, el que cada segundo se iba avivando más. Le soltó el último botón y lentamente le sacó la camisa deslizándosela por los hombros. Se estaba tomando su tiempo y ella quería besarle ya, que la penetrara de una vez. Su contacto y esa lentitud la estaban alterando. Le agarró del cuello y lo acercó hacia su boca:

—No preciosa, todavía no. Lo último que besaré esta noche, será tu boca —mientras le decía aquello le quitó el sujetador y se deleitó viéndola desnuda—. ¿Sabes qué es lo siguiente que voy a besar, lamer y chupar? —Le bajó los pantalones cortos y las bragas de encaje.

—No...—murmuró.

—Tu coño Tara.

La cogió en brazos y la tumbó en la mesa rectangular que estaba en el salón. Él se quitó la camiseta y Tara observó su tórax.

—Levanta los brazos y agárrate a la mesa, si te sueltas paro.

Obedeció y él le abrió las piernas. Se inclinó y la regaló besos húmedos cerca de su vagina. Recorrió el monte de Venus y paró. Antes de hacer nada la miró y vio su pecho subir y bajar, excitada y dispuesta para él. Era la primera vez que la veía completamente desnuda y podía apreciar cada curva con mayor claridad. Su suave y pálida piel, las moldeadas y esbeltas piernas.

Y su vagina... totalmente depilada. En ese momento la veía como una diosa, su diosa. La erección le dolía a través de sus pantalones.

Con ambas manos abrió despacio sus labios y entonces la lamió. Solo una vez. Tara se sacudió.

—Quieta.

Él volvió a darle otro lametazo y otro, y otro más. Tara se soltó y le agarró del pelo. Él se apartó y cogió sus brazos poniéndoselos de nuevo encima de la cabeza. Se situó muy cerca de su cara.

—Te he dicho que si te sueltas pararé.

Tara le miró con rabia y deseo, pero le obedeció. Él volvió a colocarse entre sus muslos y la atormentó de nuevo con la lengua. La lamió de nuevo, esta vez de forma más intensa. Tomaba todo de ella, pasó la lengua por su clítoris y lo torturó. Cuando Tara creía que ya no podía sentir más placer, él metió dos dedos en su vagina.

—Damyan —susurró excitada.

—Que bien sabes... Tan dulce.

Él succionó su botón hinchado y mientras le daba placer con una mano, con la otra acarició su pecho, retorciéndole un pezón. Tara estaba muy cerca del orgasmo. Faltaba tan poco. Él sacó sus dedos y se sintió vacía, pero enseguida metió su lengua, entrando y saliendo, dentro fuera, hasta que pensó que ya no aguantaría más. Él tocó con un dedo su clítoris y entonces estalló. Gritó y se sacudió en la mesa, sintiendo el placer extenderse por su cuerpo. Damyan apenas la dejó respirar.

—Ven.

Todavía temblando se incorporó de la mesa, mientras que él se quitaba el resto de la ropa, y se quedaba desnudo delante de ella. Cogió un preservativo y se lo puso. Tara no podía dejar de mirarle. Le recordaba a los gladiadores romanos, solo que él era más fibroso y no excesivamente ancho. Las abdominales se le marcaban, su piel, algo dorada, daba ganas de besarla y morderla. Deslizó la mirada hasta su pene y aunque lo había visto otras veces, lo apreció con más claridad. Era grueso, grande y alargado. Perfecto.

Cuando le miró a la cara, vio que la observaba con una sonrisa:

—¿No te cansas de mirarme? —le preguntó seguro de sí mismo—. Puedes tocar si lo deseas.

A Tara le dieron ganas de darle una torta, tumbarlo en el suelo y montarse encima de él. La cogió y le ayudó a bajarse de la mesa. Instantes después, Damyan le arrebató un beso, intenso y apasionado. Echaba de menos sus labios, cuando sus bocas se unían el placer y la química se multiplicaba, imposible de parar.

Jadeando, tocándose ávidamente uno y otro, sin descanso. Le dio la vuelta y la colocó en la

parte superior del sofá que se situaba al lado. La obligó a inclinarse. Su trasero se exhibía ante él.

—Abre las piernas —le ordenó.

Ella lo hizo pero Damyan metió uno de sus pies y la obligó a que se abriera más.

—Así cariño —le dijo mientras le acariciaba la espalda—. Desde aquella noche en el cine no hemos podido hacerlo de nuevo. Echo de menos tu estrechez exprimiendo mi polla.

Tara respiraba con dificultad, expectante e inquieta. Sintió como ponía la punta de su pene en la entrada de su vagina.

—¿Qué quieres Tara?

—No te lo diré.

—Pídemelo —seguía jugando con ella, metiéndole el glande, pero sin llegar a profundizar.

Ella apretaba los puños en el sofá. Anhelante y deseando que la penetrara.

—No —dijo orgullosa.

Él se apartó, intentaba mantener el control. Ansiaba entrar dentro de ella, aunque no lo haría hasta que se lo rogase. Le volvió a meter el glande, a la vez que la tocaba el clítoris. Ella gimió.

—Vamos Tara, si me lo pides lo tendrás —su voz se entrecortaba también por el deseo.

—No...

Él se inclinó en su espalda y le susurró en el oído:

—Vas a rogarme, lo quieras o no. Cuanto antes lo hagas, antes disfrutaremos los dos. —Le gustaba lo cabezota que era, pero al final ella sucumbiría.

Se incorporó de nuevo y, entonces, sin previo aviso, se la metió profundamente. Una sola estocada y salió. Tara sintió una sacudida y todo su cuerpo vibró. Quería más.

—Pídemelo nena —le dijo mientras torturaba su inflamado botón.

—¡Mierda! Hazlo, métemela.

—Se pide por favor.

—Y una m... —hundió su pene dentro de ella y comenzó a entrar y salir. La agarraba de las caderas y mantenía el ritmo. Ambos jadeaban y sus cuerpos empezaron a sudar.

—Dios Tara. Echaba de menos tenerte así. Hacerte mía de nuevo.

Se sentía tan bien, el acoplamiento era perfecto, como si estuvieran hechos el uno para el otro. La embistió con fuerza, hondo, profundo y en ese momento se corrió. Le tocó el clítoris y ella sintió un huracán de placer invadir su cuerpo. Gritó sin poder contenerse.

Ambos se quedaron laxos en el sofá, el pecho de Damyan descansaba sobre la espalda de Tara. Él se levantó, se quitó el preservativo y le preguntó dónde estaba el baño. Ella se tumbó en el sofá

y se tapó con una manta fina que siempre tenía en el sillón. Le temblaban las piernas. Él se había puesto los bóxer y se sentó a su lado. La acarició el pelo y Tara vio ternura en su mirada. Hacía un momento era todo dominación, pasión y autoridad y ahora la desarmaba con esos ojos que la transmitían demasiado.

—¿Quieres que me vaya? —le preguntó Damyan.

—Si te vas te corto las pelotas.

Damyan se rió.

—Déjame un sitio. Conociéndote me harías dormir en el suelo.

—No es mala idea.

—Bruja —le dijo mientras se acercó a sus labios y le dio un breve beso.

Él se colocó detrás de ella, la abrazó y Tara colocó la cabeza en su brazo. Se taparon y se quedó dormida con las caricias que Damyan le hacía en el pelo.

«Sangre, por las paredes, por el suelo, los muebles. Tara intentaba huir, pero le pesaban las piernas. No podía escapar, se sentía atrapada y sabía que alguien iba detrás de ella, en el momento que la encontrara la mataría. De repente apareció en un jardín rodeado de flores. Sentada en un columpio alguien la empujaba suavemente y ella reía. Era pequeña, no veía quien estaba detrás, pero sabía que sentía un gran amor hacia esa persona.

Echó la cabeza hacia atrás, sintiendo el aire, el brinco del estómago al subir y bajar. Todo era perfecto hasta que miró su vestido, lo vio lleno de barro y de sangre seca. El sol que brillaba con fuerza en el cielo cambió y se cubrió de nubes. Comenzó a llover. De nuevo esa presencia que tenía estaba allí. Se bajó del columpio y echó a correr. Escuchaba los pasos detrás de ella, se iba acercando cada vez más, por mucho que huyera la estaba alcanzando. De pronto sintió una presión en su espalda y un fuerte dolor se expandió por su pecho. Supo el origen de esa sensación. Le habían clavado un cuchillo. Le costaba respirar, se cayó al suelo y comenzó a arrastrarse. El aire no llegaba a sus pulmones, se estaba ahogando... Escuchó que alguien la llamaba a lo lejos».

—Tara, despierta.

Abrió los ojos y vio a Damyan con el rostro preocupado. Él le acarició la mejilla.

—Tranquila. Has tenido una pesadilla.

«No, no es un sueño», pensó.

—Abrazame —le pidió Tara.

—¿Estás bien?

—No.

Él no dijo nada y la estrechó contra su cuerpo. Se abrazó a ella y acarició su espalda. Tenía una marca en la piel, una cicatriz. Debía de habérsela hecho hacía tiempo. Él había visto heridas de cuchillo y prácticamente eran igual. La rozó con un dedo:

—¿Y esta cicatriz? Parece profunda.

—Sí, lo fue.

—¿Tuviste secuelas?

—Me perforó un pulmón. Pero prefiero no hablar de ello.

—Está bien —Damyán tenía muchas preguntas pero no quiso agobiarla.

—Gracias.

Se dio la vuelta y le besó. Se acurrucó en su cuerpo y se quedó dormida. Él sin embargo no podía dormir. Cada día que la conocía, tenía la sensación de que algo horrible la ocurrió en el pasado. No entendía por qué no confiaba en él. Quizá podía ayudarle, aunque decidió que tendría paciencia y esperaría a que poco a poco ella se fuera abriendo.

Observó su rostro, ahora estaba serena y tranquila. Era tan hermosa. Cuanto más la conocía, más tiempo quería permanecer a su lado. Con cuidado cogió su propio móvil, que tenía encima de la mesa, he hizo una foto a su rostro. Suponía que esta vez no se enfadaría, solo era una foto de ella durmiendo.

Damyán llegó al hospital. La noche con Tara fue perfecta, quedaron que volverían a verse, pero esta vez en su casa. Parecía haber bajado sus defensas y estaba mucho más receptiva. Si no la hubiera encontrado en el ascensor, nunca la habría vuelto a ver. Menos mal que le hizo la foto a su carnet de identidad. No se lo pensó, quería verla y estar con ella, pero sabía que si la llamaba, no daría su brazo a torcer. Cuando abrió la puerta y la vio, no necesitaron palabras. Sus cuerpos se llamaban, se atraían como dos imanes, y eso es lo que hicieron, juntarse.

Fue a la habitación del hombre del coma, allí todos le llamaban así. Hoy le tocaba a él revisarlo. Cada día hablaba más, era un criminal pero allí no le veían así. Parecía divertido y, poco a poco, se iba ganando a la gente. Entró y le vio mucho mejor, hizo las comprobaciones pertinentes y cogió las cosas para irse. El policía seguía allí. No podía negar que la situación era muy rara.

—¿Tienes hora? —le preguntó Gael.

—Sí —Damyán sacó el móvil de la bata—. Las dos y media.

Gael vio de lejos que él tenía en el fondo de pantalla a una mujer.

—¿Es esa tu novia? —le dijo con una medio sonrisa.

—Bueno, no sé muy bien lo que somos todavía.

—Vaya, eso es que te tiene agarrado por los huevos —comenzó a reírse e instantes después empezó a toser.

—Todavía estás débil.

—Por una parte estoy deseando recuperarme, aunque por otra... —miró hacia el policía que seguía leyendo el periódico. Parecía que no hacía otra cosa.

—Aun tendrás que estar por aquí un tiempo. Bueno, voy a seguir con mi ronda —le dijo a la vez que se alejaba de él.

—Espera —le pidió Gael mientras que Damyan se detenía—. ¿No vas a enseñarme a esa preciosidad?

Damyan dudó por un momento, pero sonrió y le acercó el móvil a la cara. Al fin y al cabo era inofensivo. El hombre palideció, pestañeó varias veces intentado enfocar mejor. Si hubiera podido apretar los puños con fuerza lo habría hecho.

—Es ella... —dijo Gael.

CAPÍTULO 8

Damyan se asustó al ver el rostro de Gael observando la foto de Tara. Desprendía odio, mucho odio. Apartó rápidamente el móvil evitando que pudiera seguir mirándola.

—¿De qué la conoces? —preguntó Damyan.

—¿No te ha hablado de su pasado? Debes tener cuidado con ella, está loca.

—Estás confundido, no debe de tratarse de la misma persona.

—Nunca podré olvidar su cara, esa mujer es peligrosa.

—¿Y lo dice un hombre que ha estado en la cárcel y ahora está esposado en la cama de un hospital, vigilado por un policía?

—¡Por su culpa estoy aquí! —gritó con rencor—. Es una mentirosa, y estar con ella no te traerá nada bueno en la vida. Quizá termines aquí como yo.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Más vale que solo la utilices para follar...

Damyan cerró los puños y casi le rompe la cara, se frenó al ver que el policía se levantó al darse cuenta de sus intenciones. Mandó callar a Gael y se quedó observando a ambos.

—Seguro que no te ha dicho ni su verdadero nombre.

Damyan se alejó, no quería seguir teniendo esa conversación con aquel hombre, le inquietaba su mirada y la forma en la que hablaba de Tara.

—Ariadna. Llámala así, responderá inmediatamente.

Sin mirar atrás Damyan salió de la habitación y se alejó a toda prisa de allí. Se sentía como un estúpido por haberle enseñado la foto. Nunca pensó que tuviera ninguna relación con él. Recordó cuando la vio en aquella habitación, aunque siempre creyó que en el fondo había ido a buscarle a él, pero se arrepintió y se fue. No fue así, a quien iba a ver era a Gael. ¿Por qué? Le asustaba el odio que había visto en sus ojos, la rabia con la que hablaba de ella.

De nuevo se recriminó a sí mismo lo torpe e imbécil que había sido. Sentía que por su culpa ahora ella estaba en peligro, aunque ese hombre estaba vigilado y cuando se encontrara mejor, volvería a la cárcel. Aun así, le parecía peligroso. Ese tono amable y bromista que utilizaba con todos cambió radicalmente cuando vio su foto.

Tendría que advertirla de todo esto, seguro que no se lo tomaría nada bien, pero debía decírselo. Había sido un irresponsable. Si quisiera podría averiguar que había hecho ese hombre, pero necesitaba que ella le dijera que ocurría, que confiara en él. Tenía que abrirse y contarle todo. ¿Y si él le había apuñalado y por eso tenía aquella cicatriz? ¿Sería por eso que estaba preso?

Todas estas preguntas se las tendría que responder Tara. Ni por un momento creía nada de lo que le había dicho Gael. ¿Qué ella era peligrosa?, y el maldito le echaba la culpa de que estuviera allí. No le gustaba nada aquel hombre. A partir de ahora le diría a Alberto si podía tratarle él, no quería volver a verle. Si no llega a estar ese policía en la habitación, le habría roto la mandíbula y no hubiera estado mal dejarlo en coma de nuevo.

Tara recibió su llamada, habían quedado para verse después. Se suponía que esta vez irían a casa de Damyan, tenía curiosidad por conocerla, pero él le dijo que prefería volver a quedar en su casa. Estaba algo extraño y en su voz notó que estaba preocupado por algo. Se inquietó cuando él le dijo que tenían que hablar, esperaba que no le hubiera ocurrido nada grave. Le gustó que la noche pasada él respetase que no quisiera hablar de cómo se hizo esa cicatriz.

Por un lado quería confiar en él y contarle todo, pero tenía miedo a involucrarlo, no quería ponerle en peligro. Cada día que estaba con él se sentía más a gusto. La idea de irse de Madrid y separarse de su lado cada vez la veía más lejana. Aunque Gael se hubiera despertado, no sabía nada de ella, ni siquiera que estaba en Madrid. Carol le dijo que debía estar tranquila y quizá tenía razón. O a lo mejor solo se estaba engañando a sí misma para no tener que huir de nuevo. Esperaría un poco más y tomaría una decisión.

Gael estaba inquieto, no podía creer que hubiera tenido tanta suerte de encontrarla. Una rabia le carcomió la sangre cuando vio la foto, dormía plácidamente, con el rostro en paz y feliz mientras que él se pudría en la cárcel. Que ganas le dieron de cogerle el cuello y retorcérselo. Verla morir en sus propias manos sería una gran satisfacción. Si tuviera la ocasión lo haría, pero no de forma rápida e indolora, sino todo lo contrario, sufriría cada uno de los días que él había estado encarcelado. Pagaría cada golpe que le dieron en la celda de prisión, donde casi lo matan.

Había vuelto a Madrid, por lo que se sentía confiada y ya no estaba asustada, seguramente creía que no le podría volver a hacer daño. Que equivocada estaba, no iba a ser tan sencillo librarse de él, ahora que por fin se había despertado y la había encontrado. Solo tenía dos objetivos en mente; el primero, huir como fuera de allí y ya tenía pensado como hacerlo; el segundo, encontrarla y divertirse con ella hasta matarla. Se lo juró a sí mismo, por mucho que le costara, no descansaría hasta lograrlo.

Damyan no se atrevía a llamar a su puerta y entrar. Había preferido quedar en su casa para que ella no huyera si la presionaba. Esperaba encontrar las palabras adecuadas para que se abriera a él y así poder ayudarla. Sabía que algo del pasado la provocaba dolor. Ojalá le dejara entrar en su interior para poder confortarla.

Llamó a la puerta y le abrió. Estaba preciosa, como siempre. Llevaba unos pantalones vaqueros

muy cortos y una camiseta de tirantes roja. Incluso con toda la inquietud que tenía en esos momentos por lo sucedido, en cuanto la vio le dieron ganas de abalanzarse sobre ella y besarla. Sentía una necesidad primitiva de tocarla cada vez que estaba a su lado, pero esta vez se controlaría. Tenían que hablar.

—Hola preciosa.

Tara se acercó a él y le besó intensamente, devorándole la boca. «Dios, esto no está ayudándome a mantener el control», pensó Damyan.

—Te he echado de menos —le dijo Tara tocándole el pecho.

—Yo también, pero tenemos que hablar —le cogió la mano y la llevó hasta el sofá para que se sentaran.

En cuanto lo hizo, ella se echó encima suyo y volvió a besarle, intentando quitarle la camiseta.

—Dios Tara, espera... —ahora le lamía el cuello y su erección era cada vez mayor. Tocó su suave piel por debajo de la camiseta y Tara gimió.

«Mierda, mierda».

—Te deseo Damyan —le dijo excitada.

Él deslizó las manos hacia su culo y lo acarició, mientras que Tara se presionaba contra su pene. Una sacudida de placer le llameó la sangre.

—Para nena, espera...—dijo jadeando. Por un momento tuvo la tentación de dejarse llevar, pero no era lo correcto. La cogió de ambas manos para evitar que le siguiera tocando o no podría mantener el control—. Necesitamos hablar.

Tara le vio tan serio que se separó de él y se sentó en el otro extremo del sillón cogiéndose las rodillas.

—¿Qué ocurre?

—Sé que no te gusta hablar de tu pasado, pero es necesario que me cuentes que te ocurrió.

Tara se levantó rápidamente y comenzó a dar vueltas en el salón.

—¿Por qué insistes?

—¿Cómo te hicieron la herida de la espalda?

—No necesitas saberlo —le dijo irritada.

Damyan se levantó y se acercó a ella. Fue a cogerla pero Tara no se dejaba, le dio un manotazo para que no la tocara. Él la ignoró hasta que logró alcanzarla y cogió su cintura con ambas manos.

—Tara, no soy tu enemigo, solo quiero llegar a ti. No sé si te has dado cuenta, pero para mí no eres un simple polvo. Quiero que confíes en mí.

Su mirada se ablandó, estaba logrando que bajara las defensas. Le acarició el brazo y la besó dulcemente.

—No quiero ponerte en peligro —susurró.

—No lo harás. Ahora dime, ¿cómo te hicieron esa herida?

—Me apuñalaron —dijo casi sin voz y mirando al suelo. Él le cogió la barbilla y se la levantó obligándola a mirarle.

—¿Por qué?

—Porque sabía demasiado —se volvió a apartar de su lado—. No insistas no te diré nada más.

«Dios mío que terca es», estaba perdiendo la paciencia. Ya no sabía que más hacer para que se abriera a él. Solo le quedaba una opción más, no le gustaba pero lo haría. Tara se acercó a la mesa, cogió un plato y un vaso que había en ella, se fue hacia la cocina y entonces se lo dijo:

—Ariadna...

Un gran estruendo se produjo en el salón, estaba de espaldas a él y el plato y el vaso que llevaba en las manos se le cayó al suelo. Veía sus hombros subir y bajar con cada respiración, se había quedado paralizada y no se daba la vuelta. La tensión se podía cortar entre ambos. Esperó. Seguía sin decir nada, hasta que muy despacio, se dio la vuelta.

Su mirada era de absoluto terror, rabia y confusión. Sus ojos estaban llorosos pero no le caía ninguna lágrima.

—¿Cómo has dicho? —le preguntó por fin.

—Hoy ha ocurrido algo en el hospital y...

No le dejó terminar, salió corriendo hacia la cocina, estaba descalza y pasó delante de los cristales que había en el suelo, pisándolos. Él la siguió confundido, cuando llegó vio que tenía un cuchillo en la mano.

—No te acerques Damyan, lo digo en serio.

—¿Qué te ocurre? Déjame explicarte —le dijo intentado acercarse más a ella.

—¡No te acerques! —le gritó amenazándola con el cuchillo.

—Está bien tranquila, pero escúchame. Hoy fui a ver a Gael —vio cómo se estremecía al escuchar su nombre, si tenía alguna duda de que le conocía, en ese momento se evaporaron—. Cometí un gran error.

—¿Qué hiciste? —le preguntó sin bajar el cuchillo.

—Ayer mientras dormías te hice una foto... y él la ha visto.

—¿Qué hiciste qué? —sus ojos se abrieron y por un momento pensó que se echaría sobre él y le

apuñalaría sin parar.

—Me preguntó la hora y vio que tenía una foto de una mujer, me pidió que se la mostrara y lo hice. Tara, él te reconoció, me dijo que eras la culpable de que estuviera allí y millones de tonterías más. Hasta que me dijo que tu nombre sería falso y que te llamara Ariadna.

—Mierda —blasfemó bajando lentamente la mano.

Damyan vio sangre en el suelo y se fijó en los pies de Tara:

—Joder, estás sangrando, te has cortado con los cristales —fue a acercarse a ella.

—No —le volvió a amenazar—. Vete.

—Ni lo sueñes —comenzó a acercarse a ella muy despacio—. Voy a curarte y no me iré de aquí hasta que no me digas qué coño está pasando. —Dio otro paso más.

—Damyan no te acerques —volvió a advertirle—. Te lo clavaré.

—No te creo —casi estaba a su lado, un paso más y la tocaría—. Confío en ti y quiero que tú también lo hagas.

En su mirada vio dolor y desesperación. Se situó delante de ella y lentamente bajó los brazos. Él la abrazó y Tara comenzó a temblar, sintió como dejaba caer el cuchillo al suelo y respondió a su abrazo. La besó en la cabeza y rompió a llorar. Intentó consolarla:

—No te preocupes Tara, todo tiene solución. No sé qué te hizo en el pasado, pero no estás sola, me tienes a mí.

—Tu no lo entiendes —le dijo mirándole con lágrimas en los ojos.

—No, la verdad es que no, pero espero que me expliques todo para entender por qué estás así —le secó el agua salada de las mejillas—. No llores preciosa, no dejaré que te haga daño.

—No es por mí Damyan. Al conocerme te he complicado la vida.

—No digas eso.

Tara le abrazó intensamente, a la vez que con todo el dolor de su corazón, le dijo una terrible verdad:

—Te he puesto en peligro y voy a tener que irme muy lejos de aquí.

CAPÍTULO 9

El corazón de Damyan retumbó contra su pecho al escucharla decir aquello. No se podía ir. La última vez que desapareció y pensó que nunca volvería a verla, casi se vuelve loco. No quería que ocurriera lo mismo de nuevo. Dejó de abrazarla y se apartó de ella.

Tara lo miró y en sus ojos se reflejaba tensión y determinación. No tenía que haber dicho en voz alta esas últimas palabras. Si se iba era mejor que él no lo supiera, pero salieron sin más de su boca. Él se cruzó de brazos y se apoyó en la encimera de la cocina.

—Voy a decírtelo solo una vez más —le dijo con un tono de voz bajo y amenazante—. Vas a contarme qué coño te ha ocurrido en el pasado y no me moveré de aquí hasta que lo hagas. ¿Lo has entendido?

Tara se puso a la defensiva al escucharle hablar así. Se secó las lágrimas y la tristeza que sentía hacía unos instantes se transformó en rabia.

—Sí, lo entiendo perfectamente, pero no me sale de los huevos decirte nada.

—Un día voy a limpiarte esa boca con jabón —se fue acercando de nuevo hacia ella, hasta que se quedó cerca de su cuerpo. La fuerza que le transmitía la imponía, pero no se amedrentaría.

—Si no te gusta ya sabes dónde está la puerta.

—Sí me gusta. Ese es el problema. Me gustas demasiado para dejarte marchar y tú te empeñas en alejarme de ti —la cogió de la cintura—. Tara, te aseguro que en toda mi vida nunca he ido detrás de una mujer como lo estoy haciendo contigo y mucho menos de forma tan paciente.

—¿Paciente? —le dio un empujón y se separó de él enfadada—. Miraste en mi cartera para ver donde vivía, apareciste en mi casa sin ser invitado y le has enseñado una foto al hombre que más daño puede hacerme.

—No voy a pedirte más veces perdón por eso. Debes contarme lo que te ha ocurrido y te advierto una cosa; si tú no lo haces, se lo preguntaré a él. Tú decides.

—¡No! —contestó rápidamente algo asustada.

—Entonces empieza a hablar.

Tara se quedó mirándole, no sabía qué hacer. Por un lado no quería decírselo, solo tenía que desaparecer, pero si lo hacía sabía que Damyan cumpliría su amenaza e iría a hablar con Gael. Cuanto menos hablara con aquel maldito hombre mejor, además lo único que haría sería contarle mentiras y confundirle.

—De acuerdo.

Un gran alivio inundó la cara de Damyan.

—Bien, pero primero dime dónde está el botiquín de primeros auxilios. Voy a curarte las

heridas de los pies.

Ella fue a andar y un pinchazo de dolor le recorrió los pies. De los nervios, el dolor pasó a un segundo plano al pisar los cristales del vaso que se le había caído.

—Ven aquí —la cogió y la llevó al sofá entre sus fuertes brazos. Notó su pecho cerca de su rostro y ella se sujetó con sus manos detrás de su cuello. A punto estuvo de decirle que no la soltara. Por un momento se sintió inmensamente protegida. La tumbó y fue a buscar el botiquín en el armarito donde ella le había indicado.

Él dejó en la mesa lo necesario para curarla. Algodones, alcohol, unas pinzas y unas tiritas. Le cogió suavemente la pierna y la colocó en su rodilla. Con un algodón, limpió la planta del pie que todavía sangraba.

—Auch —dijo Tara.

—Escuece, lo sé, pero al menos no te has hecho ninguna herida profunda —él la miró—. Vamos, cuéntamelo. —le ordenó de forma sutil.

Los nervios de Tara estaban a flor de piel, no por las heridas de los pies, sino por otras bien distintas. No sabía cómo empezar a contarle su pasado. Hacía mucho tiempo que no había vuelto a hablar de aquello. No es que hubiera podido olvidarlo, cada día seguía soñando con lo ocurrido. Abrirse a él le asustaba, no solo porque sabría la verdad sobre ella, también porque de forma egoísta no quería revivir de nuevo su pasado. Volvería a ser Ariadna, volvería a ver la sangre, sentiría el miedo...

—¡No puedo hacerlo! —le dijo Tara intentando incorporarse y huir de allí.

Él puso la palma de la mano sobre su estómago, sujetándola. Notó el calor de cada uno de sus dedos sobre la piel. ¿Por qué no podían simplemente tocarse, dejarse llevar y olvidarse de lo demás? Es lo único que ella quería hacer en esos momentos.

—No. No te muevas.

Él continuó limpiándole las heridas. Le observó, pero no era capaz de hablarle. Damyan, muy paciente, seguía callado, esmerándose en curarla, esperando a que ella sacara valor para que las palabras fluyeran de sus labios. Tara se frotó las manos inquieta. Y entonces, habló:

“Mi madre dejó a mi padre al poco de nacer yo —Damyan se detuvo por un momento, pero sin mirarla dejó el algodón en la mesa y cogió unas pinzas para sacarle los cristales—. Él se volvió un alcohólico y adicto al juego. Mi tío Joaquín siempre me cuidaba, era el único que se preocupaba por mí. Cansado de ver lo abandonada que me tenía mi padre, decidió pedir la custodia. A él no le importó, incluso creo que sintió alivio al deshacerse de mí. Un día desapareció y no le volvimos a ver.

Crecí con mi tío, me cuidaba, me llevaba al colegio, me ayudaba con los estudios. Era como un verdadero padre. Trabajaba de mecánico en su propio taller, pero las cosas empezaron a irle mal. Yo ya era adolescente y siempre que salía del instituto iba a ayudarlo.

Mi tío conocía a Gael por mi padre. Desde muy pequeña apareció en nuestras vidas. Según iba creciendo él me miraba de una forma extraña y me hacía sentir muy incómoda. Gael le dijo que si le iba tan mal, él podía prestarle dinero y que más adelante se lo devolvería cuando las cosas mejoraran en el taller. Mi tío sabía que no era trigo limpio, corrían rumores de que trabajaba para la pequeña organización criminal de Igor Pintero. Un hombre que traficaba con drogas, hacía chantajes, extorsión e incluso trata de mujeres.

La necesidad hizo que finalmente accediera. Al principio todo fue bien. Con el dinero que él le prestó, hizo mejoras en el taller y por un tiempo las cosas mejoraron. Mi tío siempre estaba muy pendiente de mí. Insistía en que no debía dejar los estudios. Le pedía que me enseñara a arreglar coches y así me fui convirtiendo en una experta, eso sí, con la condición de que siguiera estudiando. Intentaba hacerlo por las noches, mientras que le ayudaba al salir del instituto y así poco a poco, fui sacando el trabajo adelante.

Gael cada vez le presionaba más para que le devolviera el dinero. Mi tío le iba dando todo lo que podía, pero no era suficiente, quería más. Aunque él se dio cuenta que no era dinero lo que realmente le interesaba, sino yo.

—¡Ay! —dijo Tara al sentir un pinchazo en el pie.

—Perdona, te estoy sacando varios cristales.

En realidad Damyan al escucharla decir aquello apretó más de la cuenta su pie. Le enfureció, no quería ni imaginarse que ese cerdo quisiera tocarla. Tenía la mandíbula tensa, intentó relajarse, mientras que Tara proseguía.

“Empezaron las amenazas, hasta que un día mi tío vio como aparcaba cerca de nuestro pequeño dúplex y se acercaba con dos matones. Me obligó a que me escondiera en una pequeña trampilla que teníamos en el suelo. Me hizo prometer que no saldría, escuchara lo que escuchara. Recuerdo que con los ojos vidriosos me dijo que me quería...”

Tara se quedó callada y Damyan le cogió de la mano. Tenía la mirada ida, muy lejos de allí. Continuó hablando:

“Todavía tengo en mi memoria aquella conversación, podía escuchar todo lo que decían, incluso se apreciaban sus caras, que se veían a través de unas rendijas en el suelo de la trampilla.

Gael le volvió a amenazar, tenía que pagarle ya que el plazo se había terminado. Mi tío le dijo que todavía no lo tenía, que le diera más tiempo. Él se negó. Recuerdo sus palabras:

—Si no puedes pagarme con dinero, entonces ya sabes que otra cosa puedes ofrecerme.

—Ni hablar —le contestó mi tío.

—¿Dónde está?

—La he mandado muy lejos de aquí donde no podréis encontrarla.

—Eres un estúpido, ahora ya no tienes nada de valor, solo queda tu insignificante vida. Pero ten por seguro que la encontraré y me encargaré de que muchos hombres la conozcan también. Uno detrás de otro, sin descanso, aunque antes la probaré yo...

—¡Cabrón!

Mi tío se abalanzó sobre él y los perdí de vista. En ese instante vi a Gael que sacaba un arma y la disparaba. Escuché el golpe de un cuerpo desplomándose y recuerdo el sonido de las gotas de sangre golpear contra el suelo traspasando la trampilla a través de las rendijas donde yo me encontraba. Entonces escuché la voz de Gael.

—¿Dónde estás querida?

Odiaba su voz, era algo aguda para ser de hombre. Siempre solía llamarla querida en vez de por su nombre y la forma en que lo hacía le daba escalofríos.

—Regístrad la casa.

Todavía no sé cómo pude mantenerme callada, en ese momento me di cuenta de que habían matado a mi tío. Estaba aterrorizada pensando en la posibilidad de que averiguaran donde me escondía. Finalmente se cansaron y se fueron. Pasaron muchas horas hasta que me atreví a salir de allí. Cuando lo hice vi el cadáver. Frío y pálido, le abracé, sabiendo que él no me rodearía con sus brazos. Aquellos que siempre me columpiaban cuando era pequeña e íbamos al parque.

No sabía muy bien que hacer, pero no quería quedarme por allí, me daba miedo que volvieran. No era capaz ni de llorar, estaba en estado de shock. Así que me fui corriendo hasta la comisaría más próxima, cuando llegué me atendió la policía y les dije que habían matado a mi tío. Uno de ellos me llevó a una sala, me puso una manta por encima y al poco tiempo entró una mujer policía, Carol. Después de contarle la historia me abrazó y en ese momento las lágrimas brotaron de mis ojos sin que pudiera detenerlas. Esta mujer me ayudó mucho durante todo el proceso y si no fuera por ella, yo no estaría aquí. Me salvó la vida...

Después de aquello todo cambió para mí. Me llevaron a un centro de menores, al tener diecisiete años. Lo bueno es que me faltaba muy poco para cumplir los dieciocho. Fueron a detener a Gael. Él se enteró que había un testigo que le inculpaba y enseguida supo que era yo. Se encontraba en la cárcel, pero eso no quería decir que no pudiera tocarme. Al ser un miembro de la organización, tenía muchas influencias e Igor Pintero, el cabecilla de todo, podía ayudarme.

Estaba deseando poder irme del centro de menores. No me dejaban trabajar, tenía que seguir

yendo al instituto. No me imaginé que muy pronto saldría de allí, pero no como pensaba.

Una de las tardes que me quedé estudiando en la biblioteca, salí más tarde de lo normal. Era invierno y a las ocho ya era de noche. Hacía mucho frío y el aire soplaba bastante fuerte. Solo escuchaba el silbido del aire en mis oídos. No sé por qué pero sentí una inquietud y miré hacia atrás. Entonces le vi, un hombre vestido con una sudadera con capucha, corpulento y fuerte venía corriendo hacia a mí. Instintivamente empecé a correr, solté la mochila para poder hacerlo más deprisa. El centro estaba a pocos metros, pero él me alcanzó —Tara notó un nudo en la garganta al recordar aquello—. Sentí un fuerte dolor en la espalda, caí al suelo, e intenté gritar, pero notaba que el pecho me dolía y me estaba ahogando. Solo esperaba que otra puñalada se hundiera en mi espalda. Él me agarró del pelo y logró que me diera la vuelta. Vi sus ojos oscuros a través de la capucha y el reflejo del cuchillo al levantarlo para coger impulso y clavármelo de nuevo.

Escuché un disparo y él se quedó quieto. De nuevo fue a intentar a apuñalarme. Escuché otro disparo y entonces soltó el cuchillo y se llevó la mano al pecho. Se cayó encima de mí. Como pude intenté salir de debajo de su cuerpo. Entonces vi a Carol agachándose donde yo estaba. Me lo quitó de encima y escuché que llamaba a una ambulancia. Después me desmayé.

Estuve bastante grave. Me perforó un pulmón y tardé en recuperarme. Cumplí allí los dieciocho años. Carol venía a verme muy a menudo. Nunca pude agradecerle lo suficiente, si no llega a ser porque aquel día fue a verme para hablar del caso de Gael, ahora estaría muerta.

Siempre había un policía protegiendo la puerta de mi habitación. Me habían puesto seguridad. Me explicó que hasta que saliera el juicio contra Gael lo mejor sería entrar en protección de testigos ya que podían volver a intentar matarme. Cambiaron mi nombre y todo mi pasado se vio borrado de un plumazo. Cuando salí del hospital, me trasladaron a Cádiz. Allí ya no era Ariadna, me llamaba Tara. Lo que nunca cambié fue la profesión de mecánico. Me consiguieron una casa, un trabajo. Se celebró el juicio, testifiqué contra él y afortunadamente no tuve que verle la cara. Le condenaron a veinte años.

Me quedé en Cádiz durante años. Ya no podía mantener ningún contacto con la policía ni con Carol, a no ser que me viera en peligro.

—¿Por qué volviste a Madrid? —preguntó Damyan.

—Un día en el periódico leí que a Gael le habían dado una paliza hasta casi matarle. Me arriesgué y llamé a Carol, me contó que Gael había hecho un trato con la policía dándoles información de donde iba a realizarse una importante venta de droga a cambio de reducir la condena. En el asalto murió el hijo de Igor, el cabecilla. Se enteró que Gael estaba detrás de todo aquello y como venganza dio orden de que le mataran. Carol me dijo que ya no tenía que temer nada. Se había quedado en coma por la paliza y si lograba despertarse no tendría el apoyo de

nadie. Estaba solo.

—No entiendo por qué le temes entonces. Está solo, ingresado en un hospital y volverá a la cárcel —le dijo Damyan que ya había terminado de curarla.

Tara dobló las piernas y se las acercó a su pecho. Se abrazó a sí misma.

—No le conoces. Es vengativo, sé que no parará hasta que me vea muerta. Antes no fue capaz de encontrarme, pero hoy tú le has llevado hasta a mí.

Damyan se tocó el pelo frustrado.

—Lo siento, de verdad. Tenías que haber confiado en mí.

—Damyan, apenas nos conocemos. Lo primero que he pensado cuando me has llamado por mi verdadero nombre era que estabas con él. Por instinto he intentado protegerme de ti y he ido a la cocina a por un cuchillo...

—Yo siento que te conozco Tara, no me preguntes por qué, pero no puedo dejarte ir.

Se acercó a ella y tocó un mechón de pelo que caía sobre su rostro, despacio se lo metió por detrás de la oreja.

—Debo irme lejos.

—Ahora no estás sola, me tienes a mí. Puedes venirte a vivir a mi casa si así te sientes más segura.

—Eso no impedirá nada, solo te pondrá en peligro. Lo siento, pero debo marcharme de Madrid.

—No —le dijo con tono seco y autoritario.

—Eres un terco.

Ella le apartó y se levantó para irse. Cuando estaba de pie, Damyan la cogió rápidamente de la mano y tiró de ella. Tara perdió el equilibrio y cayó sentada en las rodillas de Damyan. Él la sujetó por la cintura, sus bocas estaban separadas por pocos centímetros. No permitiría que se fuera, pero antes tenía que averiguar si sentía lo mismo que él. Y ahora lo comprobaría.

CAPÍTULO 10

Sabía que presionarla demasiado no sería lo adecuado, solo lograría que se alejase poniéndose a la defensiva. Debía llevarla a su terreno, hacerla ver que sentía algo más. En el fondo él también necesitaba saberlo. Tenerla entre sus brazos, con ese corto pijama y percibiendo su calor, no se lo estaba poniendo nada fácil.

Vio que la respiración de Tara se estaba alterando por su proximidad. ¿Por qué negaba lo evidente? Le costaba mantener el control cuando estaban juntos. Iba a demostrarle lo mucho que le necesitaba a su lado.

—¿Terco dices? Ni te imaginas lo terco que puedo llegar a ser. He dicho que no te irás y vas a prometérmelo antes de irme de aquí.

—Lo dudo.

—Tara... no me presiones. Soy capaz de atarte a la cama si es necesario.

—No te atreverías.

—Sí cariño, de eso y de mucho más.

Se sonrojó sofocada al imaginárselo y repentinamente le besó en el cuello. Damyan se estremeció sorprendido por su contacto y, Tara, notando que le había soltado de su agarre aprovechó para zafarse de sus brazos, pero volvió a atrapar su mano impidiendo que se alejara.

—¿Has intentado despistarme? —susurró de forma peligrosa mientras que ella intentaba liberarse—. Estoy perdiendo la paciencia, si sigues así te pondré entre mis rodillas y te azotaré.

—Atrévete —le espetó furiosa y a la vez excitada por lo que le acababa de decir.

Los ojos de Damyan se entrecerraron mientras la miraba fijamente. Volvió a tirar de su brazo y acabó de nuevo entre sus rodillas. Él deslizó una de las manos por su cadera llegando hasta su culo.

—Suéltame.

—¿Te marcharás?

—Sí.

—Eso lo veremos —murmuró con dureza.

A Tara se le retorció algo en el vientre por el sonido grave de su voz. Se le veía furioso y excitado. La cogió del cuello y estampó su boca contra la suya. Intentó forcejear, pero su lengua estaba conquistándola, invadiendo su interior. La besó como si estuviera hambriento de ella, como si quisiera retenerla para siempre a su lado. Su cuerpo comenzó a licuarse por dentro.

Él rompió el contacto con sus labios y ambos se miraron jadeando en busca de aire. Intentó huir,

tenía que alejarse de él antes de que fuera demasiado tarde, necesitaba pensar, pero sus brazos la tenían atrapada. Era como estar rodeada de acero. Volvió a forcejear, pero esta vez sintió su fuerte erección contra su trasero.

—Para. Deja de frotarte contra mí o perderé el poco control que me queda.

Le intimidó el tono de voz que utilizó, amenazante y erótico. Sintió un tirón de calor entre sus muslos seguido de una oleada de placer. Era increíble el poder que tenía sobre ella.

—Necesito saberlo. Mírame.

Tara no sabía a qué se refería, pero su mente había dejado de pensar en el mismo momento que le que puso las manos encima. La descolocaba y la llevaba a un punto sin retorno. Juraría que podían estar toda la noche y no serían capaces de dejar de tocarse. Se sentía demasiado bien... Clavó sus ojos en los suyos.

Damyán intentó calmarse, el olor dulce y excitante que desprendía Tara le hacía perder la razón. No era esto lo que tenía pensado, no debía presionarla tanto, pero tenerla encima de sus rodillas le provocaba punzadas de agonía en todo su cuerpo. Quería que definitivamente se abriera a él, que se entregara sin reservas.

Sin dejar de observarla, fue desabrochando los botones de la pequeña camisa de su pijama. La respiración errática de Tara pesaba sobre él. Veía en su mirada que no paraba de luchar contra lo que sentía y lo que para ella era correcto. Rozó suavemente sus pechos y la escuchó gemir la vez que cerraba los ojos como si sus caricias le arrastrarían a un placer extremo. Desabrochó el último botón y apartó despacio la fina tela, deslizándola por su hombro. Su desnudez se reveló ante él, haciendo que la necesidad de poseerla fuera insostenible.

Él acercó la boca a su cuello y dejó un reguero de besos por su garganta mientras que desplazaba una mano por debajo de sus pantalones cortos. Llegó hasta sus bragas y las apartó hasta deslizar uno de los dedos en sus húmedos pliegues. Tara jadeó.

—No...

—Nena, dime que me deseas tanto como yo te deseo a ti. Necesito tenerte cerca todo el tiempo. No dejes de pensar en ti. Me falta el aire solo de pensar que te alejarás y no volveremos a vernos.

Mientras le hablaba seguía torturándola acariciando su sexo, pero de forma suave y tranquila haciendo que sus nervios se colapsaran. Tara sentía exactamente lo mismo. No podía separarse de su lado, pero sabía que si se lo decía no la dejaría marchar.

—Damyán... —susurró excitada.

—Contesta Tara y te daré lo que deseas. Mis dedos se hundirán dentro de ti.

—No puedo...

—Mierda.

Le bajó los pantalones cortos hasta los tobillos y se deshizo también de sus bragas. Se quedó prácticamente desnuda entre sus brazos. Volvió a bajar la mano hasta su vagina y torturó sus pliegues extremadamente húmedos. Involuntariamente Tara curvó la espalda hacia él, suplicándole en silencio.

—Dime lo que quiero saber —ordenó con un susurro ronco sobre su oreja.

Ella negó con la cabeza. Seguía resistiéndose.

—Por favor —suplicó apenas con un hilo de voz.

—Sí, meteré mis dedos en tu coño en el momento que me digas lo que sientes.

La mordió y Tara se estremeció.

—Siento lo mismo...

—¿Qué exactamente?

—¡Sí, joder sí! Lo único que no ha hecho que me vaya lejos de aquí eres tú. Te necesito tanto que me asusta.

—Bien.

Bruscamente le metió varios dedos en su interior a la vez que asaltaba su boca. Gimió entre sus labios y Damyan creía que su verga iba a reventar dentro de sus pantalones. Había conseguido su primer objetivo, pero quedaba lo más difícil.

Tara necesitaba más, sus dedos no eran suficiente. Quería tenerle dentro, sentirle. Le agarró de la nuca y le aprisionó más contra sus labios. Ansiaba su calor, el sabor de su boca, pero él volvió a separarse.

—Prométeme que no huirás —le dijo agitado.

—Calla, por favor. No pares.

En ese momento, Damyan, la apartó hacia el lado izquierdo del sillón y se levantó. Se sintió vacía al estar lejos de sus caricias. Vio que se sacaba la camiseta por encima de la cabeza. Sin dejar de observarla y, muy despacio, fue desabrochándose el cinturón. La necesidad entre sus piernas era palpable. Verle desnudarse de forma tan lenta la estaba martirizando. Para calmarse se llevó una mano a su sexo.

—No. No quiero que te toques —le advirtió.

Ella obedeció. Miró sus rasgos ásperos y severos aunque al mismo tiempo tremendamente sensuales. Se quitó los pantalones y vio que su miembro sobresalía de su bóxer totalmente excitado. Se los bajó y se los sacó por los pies a la vez que se descalzaba. Contempló su

desnudez. Tenía los hombros anchos y la cadera estrecha. Fibroso y musculado, emanaba poder y fuerza. Las pulsaciones entre sus piernas cada vez se agudizaban más. Su frustración aumentó provocando que su sexo se contrajera de forma dolorosa, cuando él agarró su miembro y se lo acarició de arriba abajo mientras no dejaba de observarla.

—Ven —le pidió Tara.

—No. Quiero que sientas lo que será el estar separados, quiero que recuerdes este momento si te vas. Sin que pueda tocarte, sin que pueda besarte ni follarte.

—Mierda Damyan, basta.

—¿Sientes ese vacío? ¿Esa necesidad? —dijo con la voz entrecortada a la vez que seguía masturbándose—. Voy a correrme y será lejos de ti, sin que puedas sentirme.

—¡No, espera!

Una sonrisa diminuta cruzó la boca de Damyan. Tara le vio tan arrogante y seguro de sí mismo que notó una mezcla de rabia y necesidad en sus entrañas.

—¿Sí?

—Ven aquí —le dijo Tara.

Él se agachó y cogió un preservativo de sus pantalones. Se lo puso y se acercó tumbándose sobre ella. Tara sintió el peso de su duro cuerpo presionándola, mientras que la cogía un pezón y se lo retorció. Intentó arquearse, pero no podía. Damyan le mordió el labio y pasó la lengua sobre ellos, provocando que un escalofrió la envolviera elevando su tortura.

—¿Y bien? —dijo él levantando una ceja.

—Te necesito dentro de mí.

Aproximó la punta de su pene justo en la entrada donde se concentraba todo su calor.

—No, antes debes prometerme que pase lo que pase no huirás.

Ella rodeó su cadera entre las piernas y le obligó a hundirse un poco más en su interior. Ambos gimieron. Su vagina se contraía, inquieta y necesitada de él.

—Dímelo.

—¡Dios! De acuerdo.

—¿Cómo has dicho?

—Me quedaré.

En el instante que salieron las palabras de su boca, él la embistió con fuerza. La cabeza de Tara casi se quedó en el aire al escurrirse por encima del apoyabrazos del sillón. En esa postura él podía ver su esbelto cuello con las venas algo más hinchadas. El deseo fluía por su garganta y su

clavícula, atravesando su suave piel en forma de manchas rosadas. Volvió a arremeter duramente contra ella, una y otra vez.

—Prométemelo Tara.

Ella la clavó las uñas, gemía y casi gritaba por lo que le estaba haciendo sentir. En ese momento paró.

—No pares —suplicó.

—¡Prométemelo!

—Te lo prometo. No me iré.

Los músculos de su vagina se excitaron y se tensaron por el roce de su miembro entrando y saliendo de su interior. La poseía con violencia, pero no lograba saciarse. Sentía el vórtice del clímax llamándola. Un huracán se formó en su vientre con cada embestida. Hasta que él tocó uno de sus pechos y lo apretó. Todo estalló y retumbó en el cuerpo de Tara. Gritó su nombre a la vez que millones de sensaciones se precipitaban por cada resquicio de su cuerpo. Dejó de estremecerse y entonces vio su cara.

—No puedo —le dijo Damyan.

—¿Qué quieres decir?

Observó detenidamente sus ojos y vio algo en ellos que hizo que una sensación de temor se instalara en su estómago. Se apartó de ella. Por primera vez le notó muy lejos. Percibió una gran distancia entre ambos y sintió una opresión en el pecho.

—No te creo —dijo él finalmente.

—¿Qué ocurre?

Él miraba al frente. Su mandíbula estaba tensa y la mirada perdida.

—Ven aquí —le dijo Damyan ofreciéndole la mano—. Ponte encima de mí. —Ella obedeció—. ¿Te has dado cuenta que nunca lo hemos hecho en una cama? —dijo con una medio sonrisa que no logró llegar a sus ojos.

El tono que utilizó al decir aquello, la dio a entender que nunca lo harían. Tara acarició su rostro, quería que desapareciera esa tristeza, que por primera vez, estaba viendo en sus ojos. Damyan cogió su mano para que evitara seguir tocándole. Colocó su pene en la entrada de su vagina y lentamente lo hundió hasta el fondo. Ella sintió de nuevo el calor de su miembro, echó la cabeza hacia atrás y él la cogió por los hombros desde detrás de la espalda. Se movieron unas cuantas veces, entrando y saliendo, pero esta vez de forma distinta. No era tan pasional, una mezcla de sentimientos la invadieron. Él se tomaba su tiempo, como si al hacerlo pudiera retener ese momento. Poco a poco la respiración de Damyan se hizo más profunda y aumentó el ritmo.

—Mírame —le ordenó él.

Lo hizo, y en ese instante, le tocó el clítoris haciendo que sorprendentemente llegara al orgasmo. Arrastró a su compañero al gozo del clímax, compartiendo el placer al mismo tiempo. Se quedaron callados y Damyan la miraba a los ojos como si intentara grabar su rostro de forma permanente en su retina. Tara sintió que se estaba alejando. Cuando salió de su interior, el vacío que ya se había alojado en ella se hizo más grande y profundo.

—Nada de lo haga o diga impedirá que te vayas. No confías en mí.

Le estaba perdiendo, por primera vez se dio cuenta que el único que intentaba luchar hasta lo increíble por su relación o lo que sea que fuera aquello, era él.

—Acabo de contarte algo que nunca he contado a nadie.

—Pero no tienes las agallas de quedarte conmigo. No te entregarás nunca a nadie y no puedo obligarte a que lo hagas.

Tara miró hacia el suelo, aunque no quisiera reconocerlo él acababa de decir una gran verdad. No estaba preparada para dejar entrar a nadie en su vida. Su madre, su padre, su tío, tarde o temprano todos desaparecían y se quedaba sola. Prefería no tener que volver a pasar por aquello.

Él se levantó y comenzó a vestirse. Tara cogió una pequeña manta que tenía en el sofá y se la colocó por encima de sus hombros tapando su desnudez. Damyan sacó un papel de su cartera y apuntó algo en él. Se acercó y estrechándola entre sus brazos la besó en la cabeza. Agarró su mano y le dio el trozo de papel.

—Aquí está mi dirección, si finalmente cambias de opinión te estaré esperando. Como te he dicho no tienes por qué estar sola en esto, pero ya no te insistiré más.

Tara no sabía que decir, quería pararle decirle que no se fuera, pero por otro lado necesitaba pensar. Le dio un dulce beso en los labios y se alejó de ella yendo hacia la puerta. A Tara se le quedó atrapado un grito en la garganta, quería que se detuviera, que no se fuera de allí. Su distanciamiento y su frialdad al alejarse así la estaban matando. De pronto él se paró y sin mirar atrás le dijo algo que la dejó fría:

—Y Tara, si decides no venirte conmigo, prefiero que no vuelvas a llamarme.

Salió cerrando la puerta y el sonido la sobresaltó siendo aún más consciente de que realmente se había ido.

Pasaron los días y Damyan no tenía noticias de Tara. Le costó un esfuerzo sobrehumano salir de su casa. Quiso grabar ese momento para siempre, recordar su sabor, su olor, esa mirada que le enloquecía. Notó la confusión en los ojos de Tara, cuando se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, poco faltó para darse la vuelta e insistirla que no iba a dejar que se marchase, pero no lo

hizo.

Ya la conocía, si la presionaba mucho más, con toda seguridad saldría huyendo. Si se iba de su casa, quizá, y solo quizá, ella se daría cuenta de lo que estaba perdiendo. Reconoció que sentía algo por él, pero no estaba seguro si era suficiente para ella.

Hoy tendría que ir a ver a Gael, aunque le había intentado evitar, esta vez debería hacerlo. Los compañeros estaban en otras plantas y no podrían encargarse. Si lo había evitado, era porque si le veía no sabía si podría controlarse para no pegarle una buena paliza.

Entró en la habitación, se encontraba solo, ya que el policía que le vigilaba estaba hablando en la puerta con otro compañero que iba a sustituirle. Gael tenía los ojos cerrados, se acercó a él lentamente. Parecía alguien totalmente opuesto a todo lo que le había contado Tara. Era un asesino y sin embargo se le veía delgado y vulnerable, como si no pudiera ser capaz de matar ni a una mosca. En ese momento abrió los ojos:

—Vaya, vaya —pensé que ya no te volvería a ver —le dijo Gael con un tono de sorna en su voz.

Damyan le ignoró y comenzó a hacerle las pruebas pertinentes.

—¿Sientes esto? —le dijo tocándole las piernas y comprobando sus reflejos.

—No mucho.

Estaba seguro que mentía, se le veía mucho mejor, y respondía a los estímulos de una forma mucho más rápida que antes. Seguramente estaba intentando ganar tiempo para no volver a la cárcel, pero lo único que deseaba con todas sus fuerzas es que se fuera de una vez del hospital y le encerraran en una celda muy lejos de allí.

—¿Qué tal con la zorrita? ¿Ya te has dado cuenta de la clase de persona que es?

En menos de un segundo Gael estaba atrapado entre el colchón y el brazo de Damyan sobre su cuello. Presionaba fuertemente su nuez y apenas podía respirar.

—Ni se te ocurra volver a hablar de ella —le susurró amenazante—. No está sola maldito hijo de puta, y ahora ya no la podrás volver a hacer daño. ¿Me has entendido?

Gael no podía hablar, los ojos de Damyan eran puro fuego, emanaba un poder y una seguridad que estaba seguro de que si volvía a decir algo sobre ella, sería capaz de matarle.

—¿Te he preguntado si me has entendido?

Él asintió con la cabeza, cada vez más roja por la falta de oxígeno. En ese momento Damyan le soltó y justamente entró el policía. Los miró a ambos:

—¿Va todo bien?

—Sí, perfectamente —dijo Damyan a la vez que salía de allí.

Gael se tocó el cuello dolorido. El muy cabrón tenía una fuerza increíble, lo sintió a través del duro brazo que le tuvo atrapado. De todas formas le daba igual, sería fuerte, pero él era mucho más inteligente. Los días se le hacían eternos en aquella cama, aunque él se había intentado ejercitar por las noches cuando el policía dormía. Sus piernas cada vez tenían más masa muscular.

Lo bueno de tener tantas horas para pensar, es que ya tenía todo planeado para escaparse de allí. Esa misma semana lo haría y sin ninguna duda iría detrás de Ariadna. Solo tenía que seguir al estúpido del enfermero y daría con ella, era cuestión de tiempo. Tener ese objetivo en mente le ayudaba a seguir, a ser más constante. Siempre se las había arreglado para sobrevivir y ahora también lo conseguiría.

CAPÍTULO 11

Tara dejó el teléfono móvil encima de la mesa. Acababa de tener una conversación con Carol. Necesitaba hablar con ella y prefería que se vieran para poder aclarar todas las dudas que tenía. Quedarían después del trabajo. Damyan tenía razón, no podía estar constantemente huyendo, pero antes quería asegurarse de que realmente la gente de su alrededor no estaría en peligro.

Nunca pensó que pudiera echarle tanto de menos. Años atrás había aprendido a manejar sus sentimientos, pero con él todo se estaba volviendo demasiado especial. No se podía creer que ese vacío que todavía sentía en el pecho fuera por su ausencia. Había escuchado decir que el amor podía provocar esas sensaciones, que realmente te doliera el corazón, que literalmente te faltara el aliento. Sinceramente nunca las creyó, incluso le parecieron exageraciones. No sabía si podía llamarlo amor, aunque era lo más cercano a esa palabra tan temida para ella. Estaba comprobando en su piel todos y cada uno de esos sentimientos. ¿Era esto lo que se sentía al estar enamorada?

Dependiendo de lo que le dijera Carol, tomaría una decisión u otra.

Todavía era muy temprano y en el hospital no había entrado el nuevo turno. Dos enfermeras permanecían en su puesto, detrás de un escritorio donde podían vigilar todos los monitores de los pacientes. Una le decía a la otra las ganas que tenía de irse a casa. El día anterior apenas había pegado ojo por su hijo de dos años. Escucharon que sonaba la alarma de una de las habitaciones, ambas se levantaron y fueron rápido a ver qué es lo que ocurría. Se encontraron a Gael convulsionándose en la cama. Le salía espuma por la boca y tenía los ojos en blanco.

—Rápido sujétale —ordenó una de ellas.

Gael no dejaban de moverse de un lado a otro. Se había sacado las vías y le sangraban los brazos. Se estaba provocando una herida en la muñeca al moverse tan violentamente, tenía las esposas puestas y estaba tirando sin parar. En ese momento entró Alberto a la habitación.

—Está teniendo un ataque. Corre, ves a por la inyección de Diazepam —le dijo una de las enfermeras. El policía que le vigilaba apareció en ese instante.

—Mierda, ¿qué ocurre? — se tocó el pelo con gesto preocupado—. Solo he ido un momento a por un café.

—Por favor, suéltele las esposas y salga de la habitación. Le avisaremos en cuanto pueda entrar —le dijo la enfermera al mando.

Así lo hizo, y después de varios intentos, logró quitarle las esposas, fue algo complicado al no parar de moverse. Salió al pasillo y esperó fuera. Alberto entró corriendo con la inyección y se la dio a su compañera. Cuando se disponía a pincharle en el brazo y, para sorpresa de todos, Gael le quitó la jeringuilla, cogiendo a la enfermera que tenía más próxima. En unos segundos, se había puesto de pie, la tenía atrapada contra su cuerpo, sacó el líquido que había dentro de la jeringuilla

y la lleno de aire. Colocó la aguja en su cuello, amenazándola con clavársela. Alberto no se lo podía creer, el terror se veía reflejado en el rostro de su compañera, el pelo rubio se le pegaba a la frente y estaba pálida, totalmente indefensa.

—¡Atrás! ¡Todos atrás! —gritó Gael.

Entró de nuevo el policía al escuchar los gritos. Sacó la pistola y le apuntó.

—¡Suéltala! —ordenó el agente.

—Salgan todos de la habitación o la mato.

Se quedaron en silencio, nadie se movía y el policía apretaba cada vez más el gatillo. Alberto pensó que el agente iba a dispararle, incluso estando su compañera en medio, pero lentamente éste fue retrocediendo a la vez que Gael avanzaba. Seguía colocándose detrás de la enfermera utilizándola como escudo humano.

—No seas idiota Gael, no podrás salir de aquí —le espetó el policía.

Él le ignoró sin dejar de mirar en todas direcciones. Todos se quedaron quietos, pero el policía hizo el amago de acercarse y Gael le clavó la aguja en el cuello a la enfermera.

—Si te acercas más le inyectaré el aire.

—Está bien, está bien. Tranquilo —le dijo levantando las manos.

Gael siguió huyendo muy pegado a la pared en dirección a los ascensores. La poca gente con la que se encontraba se apartaba asustada. Llamó al ascensor sin dejar de observar a su alrededor por si se le acercaba alguien.

Cuando finalmente llegó a su planta, se abrieron las puertas y se metió dentro. Un señor mayor se encontraba en él. Se apoyó en la pared dejándole pasar. En cuanto se cerraron las puertas Gael le amenazó:

—Quítese ahora mismo la chaqueta, los pantalones y los zapatos —el señor, confundido, le miraba con temor, estaba paralizado—. ¡Ahora, viejo! —gritó.

El anciano logró desabrocharse la chaqueta, pero le temblaban las débiles manos.

—Más rápido —volvió a gritarle, mientras que la enfermera no dejaba de sollozar.

El ascensor se paró en una de las plantas y una pareja intentó subir, pero Gael no les dejó entrar.

—¿Tienes coche? —preguntó Gael a la enfermera.

—Sí —murmuró.

—¿Dónde?

—En el garaje.

—Bien. Llévame hasta allí.

—No tengo las llaves aquí —la voz le temblaba.

—No importa, no es la primera vez que robo un coche —el anciano terminó y mandó a ambos que se apoyaran en la pared de espaldas y con las manos extendidas. Rápidamente se vistió con esa ropa y el ascensor llegó al sótano. Gael y la enfermera salieron mientras que el anciano se quedaba en el ascensor, medio desnudo y paralizado.

La obligó a que le llevara junto a su coche. En cuanto lo tuvo delante, rompió el cristal de varias patadas:

—¡Vamos, sube!

—Por favor, deje que me vaya —le dijo con los ojos llorosos.

—No. He dicho que subas.

Ella obedeció sin parar de llorar. Gael hizo rápidamente el puente y el coche arrancó. Salió a toda velocidad, y vio como el policía salía corriendo por la puerta principal del hospital. Casi se lleva a varias personas por delante, hasta que llegó a la carretera principal. Se saltó varios ceda el paso y se metió en la autopista. Escuchó a lo lejos las sirenas del coche de policía. Adelantó los vehículos a toda velocidad y se desvió por una de las salidas de la autopista. Ya no veía a la policía por ningún lado, tenía que deshacerse de ese coche cuanto antes.

Llegó a un barrio y le gritó a la enfermera que se bajara. Ella no lo dudó ni un segundo, abrió la puerta y salió corriendo. Arrancó de nuevo y siguió conduciendo buscando otro coche que pudiera robar. Después de callejear durante varios minutos, encontró un vehículo que le pareció apropiado para pasar desapercibido.

Tara entró en la cafetería irlandesa donde había quedado con Carol. La vio sentada en una de las mesas del fondo. Su pelo rubio recogido en una coleta, la hacía parecer más joven, aunque notaba que el tiempo también había pasado para ella. Siempre la consideró una mujer con carácter, y tenía uno de esos rostros que emanaban personalidad. Llegó a su lado y se levantó, Tara se sorprendió al ver que ella le abrazaba con fuerza. Sentía una gratitud enorme por todo lo que le había ayudado en el pasado, y se dio cuenta que Carol también tenía un gran afecto por ella. Carol se apartó y la observó:

—¡Como has crecido!

Tara sonrió.

—¿Llevas mucho esperando?

—No, acabo de llegar. Te estaba esperando para pedir algo. ¿Qué quieres tomar?

—Un poleo menta.

—Bien, voy mejor a la barra y lo pido allí.

Después de varios minutos, volvió y se sentó dejando las bebidas en la mesa de madera. La última vez que hablaron por teléfono se pusieron brevemente al día de sus vidas, pero esta vez profundizaron más. Carol le contó que nunca llegó a casarse. Cuando se conocieron ella estaba con un compañero del cuerpo de policía, pero no funcionó, tuvo varias relaciones, aunque nunca cuajaron. Según ella trabajaba demasiado y no tenía tiempo para estar con alguien.

Tara le relató cómo le fue la vida en Cádiz y lo bien que estaba ahora en Madrid. Le dijo todo lo que le había ocurrido con Damyan, incluido cuando Gael descubrió su foto en el teléfono móvil.

—¿Por eso me has llamado? —preguntó Carol bebiendo un sorbo de la taza de café.

—La verdad que he pensado en volver a alejarme de nuevo, pero no estoy segura si debo hacerlo. Siempre me has insistido que Gael ya no tiene el mismo poder que antes, pero no me fio de él y menos ahora que sabe que estoy aquí.

Carol agarraba la taza con ambas manos, se quedó callada mirando el líquido negro de su interior. Parecía que estaba pensando lo que iba a decirle.

—Tara, la verdad es que es una decisión muy personal.

—Lo sé.

—La organización de Igor cada día está más debilitada. Él está en busca y captura por robos, estafas, blanqueo de dinero, tráfico de mujeres... Pero no le encontramos. Estoy convencida, que aun así, en cuanto Gael pise la cárcel van a terminar el trabajo que no pudieron finalizar. Hasta él mismo lo sabe.

—No quiero irme de aquí —murmuró Tara.

—¿Es por ese hombre? ¿Damyan?

Tara bajó la mirada y asintió con la cabeza. Carol cogió sus manos intentando reconfortarla.

—Me da miedo quedarme y que haga algo a mis amigos... o a Damyan.

—Sinceramente no creo que sea así, pero ya sabes que no te lo puedo confirmar con seguridad. Estaré al tanto de todo lo que le ocurra. De hecho, tengo a compañeros informándome de los progresos de ese maldito.

Tara miró a los intensos ojos azules que tenía aquella mujer, con la que siempre se había sentido segura, la que en una ocasión salvó su vida.

—Bien, entonces creo que no me iré. No quiero seguir viviendo con miedo.

—De acuerdo, te mantendré informada y tú me tendrás que ir diciendo que tal te va con ese hombre que ha hecho que te derritas. Eso es algo difícil, eres una de las mujeres más duras que conozco —le guiñó un ojo.

—¡Qué exagerada! Tú sí que eres dura.

—Y así me va.

Ambas se empezaron a reír. En ese momento llamaron al teléfono de Carol. Según iba escuchando al interlocutor al otro lado del móvil, su rostro fue cambiando hasta que se quedó pálida. Por su actitud, Tara sabía que algo malo había ocurrido.

—Gracias. Por favor, infórmame de cualquier novedad —dijo justo antes de colgar.

—¿Estás bien?

Carol se quedó callada, lo que fuera que hubiera ocurrido le estaba siendo difícil decírselo. Sin saber por qué Tara pensó en él.

—¿Gael? —preguntó en voz baja.

Carol asintió a la vez que le soltaba la bomba:

—Se ha escapado.

—Pero... ¿cómo es posible? —Tara se levantó de golpe de la silla y el tono de su voz aumentó—. Se supone que allí estaba vigilado. ¿Cómo coño se ha escapado?

Sacó dinero del bolso y lo puso encima de la mesa. Sin mirar atrás salió corriendo de la cafetería volviendo a tener esa sensación de ahogo. Carol la siguió y la vio apoyada en la puerta mirando hacia el cielo.

—Tranquila Tara. Creo que lo mejor es que te acompañe a casa y que esta noche duermas en un hotel hasta que encontremos su paradero.

—Mierda. El muy cabrón está logrando que huya de nuevo.

Tara sentía rabia, miedo, frustración. No se podía creer que realmente estuviera ocurriendo aquello, cuando por fin había decidido quedarse allí, el muy capullo se había escapado trastocando su mundo de nuevo. Tuvo el mismo sentimiento que hacía unos años, todos los recuerdos se agolparon en su mente. La huida, la pérdida de identidad, la incertidumbre... Algo que no quería volver a experimentar.

Finalmente accedió y se fue con Carol a su apartamento para recoger algo de ropa. Lo mejor sería dormir en un hotel. Tenía que pensar muy bien en las decisiones que iba a tomar.

CAPÍTULO 12

Tumbada en aquella cama y mirando el techo de aquella desconocida habitación, intentaba hacerse a la idea de lo mucho que había vuelto a cambiar su vida. Apenas hacía unas horas que decidió dejar de huir y ahora estaba oculta en un hotel e incomunicada. Carol ya se había ido. Le acompañó a su casa, recogió lo imprescindible y le buscó un hotel donde pudiera quedarse. Se sentía extraña entre aquellas cuatro paredes.

Se levantó para encender la televisión, la tenía enfrente de la cama encima de una vieja mesa de madera. Cogió el mando a distancia y fue cambiando de canal. Realmente no le interesaba nada de lo que emitían, pero no la apagó, tenerla encendida le hacía sentirse menos sola. No podía quejarse, la habitación estaba limpia y tenía lo suficiente para pasar allí unos días, aunque echaba de menos su casa. Afortunadamente no tenía animales, alguna vez lo pensó, pero siempre temía que en cualquier momento debería huir y no podría hacerse cargo de ellos. No se equivocaba.

Desde que Carol le dijo que Gael se había escapado, hacía ya unas horas, pasó por distintos estados de ánimo. Al principio se asustó; todos los recuerdos del pasado se agolparon en su mente de forma precipitada y caótica. Percibió como crecía la inquietud en su cuerpo, el miedo y la incertidumbre. Cuando estuvo en su casa, recogiendo lo imprescindible para vivir fuera durante unos días, pensó que era lo mejor que estaba haciendo. Él podía encontrarla y estaría más segura donde nadie la hubiera visto. Y ahora estaba en esa habitación, sola, sin poder hacer nada, solo resignarse y esperar. Un sentimiento nuevo fue creciendo en su interior. La rabia.

Si realmente Gael ya no tenía el apoyo de la organización, si además estaba débil físicamente, ¿por qué le temía? Se dio cuenta que aun así era un temor distinto. Ahora que él había huido debería estar más asustada, pero no era así. Siempre se imaginó en esta situación y, que si llegase a ocurrir, sería lo peor que pudiera pasarle, sin embargo, lo que menos quería en estos momentos era huir.

Se sentía más segura de sí misma de lo que creyó en un principio. Quizá era porque antes todo era distinto. No tenía a nadie, iba a la deriva, sin esperar mucho de la vida. Los primeros años tampoco se relacionaba con la gente, pero cuando llegó a Madrid las cosas empezaron a cambiar. No solo por Sonia, ni por su trabajo o por sus compañeros, algo que también había influido en su cambio de actitud, sino porque se dedicó más tiempo a sí misma. Combatió el miedo y se juró que nunca quería volver a sentirse débil delante de nadie. Se apuntó a clases de defensa personal y su vida mejoró en todos los sentidos. Excepto en confiar en los demás, ese apartado todavía le costaba. Se entregaba lo justo, mostrando solo una pequeña parte de su mundo. Hasta que apareció Damyan, Sonia era a la que había permitido acercarse algo más, aunque no tanto como quisiera.

Nunca había contado su pasado a nadie y Damyan le había calado de forma tan profunda que

finalmente accedió a abrirse. No podía dejar de pensar en las palabras que le había dicho. «No tienes por qué estar sola en esto». No sabía por qué, pero se sentía fuerte. Si en esos momentos entrara Gael por la puerta, no se escondería debajo de la cama, todo lo contrario, quería enfrentarse a él, que acabara todo aquello de una vez por todas. Sería él o ella, pero necesitaba un final en esta historia que arrastraba desde hacía tantos años.

El sonido del teléfono móvil la sacó de sus pensamientos. El corazón le latió con fuerza al ver quien era. Damyan. Carol le había dicho que no lo cogiera a no ser que fuera ella. No quería que nadie supiera donde estaba hasta que no le capturaran. Su dedo estaba muy cerca del botón de descolgar. Se moría de ganas de hablarle, seguramente se había enterado de que Gael se había escapado y estaría preocupado. «¿Qué hago?», pensó a la vez que se levantaba de la cama y se ponía a dar vueltas por la habitación. —No, no debo cogerlo—, dijo en voz alta.

El tono musical de la llamada se metía en sus oídos y veía su nombre iluminado en la pantalla. Por un momento casi lo descuelga, pero no lo hizo y el móvil dejó de sonar. Se volvió a sentar en la cama y apoyó los codos en las rodillas. En ese momento entró un mensaje en el teléfono:

«Por favor, necesito saber que estás bien, aunque no quieras hablar conmigo, mándame un mensaje para estar tranquilo. Estoy seguro de que ya te has enterado que se ha escapado...»

Millones de pensamiento le empezaron a llegar a su mente. No podía desobedecer a Carol, no debía llamarle, pero no le había dicho que no pudiera ir a verle... Aunque no hacía falta que le dijera aquello porque era una idea descabellada. Sabía que era peligroso, pero ya no quería seguir allí. Quería estar con él, la rabia que había sentido hacía unos minutos se agudizó y el deseo de salir corriendo era cada vez mayor.

«Mierda, ese cabrón está controlando mi vida de nuevo. Se acabó», pensó. Decidida, comenzó a rebuscar en su bolso, no lo encontraba. «¿Dónde está?, joder, ¿dónde está?». Sacó todo lo que tenía dentro y por fin lo encontró. Desdobló el papel que le había dado Damyan. Ahí estaba, su dirección. El nerviosismo se despertó en su cuerpo, las manos le temblaban, sabía que aunque ella no estuviera segura, su mente ya se había decidido. En ese mismo momento iba a ir a buscarle, no quería pensar en las consecuencias.

Cogió la pequeña bolsa de cuero que estaba en el suelo, ni siquiera la había abierto. Se la puso en el hombro y por un breve momento dudó al agarrar el pomo de la puerta. Finalmente la abrió y se fue de allí.

Aparcó cerca del edificio donde vivía Damyan. Se acercó al portal, sin dejar de mirar a los lados, pensaba que en cualquier momento se encontraría con Gael y la cogería. En esos momentos salía una chica con su perro y le sujetó la puerta para que Tara entrase. El portal era muy moderno, decorado con plantas y con cuadros contemporáneos, parecía bastante nuevo. Entró en el ascensor

y pulsó el botón con el número 5. Estaba deseando llegar y estar a su lado. Cuando Carol se enterase se iba a poner como una fiera. Se miró en el espejo y vio el cansancio reflejado en su rostro, estaba algo pálida y ojerosa. El día había sido demasiado intenso. Se abrieron las puertas, comprobó de nuevo el papel para cerciorarse cuál era la puerta. Cuando dio con ella se acercó y se quedó justo delante.

Era tarde, seguramente estaba en casa. No sabía por qué pero estaba muy tensa, sabía que esto no era lo correcto, pero no podía dar marcha atrás. Escuchó un ruido detrás de su espalda y, antes de que pudiera darse la vuelta, alguien le agarró por detrás y le tapó la boca. Un fuerte olor la golpeó la nariz, intentó forcejear, pero se le nublaba la vista sintiéndose cada vez más débil, instantes después se desmayó.

Damyán estaba muy preocupado. Había intentado localizarla por todos los medios, y aunque se juró que nunca volvería a verla si ella no daba el paso, no lo pudo evitar y fue a su domicilio. No había nadie y se empezó a preocupar todavía más. Desesperado volvió a su casa, no podía hacer nada la impotencia se apoderaba de él. Cuando Alberto le dijo que Gael se había escapado, todas las alarmas se dispararon. Se imaginó a ese hombre secuestrándola, matándola, violándola...

Fue a la cocina y abrió el frigorífico para coger la botella de agua. Escuchó un ruido en la puerta y se acercó para mirar por la mirilla. No vio nada, aun así abrió la puerta y vio algo que le dejó helado. En el suelo había una bolsa marrón, rectangular, parecía una pequeña maleta. «Pero, ¿qué es esto?», pensó. Juraría que olía a cloroformo en el pasillo. Se agachó y abrió la cremallera. Contenía ropa y un neceser. Cogió la bolsa y se metió en casa, la puso encima de la mesa del salón y volvió a abrirla. Sacó una camiseta y la esencia de Tara le atravesó las fosas nasales. Angustiado rebuscó entre toda la ropa por si veía algo que pudiera reconocer. Sacó unos pantalones cortos y una camiseta que le resultaron familiares, recordó que era el mismo pijama que tenía puesto la última vez que la vio.

¿Qué hacía allí esa bolsa? ¿Dónde estaba Tara? No podía dejar de hacerse preguntas. Sin pensárselo dos veces, fue corriendo por las escaleras del portal y salió a la calle. No vio nada. Subió de nuevo al apartamento y decidió que iría a la policía. Recordó que Tara le dijo que una policía llamada Carol le había ayudado y le salvó la vida. Alguien tenía que decirle qué estaba ocurriendo. Presentía que algo no iba bien.

Carol iba conduciendo de camino a la comisaría situada en Hortaleza. Al parecer habían detenido a un hombre por agredir a un agente. Aseguraba que Tara había desaparecido e insistía que una tal Carol llevaba el caso. Como le dijeron que tenía que esperar setenta y dos horas para denunciar su desaparición, se puso a gritar y amenazó a los agentes. A uno de los veteranos le sonaba el caso y, por si acaso, se puso en contacto con la comisaría donde sabía que trabajaba ella.

En cuanto le informaron de lo ocurrido llamó a Tara. No se lo cogía, fue a verla al hotel y tampoco la encontró allí. Se estaba preocupando, era raro que no le hubiera dicho dónde iba. Pensó que quizá lo había hecho por la única persona por la que se planteó dejar de huir. Llegó a la comisaría y entró. Les pidió a sus compañeros que por favor le llevaran a una sala de interrogatorios para poder hablar más tranquila con él. A los pocos minutos apareció. Era un hombre muy atractivo, llevaba una sudadera negra con una capucha que tenía puesta en la cabeza. Sus facciones eran duras, tenía barba de unos tres días que hacía que sus labios perfilados destacasen más. Tenía que reconocer que Tara no tenía mal gusto.

—Por favor, siéntese —le dijo a la vez que le señalaba la silla.

—¿Es usted Carol?

—Sí, así es.

—¿Sabe dónde está Tara? —notó por su tono de voz que estaba tenso.

—Siéntese —volvió a insistir y esta vez él obedeció. Se echó la capucha para atrás. Ella se sentó enfrente y le miró fijamente—. ¿Qué ha ocurrido?

—Escuché un ruido en la puerta de mi apartamento, y cuando salí, encontré una pequeña bolsa de cuero con ropa dentro. Era de Tara.

—¿Cómo sabe que es de ella?

—He reconocido algunas prendas, además olía a ella... —bajó la mirada hacia la mesa.

—¿Se puso en contacto con usted?

—No. La estuve llamando toda la tarde, pero no me contestó. Estaba preocupado porque sabía que se había escapado Gael.

—Entiendo.

—Dígame si usted sabe algo más.

—Cuando me informaron de la huida, estaba con ella. Fuimos a su apartamento y luego se alojó en un hotel. Le dije que no hablara con nadie.

—Y ¿por qué no se ha ido fuera de la ciudad?

—No pudo —Carol le miró a los ojos—. No quería dejarle a usted.

Damyan se sorprendió. Se quedó callado sin saber qué decir. Finalmente había tomado la decisión de quedarse a su lado. Se alegró, pero a la vez se inquietó más al saber que quizá por su culpa Gael la tenía.

—Mierda —dijo tapándose la cara con ambas manos.

—Voy a intentar sacarle de aquí aunque no será fácil, ha cabreado bastante a varios policías...

—Lo sé, pero era la única manera que se me ocurrió para que me hicieran caso. Pensaba que así la llamarían.

—Sí, y así ha sido, pero porque un compañero conocía el caso, no porque haya pegado a un policía.

—Solo le hice un rasguño. Lo importante es que está usted aquí.

Carol intentó no sonreír, la verdad que el policía al que le había hecho ese “rasguño” se lo merecía. Siempre se metía con la gente e incluso había escuchado que al primero que se le iba la mano era a él. Salió de la pequeña sala y después de discutir con varios agentes, logró que le soltaran. Ambos salieron a la calle.

—Váyase a casa, le mantendré informado de cualquier novedad —le dijo Carol.

—Le debo una.

—Llámemme Carol —le dijo tendiéndole la mano. Él se la estrechó y sonrió.

—Por favor, ¿si averiguas algo me lo dirás?

—Sí, tranquilo. Yo también estoy preocupada, haré todo lo posible por encontrarla.

Se intercambiaron los números de móvil y se separaron.

Tara se despertó aturdida. Comenzó a recordar lo que había ocurrido. Cuando estaba enfrente de la puerta de Damyan, alguien le atacó por la espalda y perdió la consciencia. Ahora estaba sentada en una pequeña silla, dura e incómoda, atada de pies y manos. Distinguió que se encontraba en una pequeña habitación, con las paredes desnudas, de un color grisáceo y sucias. Una pequeña lámpara colgaba del techo. Intentó liberarse, pero las cuerdas no cedían. No escuchaba nada. Se preguntaba cómo era posible que Gael se hubiera arriesgado a atacarla tan rápido. Pensó que todavía estaría oculto intentando no llamar la atención. Parecía que había llegado el momento, la tenía totalmente a su merced, no podía desatarse por lo que sería difícil huir de allí.

Escuchó que se abría la puerta, estaba de espaldas por lo que no veía quien se acercaba, solo escuchaba los pasos que se aproximaban más y más. El corazón martilleaba duro y rápido contra su pecho. Cuando se situó delante de ella, se quedó sorprendida por lo que vio...

CAPÍTULO 13

Tara solo le había visto una vez en persona y de eso hacía muchos años, pero sabía que era él. El hombre que perseguía la policía y no lograban encontrar, el hombre más temido y cabecilla de la organización criminal, el hombre más corrupto y peligroso que había conocido cuando era niña. Allí estaba, delante de ella. Igor Pintero. Confundida, pensó que quizá Carol se equivocó durante todo ese tiempo y Gael todavía estaba con ellos. Intentó mirar hacia atrás para ver si había alguien más, pero no podía darse la vuelta.

—¿A quién buscas Ariadna, o debería llamarte Tara? —su voz sonaba inquietantemente tranquila, grave y profunda.

Chasqueó los dedos y alguien le trajo una pequeña silla. Se sentó justo delante de ella. Se apoyó en el respaldo y cruzó una pierna encima de la otra a la vez que la observaba. Tara no quiso bajar la mirada, no quería demostrarle lo asustada que estaba. La barba de unos días endurecía su rostro ovalado, tenía la frente ancha y se apreciaban arrugas en su rostro, pero lo que más le turbaba era su mirada oscura e inquietante. Desprendía autoridad y seguridad, no hacía falta que utilizara la fuerza o ningún tipo de amenaza, sabía que ese hombre podía hacer lo que quisiera y no tendría ningún escrúpulo al hacerlo.

—Te has convertido en toda una mujer Ariadna.

—Tara —dijo ella—. Mi nombre es Tara —miró hacia al suelo al darse cuenta que había hablado demasiado alto.

—Vaya, vaya, has querido borrar totalmente el pasado.

—Sí, y me hubiera gustado que todo hubiera desaparecido junto a él —contestó con algo de rabia.

«Joder, contrólate no le hables así», se recriminó a sí misma.

Él levantó una ceja y sonrió.

—Ahora entiendo porque siempre le gustaste a Gael. Tienes carácter. —Se inclinó y apoyó los codos en las rodillas juntando las manos—. ¿Sabes por qué estás aquí?

Ella negó con la cabeza.

—Como te habrán informado, Gael es un chivato y por su culpa y avaricia mi hijo murió —apretó el puño con fuerza—. Conseguí que le dieran una paliza, pero no lograron matarle. Tengo que acabar ese trabajo.

—No lo entiendo. Un hombre como usted podría haber entrado en el hospital cuando él estuvo en coma. Hubiera sido sencillo deshacerse de él.

Igor negó despacio con la cabeza y volvió a echarse hacia atrás en la silla.

—Correcto, tú lo has dicho, hubiera sido demasiado sencillo —su voz se endureció—. Tenía la esperanza que algún día se despertaría, cosa que así ha sido, y al hacerlo podría matarle como se merece; lentamente, sufriendo cada minuto, cada hora y cada día que he estado sin mi hijo por su culpa. Le torturaré hasta que suplique que lo mate.

Tara se estremeció, hablaba en serio. Igor vivía para vengarse de él. Si pensaba que Gael era el único que le daba miedo, se equivocaba, este hombre lograba atemorizarla mil veces más. No le gustaría estar en su pellejo, aunque todavía no sabía por qué estaba allí.

—Soy paciente y capaz de esperar lo que sea necesario para hacerle pagar. Como sabrás, él también lo es. Hará lo que sea necesario para encontrarte y matarte.

—Le agradezco la información, no me está diciendo nada nuevo —dijo con tono irónico.

—Bien, entonces también sabrás que yo también haré lo que sea necesario para encontrarle y deshacerme de él.

—Y aquí es donde entro yo.

Igor asintió.

—Serás el cebo para atraparle. Irás a casa de ese novio tuyo y jugaréis a los enfermeros o a lo que te dé la gana. Te dejarás ver por allí, pero no te quedarás a vivir con él. Me han informado que ibas con una pequeña maleta a su casa, la hemos dejado allí para que se preocupe un poco por ti...

—¡No le metas en esto! —forcejeó inútilmente intentando soltarse.

Él se levantó de golpe y se acercó a su cara agarrándole de la barbilla con una mano.

—Haré lo que me plazca. Tú no das las órdenes.

El tono de su voz seguía siendo calmado y peligroso, no le estaba haciendo daño, pero tenía la impresión que en cualquier momento sacaría una pistola y sin mediar una palabra la dispararía.

—Por favor, no le haga daño —murmuró.

—Todo depende de ti y de que me hagas caso. Hasta que Gael dé contigo seguirás viendo a tu amorcito, pero vivirás en tu casa. Quiero que se sienta confiado y que crea que puede acercarse a ti cuando él lo decida.

—¿Va a dejarme ir? —preguntó desconfiada.

—Sí Tara, pero no creas ni por un momento que podrás escapar de mí. Nadie lo ha hecho nunca. Si no te maté antes fue porque Gael me traicionó y no tenía por qué hacerle ese favor, sino ya estarías muerta, como pronto lo estará él...

Se estremeció al escucharle, hablaba de matar una vida como algo normal y sin valor. Estaba más que acostumbrado a ello.

—Entonces lo único que tengo que hacer es esperar a que venga a mi apartamento y que me mate. ¿He entendido bien? —No quería ser irónica y no sabía si era por los nervios o por su orgullo, pero no lograba cambiar el tono de voz.

—Es una opción, pero Gael querrá matarte tan lentamente como yo lo haré con él. Sabe que en tu domicilio estarás vigilada por la policía, aunque estés sola querrá hacerlo en otro sitio, a no ser que esté desesperado. Conociéndole, se pondrá en contacto contigo, intentará meterte miedo para torturarte. Le sorprenderás diciéndole que quieres quedar con él, a solas. Es entonces cuando te pondrás en contacto con nosotros.

—¿Cómo?

Sacó un teléfono móvil del bolsillo y se lo mostró.

—Tiene una tarjeta prepago. Todas las noches te llamaré y me dirás si tienes noticias de él. Brevemente me pondrás al día de todo lo que ocurra.

Igor miró hacia la puerta y con un simple movimiento de cabeza alguien comenzó a desatarle la cuerda que tenía en las muñecas y en los pies. Cuando la liberaron, se tocó la piel dolorida y se frotó con suavidad intentando que la circulación volviera a sus manos. La levantaron e Igor se puso de pie. Era muy alto, le sacaba más de una cabeza. Le dio el teléfono y mirándola fijamente le dijo:

—Espero que hagas bien tu trabajo, de ello dependen muchas cosas. No hace falta que te diga lo que ocurrirá si avisas a la policía —notó el tono amenazador en su voz—. Y Tara...no me gusta que no me hagan caso en lo que digo, tampoco me gusta esperar —se acercó más a su rostro y le susurró—. Siempre que te llame deberás coger el teléfono. Siempre. No quiero excusas, ¿lo has entendido?

Ella asintió sin apenas poder hablar, cada vez le daba más miedo aquel hombre. Lo único que quería era salir de allí. En ese momento, él agarró su mano y la acercó a su boca dándole un suave beso.

—Encantado, Tara.

«Será gilipollas», pensó a la vez que apartaba la mano de sus labios. Por supuesto que eso no se lo diría en voz alta, pero ganas no le faltaron.

Le colocaron una venda en los ojos, mientras que alguien agarraba su brazo firmemente guiándola por los pasillos. Salieron a la calle y la metieron en un coche. El camino se le hizo interminable, no sabía dónde la dejarían.

No dejaba de pensar en todo lo que ese hombre le había dicho. Se había convertido en el cebo de Gael. Tendría que coger el teléfono todas las noches, y pobre de ella como no lo hiciera. Pondría en peligro a Damyan, ya que Igor así lo quería. ¿Cómo iba a explicarle que no podía

quedarse con él? No podía contarle nada y sabía que se pondría como loco cuando le dijera que se iría a su casa, y más sabiendo que Gael andaba suelto por ahí. Tampoco podía contárselo a Carol. «Todo esto es una mierda», pensó cada vez más cabreada.

¿Por qué tenía que ser tan complicado? ¿Por qué el pasado volvía una y otra vez para amargarle la vida? Deseaba que tanto Igor como Gael desaparecieran para siempre y dejaran de torturarla. Ahora se había convertido también en parte del juego de Igor. «Como si no tuviera suficiente con un loco», pensó.

El coche se detuvo y alguien tiró de ella para que bajara. De pie y en la calle, la soltaron y escuchó la puerta del coche cerrarse e irse. Se quitó la venda e intentó enfocar. El edificio que vio no era el suyo.

Damyan miraba por la ventana de su apartamento, daba a la parte interna de la urbanización, por lo que veía la piscina comunitaria. Era de noche, solo se escuchaba el sonido característico de los grillos, normalmente le gustaba porque solía relajarse, pero hoy tenía los nervios a flor de piel. Ya habían pasado veinticuatro horas desde que Tara desapareciese y no tenía noticias de ella. Suspiró, la impotencia seguía pegada a cada parte de su cuerpo. No podía librarse de esa sensación.

Carol le prometió que si tenía noticias se lo diría. Solo pensar que podía estar herida, asustada o incluso muerta... le ponía enfermo. Sonó el timbre de la entrada, era muy tarde para que alguien llamase a esas horas. «¡Tara!», pensó esperanzado corriendo hacia la puerta. Cuando la abrió, se encontró con sus dulces ojos color miel.

Lo primero que sintió fue un gran alivio, después, sin pensárselo dos veces, la abrazó con fuerza. Ella le correspondió, necesitada e inquieta. Se quedaron así unos segundos, intentaba hacerse a la idea de que realmente estaba allí, entre sus brazos. Se separó, cogió su cara con ambas manos y la miró. Se la veía cansada.

—¿Estas bien? ¿Te ha ocurrido algo? Dios mío Tara, ¿dónde estabas? Me tenías muy preocupado. Gael se ha escapado y...

—Lo sé —dijo interrumpiéndole.

—¿No te habrá...? —entrecerró los ojos.

—No, tranquilo, estoy bien. Necesito sentarme.

—Ven, pasa.

Ambos entraron en el apartamento. Era la primera vez que estaba allí, Tara se fijó que tenía un largo pasillo y el suelo era de tarima de color claro que contrastaba con los muebles del salón, de color marrón. La cogió de la mano, la llevó hasta el alargado sofá y se sentaron. Sin que Damyan dejase de mirarla, agarró su cuello y le acarició.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—Sí, un poco.

—Bien, te prepararé unos huevos fritos con patatas. Nadie puede resistirse a eso —le dijo levantándose y guiñándole un ojo.

Ella sonrió y asintió. Damyan se fue hacia la cocina y le observó. Llevaba ropa de andar por casa, un pantalón de algodón ancho y gris, con una camiseta de manga corta, blanca y de pico. Solo con ver sus brazos desnudos sentía la necesidad de tocarle. Ese hombre estaba atractivo con cualquier cosa que se pusiera. Aun estando cansada, cuando estaba cerca de él su cuerpo respondía y ansiaba sus caricias.

Se descalzó y sintió los pelillos de la alfombra metiéndose entre sus dedos. Parecía muy cómoda y mullida, le daban ganas de tumbarse en ella. Le apetecía quitarse el vestido y darse una ducha, pero lo mejor sería que cenase y se fuese de allí.

Pensaba en cómo sería la situación si no ocurriese todo aquello, vivir una vida normal con Damyan, quedarse en su casa todas las noches, dormir a su lado... Tal vez eso nunca sucedería. Quizá dentro de unos días estaría muerta.

Fue a la cocina para ayudarle a poner la mesa, le sorprendió la cocina, con los muebles de color rojo y la encimera negra. Era funcional, tenía lo justo para poder cocinar y estar cómodo. Le dijo que cenarían en la terraza. El tiempo acompañaba para estar fuera, tenía una pequeña mesa con cuatro sillas, era amplia por lo que incluso sobraba sitio para unas pequeñas tumbonas. Cada vez le gustaba más el apartamento. Damyan no dejaba de mirarla. Fue dándole los vasos y el agua para que los llevara a la mesa, sin querer sus dedos se rozaron y volvió a sentir un calambre en la mano. Le miró y descubrió que estaba observando su escote. Se notaba que él también tenía hambre, pero no de comida.

Damyan se riñó a sí mismo. No sabía que le ocurría, no quería agobiarla. Estaría cansada, pero lo único que quería era lanzarse a ella y besarla.

—¿Queda algo por llevar? —preguntó Tara.

—Las aceitunas con anchoa —dijo señalando un cuenco.

—Mmmm, me encantan las aceitunas.

Fue a coger una y Damyan la paró. Se miraron y sintió la tensión de nuevo. Despacio, él cogió una y se la acercó a la boca tocando sus labios. Ella la mordió y rozó sus dedos. Damyan estrechó los ojos, percibiendo su contacto.

La saboreó despacio mientras él la penetraba con la mirada. «No seas tonta, no le provoques, no vas a quedarte y eso hará más difícil las cosas». Sabía que caería en sus brazos y la engatusaría

para que le contara todo. Se sentía algo vulnerable y no le quedaban muchas fuerzas para frenar las cosas. Tenía unas ganas irrefrenables de besarle. Lentamente se acercó hacia ella y presionó su cuerpo contra el suyo. Su mirada bajó hacia su boca, siguiendo por su cuello hasta llegar a sus pechos. Sintió la caricia de su mirada en la piel. Tenía que salir de allí.

—Bueno, vamos a cenar —dijo zafándose a la vez que se alejaba de él.

Damyan sabía que Tara estaba intentado evitar lo inevitable. Iba a dejar que se relajase, pero después le haría el tercer grado. Le contaría donde demonios había estado. Estaba seguro que le ocultaba algo.

Salieron a la terraza y se pusieron a cenar. Él comenzó a hablarle de un pub de rock que estaba muy bien, iba mucha gente y la bebida no era muy cara. Tara sabía que lo hacía para que se relajase, pero ya le conocía, no iba a permitir que se fuera, estaba esperando para que le diera una explicación de su ausencia. La paciencia que mostraba era rara en él.

Finalmente, mientras recogían la cena, le preguntó lo que temía:

—¿Qué ha ocurrido? —le dijo a la vez que dejaba los platos en la pila.

Tara se quedó callada, no podía contárselo, pero debía decirle algo.

—Estoy bien, es lo único que puedo decirte.

—No Tara, no estás bien. Esta tarde encontré la bolsa con tu ropa en la entrada de mi casa. ¿Te puedes hacer una idea de lo que sentí al verla? —se apoyó en la encimera con una mano—. No puedes llegar como si nada y decirme que estás bien.

—Lo siento —deseaba decirle que la habían atado, amenazado y que lo necesitaba más que nunca, pero no lo hizo—. Estoy cansada.

Damyan la observó. Tenía el rostro muy pálido y las ojeras se marcaban debajo de sus ojos. Sabía que algo había ocurrido, pero de nuevo se volvía hermética y distante, y no se lo quería contar. ¿Por qué era tan difícil para ella confiar en él? No iba a desistir en su empeño.

—Está bien, hoy no voy a presionarte —se aproximó y posó las manos en su cintura, fue subiendo con los pulgares por su ombligo al mismo tiempo que hundía la boca en el hueco de su cuello—. Nena, me tenías tan preocupado. —Torturó su oreja con húmedos besos.

—Espera... Damyan... —intentaba resistirse, el deseo comenzaba a crecer como un vendaval sin dejarla pensar.

—Hoy por fin dormiremos juntos, pero me portaré bien. Solo necesito tocarte un poco más —llegó hasta su boca y mordió su labio inferior, para luego pasarle la lengua por ellos.

Miles de espirales de placer revolotearon en su cuerpo. Tenía que decirle que no se quedaría, si no se lo decía al final sucumbiría.

—No... para, espera —murmuró Tara, a la vez que sentía como una de sus manos tocaba su clavícula bajando hasta la curvatura de su seno. Un gemido salió de su boca, sentía que se abrasaba donde él la acariciaba.

—Solo un beso —susurró en su boca.

Damyan tenía los ojos negros por el deseo y se reflejaba la necesidad que tenía por ella. Deslizó una mano por su cuello y llegó hasta su nuca. Juntó suavemente los labios contra los suyos y la besó despacio. «Para ya, déjala descansar», se regañó a sí mismo, pero no lo hizo. Penetró más con su lengua y sintió como Tara respondía, la escuchó gemir y un ramalazo fue derecho a su miembro. «Dios, tengo que controlarme», pero era complicado viéndola tan receptiva. Tara le cogió del cuello y clavó las uñas. El beso se hizo más profundo e intenso. Sin poder parar bajó la mano hasta su falda y se coló entre sus muslos. Ella dejó de besarle.

—Damyan, no puedo...

—Sí puedes nena.

—No, no lo entiendes —dijo sofocada por sus caricias—. No puedo quedarme contigo.

En ese momento, él se paró en seco. Clavó los ojos en los suyos.

—¿De qué estás hablando?

—No voy a quedarme aquí contigo, me iré a casa —bajó la mirada para no tener que seguir viendo la decepción que se reflejaba en sus ojos.

Se apartó de ella y apoyó ambas manos en la encimera dándole la espalda.

—¿Me estás diciendo que no vas a quedarte aquí hasta que encuentren a Gael?

—Eso es —contestó en voz baja. Vio cómo se tensaba y apretaba la encimera con fuerza haciendo que sus dedos se pusieran blancos. Se dio la vuelta y la miró con dureza.

—¿A qué juegas Tara? ¿Quieres volverme loco?

—No, es lo último que quiero, pero...

—Pero es mejor reírse del gilipollas que tienes delante —dijo interrumpiéndola— Si no ibas a quedarte, ¿para qué coño viniste en primer lugar?

—Quería que supieras que estaba bien, me mandaste aquel mensaje y Carol me dijo que no hablase con nadie.

—¿Y por eso te traes una bolsa con ropa?

—Da igual lo que pienses, tengo que irme —no podía seguir teniendo esa conversación, odiaba mentirle.

Damyan estaba cada vez más fuera de sí, ¿cómo era posible que hubiera cambiado de opinión?

Carol le dijo que había dejado de huir por él, no se había ido de la ciudad para quedarse a su lado y ahora estaba diciendo que debía irse. No entendía nada. La rabia y la impotencia es lo único que sentía en esos momentos. Tara salió de la cocina y fue al salón a recoger sus cosas.

Cogió la bolsa que estaba encima de la mesa y fue andando hacia la puerta. De repente sintió un tirón y él le quitó la bolsa.

—¿Qué haces?

—No te irás —el tono de su voz era bajo y amenazador.

—Claro que me voy. Dame la bolsa.

Se fue acercando a la vez que ella retrocedía.

—No Tara, no lo harás. Si crees que vas a salir por esa puerta, estás muy equivocada.

—Bien, si no quieres darme la bolsa la dejaré aquí. No hay ningún problema.

Se dio media vuelta yendo a la puerta de la entrada. Damyan la agarró por detrás y la envolvió en sus brazos.

—Si tengo que atarte a la cama lo haré, no lo dudes —susurró en su oído.

Tara se estremeció, ese comentario despertó sus instintos más primitivos. Cómo la alteraba con sus palabras... Aun así debía irse. Forcejeó intentado liberarse de su agarre.

—No luches, te lo digo muy en serio, no te irás de aquí.

Tenía que ser más inteligente. Por la fuerza no podría escaparse de él, así que dejó de resistirse.

—Está bien, suéltame —percibió la duda en él, pero finalmente la soltó—. Voy al baño.

Damyan curvó los labios en una pequeña sonrisa, sabía lo que estaba haciendo, pero no se lo permitiría. Seguía muy enfadado.

—Bien, voy contigo.

—Ni se te ocurra. ¿Me vas a seguir por toda la casa?

—Si es necesario, lo haré.

Sus miradas se encontraron desafiantes, esperando ver cuál sería el siguiente paso del otro. Ella se había separado un poco de él y aprovechó para correr en dirección a la puerta. Damyan la agarró del vestido y éste se rasgó de arriba abajo. La cogió del brazo impidiendo que se fuera.

—¡Gilipollas! Me has roto el vestido —gritó enfadada.

Escudriñó su cuerpo, se había quedado en ropa interior, sus pechos resaltaban turgentes con ese sujetador negro, la respiración agitada hacía que se hincharan y ya no pudo controlarse más. La cogió y la subió en su hombro.

—¿Qué haces? ¡Bruto! ¡Bájame! —comenzó a patalear, la llevaba como si fuera un saco de

patatas, lo único que quería era darle una patada en las pelotas.

La llevó por el pasillo hasta su dormitorio. Cuando llegaron la tiró en la cama.

—Voy a atarte a la cama —le dijo con una mirada ardiente y de suficiencia.

—¡Cabrón!

—Que boquita tienes, Tara...

Se acercó a una pequeña mesilla y cogió un preservativo. Se quitó la camiseta y Tara se dio un festín observando su cuerpo duro y masculino. Lástima que estuviera tan enfadada. Se fue aproximando a la cama, pero aprovechó para escabullirse por el otro lado y salió disparada de la habitación. Escuchó que él corría detrás. Parecía que estaban jugando al gato y al ratón. Fue en vano, la alcanzó en el salón y la tiró en la alfombra. Se colocó encima, sujetándole los brazos con ambas manos.

—¡Quítate de encima! ¡Capullo! —sentir su cuerpo contra el suyo la estaba poniendo a cien, una mezcla de rabia y deseo.

—Tengo que enseñarte modales, cariño —le dijo con una sonrisa ladina.

—Gilip... —no pudo terminar, saqueó su boca poseyéndola.

Un gruñido salió de la garganta de Danyan. Dejó una mano sujetándole los brazos que tenía por encima de su cabeza, metió la mano por debajo de su falda y rasgó sus bragas sin dejar de besarla. Tara protestaba, no sabía si negarse o rendirse. Se preguntaba cómo era posible que la pudiera sujetar solo con una mano, tenía mucha fuerza. No podía soltarse aunque quisiera, de lo que no estaba segura es si realmente quería que la liberase. Estaba húmeda y caliente y él lo notó.

—Mierda, nena.

—Para...—su voz sonó lejana y excitada.

Se puso a horcajadas encima de ella. Abrió el preservativo que tenía en la mano y se lo intentó poner, pero Tara al tener las manos libres, no le dejó. La volvió a agarrar los brazos y se los sujetó por encima de la cabeza, ella respiraba con dificultad.

—Voy a follarte. No luches, estás húmeda y demasiado excitada para negarte.

Le miró con ira y deseo, lo peor de todo es que tenía razón. Logró ponerse el preservativo. Se volvió a tumbar sobre su cuerpo, tenía los pantalones medio bajados y colocó el pene en su entrada.

—Ahora cariño, vas a suplicarme que te la meta.

—No lo haré...

—Es cierto, esta vez no lo harás, pero no porque no lo estés deseando. —metió el capullo en su

suave y húmeda entrada. Ambos respiraban con dificultad —Ahora es el momento, dime que quieres que salga de tu interior y lo haré.

Tara dudó, estaba cabreada, excitada, pero era demasiado tarde, la lujuria circulaba libremente por su cuerpo siendo demasiado débil para negarse.

—¿Quieres que te la meta?

Ella asintió.

—No te oigo.

—Sí... —murmuró.

La besó y gruñó. Tara pensó que entraría dentro de ella con un fuerte empujón, pero no fue así. Lo hizo despacio, sintiendo cada parte de su grueso miembro ensanchándola, abriéndola lentamente. Inclino su cadera hacia él para que profundizara más. Lo necesitaba en su interior, cuando la llenó por completo, comenzó a salir y entrar despacio. Deseaba que se moviera más rápido, que la liberase de la agonía que estaba sufriendo por su paciencia. Finalmente cedió y movió sus caderas más deprisa llenándola y avivando su excitación hasta casi rozar el orgasmo. Clavó sus uñas en su espalda y le arañó. Él echó la cabeza hacia atrás presa del dolor y el placer.

Era tal la necesidad que ambos sentían el uno por el otro, que el placer parecía amplificarse hasta un punto increíble. La embistió con fuerza y apretó su cadera contra su pelvis para que rozara su clítoris, después de unos empujones más, gritó al sentir el orgasmo. Sin parar de moverse, siguió penetrándola sin parar y él se corrió dentro de ella.

—Y después de esto, ¿todavía piensas en irte, Tara?

CAPÍTULO 14

Él seguía encima de su cuerpo, no se apartaba y la intensidad de su mirada la intimidaba. Con un su mano derecha, acariciaba su mejilla y Tara no era capaz de apartar los ojos de los suyos. La estaba pidiendo una explicación, le rogaba que no se fuera, no con palabras, pero sí con sus gestos. No quería pensar en lo que él sentía, estaba bastante cabreada por su actitud. Al final siempre terminaban teniendo sexo como locos y él la convencía de cualquier cosa.

Lo empujó para que se quitase de encima, lo hizo, y la ayudó a levantarse. Cuando estuvieron de pie, frente a frente, él abrazó su cuerpo. No quería sus cuidados, tenía que irse de allí, por su bien y por el de ella.

—Tengo que irme.

Damyan se volvió a tensar.

—¿Por qué eres tan cabezota?

—¿Y tú por qué no me dejas a hacer lo que me dé la gana? —dijo a la vez que se separaba de su lado.

—Porque hay un puto lunático que quiere hacerte daño. ¿Te parece razón suficiente?

—Lo único que te estoy diciendo es que no voy a vivir aquí contigo, pero podemos seguir viéndonos.

—¿Y quién te va a proteger? ¿Y si te pasa algo? No entiendo por qué has cambiado de opinión. Pensé que ibas a quedarte conmigo.

—¿Qué te hace suponer que iba a quedarme?

—Carol me dijo que...

—¿Carol? —dijo interrumpiéndole.

—Sí, la he conocido.

Tara no salía de su asombro.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Vi la bolsa tirada en la puerta de mi casa, con ropa tuya y me volví loco. Fui a la comisaría más próxima para denunciar tu desaparición —Tara abrió los ojos un poco más—. Nadie me hacía caso, me dijeron que tenía que esperar setenta y dos horas. No estaba dispuesto a esperar tanto, así que dije que buscaran a Carol. No te voy a decir cómo, pero al final apareció y hablamos.

Tara intentó calmarse, cuanto más intentaba alejarle más se metía en su vida y, lo peor, se clavaba más profundo en su interior. Él se acercó de nuevo para tranquilizarla, pero le apartó

bruscamente.

—¡No!, no puedes hacer siempre lo mismo, empiezas con besos, me tocas y al final termino haciendo lo que tú quieres. Esta vez no.

—De acuerdo, no te tocaré más.

—No he dicho eso.

—Pero yo sí —espetó furioso—. Yo también estoy cansado de tener que ir detrás de ti todo el tiempo. Se acabó. Si quieres que te toque, me lo pedirás tú.

—Perfecto.

—Bien.

—¡Bien! —gritó a la vez que cogía su bolsa y se iba de allí.

Tara tenía los nervios crispados, llevaba veinticuatro horas con la tensión por las nubes. No solo se había escapado Gael, sino que también su enemigo la había secuestrado y para colmo discutía con Damyan. No se lo estaba poniendo nada fácil. Salió del portal como un resorte, quería gritar o golpear lo que fuese para poder desahogarse. En ese instante escuchó que gritaban su nombre detrás de su espalda, se volvió y vio a Damyan corriendo hacia ella. Tenía puestos los pantalones grises del pijama, la camiseta blanca y se sorprendió al ver que iba descalzo.

—¡Espera! —llegó a su lado y apoyó las manos en las rodillas intentando coger aire.

—No quiero seguir discutiendo —dijo Tara dándose la vuelta, pero él agarró su brazo y la detuvo.

—Yo tampoco —lentamente se giró—. Perdona, no quería ponerte las cosas más difíciles — Tara clavó los ojos en el suelo y él, cogiéndola de la barbilla, hizo que volviera a mirarle.

—Estoy agobiada, me gustaría golpear a algo, desfogarme, gritar.

—Estás demasiado tensa —la acercó hacia su cuerpo y la abrazó— Tengo un idea. Te recojo mañana por la tarde y te llevaré a un sitio que te gustará.

—No se... —contestó confusa—. Ahora no soy buena compañía, además el lunes tengo que trabajar y me vendría bien descansar.

Dadas las circunstancias, a Damyan no le gustaba la idea de que ella fuera al trabajo, pero prefirió no decir nada.

—Confía en mí, estoy seguro que vas a disfrutar.

Reflexionó sobre ello. Necesitaba estar con él y no sabía que es lo que se le había ocurrido, pero quedándose todo el día en casa estaría angustiada, agitada y no dejaría de pensar en lo sucedido. Lo mejor es que se despejase y que intentase seguir con su vida normal.

—Está bien, ¿a qué hora quedamos?

Damyan sonrió y a ella se le cortó brevemente la respiración, estaba endemoniadamente atractivo cuando sonreía.

—Ok, te paso a buscar a las siete. Ponte algo cómodo.

—De acuerdo.

—Ten cuidado. Mándame un mensaje cuando llegues a casa —le guiñó un ojo y se giró sin tocarla ni darle un beso.

No le entendía, o no dejaba de acariciarla o ahora no le daba ni un beso de despedida. «Hombres», pensó.

Damyan entró en casa y fue al frigorífico para coger una cerveza. Sabía que iba a estar intranquilo, casi le dieron ganas de volver a insistir que se quedase cuando habló con ella en la calle, pero realmente se la veía muy agobiada. Necesitaba despejarse, estaba pasando por mucha tensión y él no se lo había puesto fácil. Seguramente la idea que tenía le vendría bien para olvidarse un poco de todo, pero eso no quitaba que no estuviera algo preocupado al saber que se iba a casa y estaría sola. Prefería al menos poder pasar la tarde a su lado.

A la mañana siguiente estaba tumbado en la cama, se había despertado hacía poco y no dejaba de pensar en ella. Escuchó el sonido del móvil recibiendo una llamada que le sacó de sus pensamientos.

—Hola hermanita —contestó ilusionado al saber que era ella. Hacía tiempo que no hablaban.

—Eres de lo que no hay. Si no te llamo yo, no me llamas nunca —le reprochó.

—Tienes razón, perdona, es que últimamente he estado muy liado.

—¿Una chica?

—Que cotilla eres Paula. Nunca cambiarás.

—Quiero tener sobrinos y con tu historial me parece que eso no ocurrirá nunca.

Damyan puso los ojos en blanco.

—Tú que tal con ¿José?, ¿Javi?

—Jorge... —contestó resignada—. ¿Cuándo demonios vas a quedarte con su nombre? Ya llevamos saliendo seis meses.

—Bueno, normalmente no llegas al año así que prefiero no quedarme con ningún nombre.

—Este es distinto.

—Siempre lo son —dijo riéndose.

—Calla, pesado. ¿Has encontrado el regalo para mamá?

—Mierda, lo olvidé.

—Por Dios, es que no se te puede mandar ningún recado...

Damyan separó el móvil de la oreja, no le apetecía escuchar a su hermana durante media hora, todas y cada una de las recriminaciones, que por un lado se merecía. Siempre habían sido polos opuestos. Él era el rebelde de la familia, le gustaba la música rock y evitaba las quedadas familiares. Paula por el contrario, vestía siempre a la moda, su ídolo era Bisbal y era demasiado responsable. Se acercó el teléfono al oído de nuevo.

—Para una vez que te lo pi...

Se lo retiró otra vez. Su madre y su hermana eran iguales, no sabía cómo su padre aguantaba a las dos en la misma casa. Ella tenía veintidós años, ocho menos que él y todavía no se había independizado.

—Sí, tienes razón —dijo por fin.

—No has escuchado una palabra de lo que he dicho ¿verdad?

—Tengo que colgarte hermanita.

—Eres un caso, ¿lo sabías?

—Sí, pero me quieres.

Paula se rió.

—Bueno, ¿vas a decirme quién es ella?

—No la conoces.

—Así que sí hay alguien. ¡Verás cuando se lo diga a mamá!

—No, Paula, no empieces. Todavía no sé muy bien qué relación tenemos, es complicado.

—Si me tuvieras que decir del uno al diez cuanto te gusta, ¿cuánto sería?

Damyan se empezó a reír, su hermana todavía tenía cosas de adolescentes.

—No lo sé...

—No mientas.

—Quizá un nueve.

Mentía, sería más de diez.

—Estás jodido hermanito.

Tara apenas había podido dormir, cuando llegó de madrugada, a la media hora ya quería salir de allí. Cuando entró en casa no pudo evitar pensar que alguien estaba esperándola, quizá Gael o un matón de Igor.

Lo primero que hizo al levantarse fue llamar a Carol para decirle que estaba bien. Le contó que cuando estuvo en el hotel, decidió ir a ver a Damyan, pero llegó allí, le entró el pánico y salió corriendo. Mintió diciendo que se dio cuenta que tenía que meditar todo lo ocurrido, por lo que se fue a tomar el aire. No podía decirle la verdad. Carol, muy seria, le contestó que no volviera a hacerlo, tenía que protegerla y así no podría. En un par de horas habría unos agentes de policía en un coche vigilando su casa por si se le ocurría a Gael pasar por allí. No le gustaba estar tan vigilada aunque en el fondo algo la tranquilizaba.

Llamaron al telefonillo y cuando contestó se alegró al saber que Sonia había ido a verla. La invitó a tomar un café y se sentaron en la mesa del salón.

—Me tenías preocupada, no contestabas al móvil, ayer vine a verte y no estabas.

—Es una larga historia —contestó Tara cansada.

—Y no me la vas a contar...

—No, lo siento. Tengo que llevar este asunto por mí misma.

Sonia apoyó la mano en la de Tara:

—Algún día estarás preparada y yo estaré aquí para escucharte.

Observó sus ojos azules, veía la sinceridad en ellos. Le encantaba el pelo rubio natural que lucía, lo tenía muy corto y despuntado.

—Gracias amiga.

El móvil de Tara vibró apareciendo un mensaje de Damyan en la pantalla. Sonia vio cómo le cambiaba la expresión de la cara.

—Madre mía, sí que te ha dado fuerte. No puedes negar que es suyo el mensaje.

—Sí, es de él. Quiere llevarme a un sitio esta tarde, dice que me lleve en una mochila unos pantalones cortos, camiseta y unas zapatillas de deportes.

—¿Vais a correr una maratón?

—No lo sé, espero que no sea eso. Estoy agotada.

—¿La cosa va en serio?

—Es complicado.

—Contigo todo lo es —dijo sonriendo.

No se imaginaba hasta qué punto. Sonia le puso al día con todos los problemas que seguía teniendo con su jefe y su compañero, Víctor. Tara le prometió que iría a verla al bar la semana siguiente. Cuando se fue, aprovechó para echarse un rato, estaba demasiado cansada.

Gael acababa de volver. Se sentía pletórico, nunca pensó que fuese tan fácil. En cuanto pudo

regresó al hospital y esperó a Damyan, lo que menos se esperaba la policía es que él volviera. Cambió de coche y se vistió de tal forma que no pudieran reconocerle. Cuando él salió, le siguió hasta su casa. Estaba dispuesto a pasar varios días allí hasta lograr verla, pero sabía que no era lo más inteligente, así que se fue y volvió al día siguiente.

Tenía bastante paciencia, por lo que se quedaría más tiempo para intentar encontrarla. Estaba esperando, agazapado en el coche, y su dicha aumentó cuando a los quince minutos de permanecer allí, la vio salir del portal. Todo estaba sucediendo demasiado rápido, pero no se quejaba. Damyan la gritaba llamándola por su nuevo nombre. Tara. Estaban tan ensimismados el uno en el otro que no se fijaron en el coche que permanecía aparcado a pocos metros donde se encontraba Gael.

Lo demás fue sencillo, la siguió hasta su casa y la vio entrar en el portal. Ya sabía dónde vivía. Decidió irse y volver por la mañana temprano, quería entrar en el portal. A la mañana siguiente, vio a una muchacha con el pelo rubio y corto que iba hacia el portal y decidió que ese era el momento para entrar. Esperó que ella llamase y cuando respondió la voz del telefonillo, creyó reconocerla, pero se lo confirmó cuando la chica pidió que le abriera la puerta y la llamó Tara. La mujer desapareció y él se quedó comprobando los buzones hasta que vio su nombre grabado en uno de ellos. Ya sabía su piso, y además había conocido a una amiga suya. Se le ocurrió algo interesante para llevar a cabo su plan...

Volvió a ese pequeño cuartucho de mala muerte. Melinda estaba sentada en la cama, era una prostituta que conocía desde hacía años. Sabía que si iba a su casa no le delataría, no porque le tuviera aprecio ni porque le debiera nada. Ella no le delataría por el miedo que le tenía. Después de tantos años aún le tenía pavor, pero sabía que disimulaba e incluso se ofrecería a él con tal de que la dejara en paz.

Lo bueno era que nadie conocía la relación que tuvo con ella en el pasado, por lo que Igor todavía tardaría en encontrarle. Debía tener cuidado, no solo con la policía, también con la organización. Sabía que también estarían buscándole.

Tara entró en el coche de Damyan. Él le dio un rápido beso en los labios, le hubiera gustado sentirle unos segundo más. Normalmente cuando se veían, él la besaba como si intentara saciarse y no lo consiguiera. Sin embargo, esta vez el beso fue breve y poco pasional. No parecía estar enfadado porque al hablarla lo hacía sonriendo y animado. Le pilló mirándole las piernas y vio cómo se revolvía en el asiento. Se había puesto unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta de tirantes que realzaba sus pechos.

—¿Has traído lo que te he dicho?

—Sí, lo llevo en la bolsa de deporte.

—¿Qué tal has pasado la tarde?

—Bien, ha venido a verme una amiga y luego he podido echarme un rato.

Le sentía algo frío, deseaba tocarle, acariciar su mano que ahora descansaba en la palanca de cambios. Miraba al frente, esperando a que la gente cruzara el paso de peatones. Después de unos diez minutos, entraron en un polígono al sur de Madrid. Pasaron varias glorietas, giró a la izquierda y aparcó.

—Hemos llegado ¿Estás preparada?

CAPÍTULO 15

Tara todavía no sabía muy bien que hacían en aquel lugar. Se quedó mirando las máquinas de musculación, las cintas de correr, los sacos de boxeo y el cuadrilátero. Eso fue lo que más le llamó la atención. Parecía que se había metido en una escena de un entrenamiento de la película de Rocky, la diferencia es que en ese momento no había nadie allí, estaban completamente solos.

—Uno de mis primos tiene este local y entrena a gente. Hoy al ser domingo está cerrado, pero le he pedido que nos deje utilizarlo.

Tara se dio la vuelta y lo vio apoyado en la pared.

—No sé qué decir.

—Vaya —dijo levantando una ceja—. Eso es nuevo y algo sorprendente, te he dejado sin palabras. ¿Debería considerarlo bueno o malo?

—Creo que bueno —dijo sonriendo.

—Ve a cambiarte. Los vestuarios están al fondo a la derecha.

—Pero, ¿qué vamos a hacer exactamente?

Él se aproximó hasta que sintió su presencia muy cerca, pero sin llegar a tocarla.

—Pegarnos.

Tara abrió los ojos, sorprendida.

—¿En serio?

—Sí, ve a cambiarte.

Damyan vio cómo se alejaba contoneando las caderas. La había impresionado. Tara necesitaba liberar todo el estrés que tenía por todo lo que le estaba ocurriendo. Esto sería una buena medicina. A los pocos minutos salió con un pantalón corto y una camiseta de tirantes negra y morada. Tenía algo de escote y se le marcaba la redondez de los senos. Se prometió a sí mismo que no iba a tocarla más, pero en el coche tuvo que hacer un esfuerzo increíble para frenarse y no besarla. Sintió una fuerte necesidad de acariciarle la suave piel de sus piernas aunque logró no hacerlo. No iba a ceder. Ahora debía ser ella la que sufriera un poco. Estaba dispuesto a que liberara adrenalina por todo lo mal que lo estaba pasando, pero la otra frustración... no, eso no pensaba quitárselo.

Él también se había cambiado mientras la esperaba. Se puso unos pantalones de deporte amplios que le llegaban hasta las rodillas y una camiseta de tirantes. Cuando Tara lo vio le dieron ganas de saltar encima de él y tocarle hasta saciarse.

—Toma, ponte esto —le dio unos guantes de boxeo y un casco—. Por ahora ponte solo los guantes, quiero que le des unos cuantos golpes al saco de boxeo.

Tara se colocó uno de ellos, él cogió el otro guante y le ayudó a ponérselo. Percibía cada toque de sus dedos contra los suyos, el simple roce elevaba su temperatura. Le miró a la cara, pero él seguía concentrado apretando el velcro.

Sabía que le observaba, estaban demasiado cerca y su aroma le asfixiaba. Podía jurar que en ese momento sentía lo mismo que ella aunque no hacía el mínimo gesto. Se estaba cansando de verlo tan frío.

Cuando terminó se fue hacia el saco y Damyan se colocó delante.

—¿Estás lista?

No contestó y directamente dio un puñetazo a la masa que tenía delante. El primer golpe fue demasiado flojo. No sintió ningún alivio, al revés, no le veía sentido pegar a un trozo de tela con relleno.

—Vamos, no pares. Vuelve a darle.

Volvió a hacerlo, pero apenas se movió y no era porque Damyan estuviera sujetándolo, es porque no lo hacía con la suficiente seguridad.

—Más fuerte Tara.

Otro impacto y seguía sintiéndose igual de ridícula.

—Esto es una pérdida de tiempo —dijo irritada.

—Nunca te vi como a una nenaza.

Tara entrecerró los ojos.

—Claro, es que esto es de machotes, por lo que no sé qué coño haces tú aquí.

—Se te da muy bien soltar lindezas por la boca, pero en esto eres pésima. Estoy seguro de que alguna vez has pensado en darme una patada en las pelotas. ¡Utiliza las piernas!

Si quería que se enfureciese lo estaba consiguiendo, quizá no lo suficiente aunque iba bien encaminado. Volvió a chocar contra el muro que tenía delante y utilizó la pierna derecha para soltar un golpe. Se le dio algo mejor, pero seguía faltando algo.

—Espera, creo que sé lo que necesitas. Te falta un poco de inspiración.

Cogió algo de la mochila y se acercó a un aparato de música donde colocó un reproductor. La canción comenzó a sonar. Tara la conocía, “Youth Gone Wild” de Skid Row. A los dos les gustaba este grupo, recordó que hablaron de él en la cena cuando comentaron sus gustos musicales. Volvió a colocarse delante del saco:

—Vamos, demuéstreme que te gustaría hacerle al cabrón de Gael.

Al escuchar su nombre, algo hizo *click* en su interior. La patada salió volando y golpeó el saco

con fuerza. La música ayudaba a que la adrenalina se despertase en sus venas. La cara de ese hombre llegó a su cerebro y las imágenes se fueron sucediendo una tras otra. Su tío cayendo al suelo, muerto. El acecho que sufrió durante años. El miedo, la vulnerabilidad, el cambio de vida, la soledad. Las extremidades de su cuerpo golpeaban lo que tenía delante, pero solo escuchaba la guitarra eléctrica de fondo. El corazón latía violentamente en su pecho, sudaba, pero necesitaba seguir, no quería que nadie se atreviera a detenerla. Estaba desprendiéndose de todas esas malas experiencias ancladas en su interior, ocultas durante demasiado tiempo. Experiencias que habían convivido con ella llegando a paralizarla.

Perdió la noción del tiempo, no supo en qué instante dejó de pensar, no controlaba sus movimientos, ya no había ninguna imagen en su cerebro. Soltaba la adrenalina de su cuerpo, pero su cabeza estaba en paz. Nunca había sentido esa sensación de tranquilidad de solo estar concentrada en una cosa, su mente se encontraba a gusto y liberada. No quería que desapareciese, necesitaba seguir percibiendo todo aquello.

Escuchó una voz lejana, juraría que era Damyan diciéndole que se detuviera, pero no quería desconcentrarse. Tampoco sabía si estaba sonando la música. Sus piernas golpeaban el saco, sus brazos sudaban por el constante ir y venir. Fue a dar otro golpe con el puño, pero vio como el saco se alejaba y rápidamente se abalanzó hacia ella. No le dio tiempo a esquivarlo y el impacto hizo que se cayera de culo al suelo. Volvió en sí y vio a Damyan riéndose a carcajadas, lo había hecho a propósito para que perdiera el equilibrio y se cayera.

En un primer momento tuvo ganas de gritarle y mandarlo a un sitio con olor a cloaca, pero al ver que él no paraba de reírse y al observarse a sí misma abierta de piernas, con el trasero dolorido, y en esa situación tan ridícula, sintió como una carcajada nacía en su garganta. No quería darle ese gusto, pero no lo pudo remediar.

Ambos se reían por la situación. Él le extendió la mano para ayudarla a que se levantara. Cuando estaba de pie, Tara le soltó un puñetazo en el estómago y una rápida patada en el muslo.

—Auch —dijo Damyan.

—¿Ahora quién es la nenaza?

—Cabrona...

—No, no, no —dijo apuntándole con un dedo—. Que boquita tienes, te la voy a tener que lavar con jabón.

Una diminuta sonrisa intimidante se dibujó en el rostro masculino. Él estrechó los ojos y Tara vio sus intenciones, intentó salir corriendo, pero la cogió y la volvió a cargar sobre el hombro como hizo en su casa. Pataleaba y gritaba que la soltase, pero no hizo caso. La llevó hasta el ring y la dejó en el suelo del cuadrilátero. Se levantó corriendo intentando huir, pero logró atraparla.

—No vuelvas a cogerme así —gritó Tara.

—¿O qué? —susurró muy cerca de su boca.

Se quedó muda. Desde que le había visto quería tocarlo, besarlo y saborear todo su cuerpo. Si quería ganar solo tenía que acariciarla y estaría perdida, pero se volvió a alejar dejándola con las ganas de su proximidad. ¿Por qué no la tocaba?

—Voy a ponerme los guantes —dijo Damyan.

No le dejó avanzar, cuando se dio la vuelta se subió en su espalda, se agarró como una lapa a su cuello y le rodeó con las piernas. Intentó agarrarle de los brazos para separarla, no podía con ella, fue andando hacia atrás y la aprisionó contra las cuerdas. La golpeó un poco contra ellas para que se soltara. No lo hizo.

—Tara, en una pelea siempre voy a ganarte.

—¿Quién ha hablado de que quiera ganarte peleando?

Instantes después le mordió suavemente el lóbulo de la oreja y pasó su lengua por el cuello. Damyan sintió el ramalazo de deseo recorriendo su cuerpo.

—¿Estás intentando provocarme?

—¿Lo consigo? —dijo a la vez que deslizaba uno de sus pies hasta su entrepierna.

Tenía razón, nunca le ganaría en una pelea, pero estaba dispuesta a provocarle hasta que sucumbiera. No estaría haciendo ningún sacrificio ya que lo que más ansiaba era que se rindiera y llegar a poseerlo.

—Te dije que no te tocaría y lo voy a cumplir.

—Sí, eso lo veremos.

Tara se soltó de su agarre y él se apartó, se dio la vuelta y acercó tanto la cara a sus labios que percibió el roce de su boca. Sujetó ambas manos a las cuerdas dejándola atrapada entre ellas. Por un momento pensó que iba a besarla.

—¿Acaso no me dijiste que preferías que no te tocara? ¿Qué al final acababas haciendo lo que yo quería? Si quieres que te toque me lo pedirás tú.

—Es cierto, pero no te dije que yo no pudiera tocarte.

Damyan bajó la mirada hacia sus manos.

—Lo veo difícil con los guantes puestos, así que tendrás que aguantarte preciosa—contestó en tono triunfal.

—¿No quieres quitármelos? —le dijo a la vez que le rozaba los labios con la lengua.

Damyan no lo vio venir y apretó las manos con fuerza a la cuerda. El contacto húmedo y suave

al lamerle le endureció más de lo que ya estaba. Se apartó rápidamente de ella como si quemase y se dio la vuelta dándole la espalda. Tara aprovechó y con los dientes tiró del velcro abriendo un guante y después otro. Él se dio la vuelta al escucharlo y fue a pararla, pero era demasiado tarde, los tiró al suelo y le miró.

—¿Qué ocurre, me tienes miedo? —dijo provocándole.

—No, creo que la que tiene miedo de pelearte conmigo eres tú —cogió el guante y fue a colocárselo de nuevo. Agarró su muñeca inmovilizándola, pero ella con la otra mano comenzó a acariciarle el pecho, bajando lentamente hacia el duro abdomen. Él cerró los ojos y la soltó alejándose de nuevo. Su autocontrol pendía de un hilo, así que Tara aprovechó la situación y lentamente se acarició a sí misma la garganta bajando por el pecho. Vio que la nuez de él subía y bajaba al tragar por quedarse observándola. Sus ojos se cerraron levemente, como si intentara enfocar para tener una mejor imagen de lo que estaba viendo.

—Tengo calor... —dijo incitándole.

Damyan no lo aguantó más, fue hacia ella y le dio bruscamente la vuelta. Sus manos agarraban la fina cintura y Tara sintió su erección. Al tener el pantalón de chándal lo percibía con mayor intensidad. Estaba cada vez más duro y excitado. Poco a poco, él deslizó la mano por sus costillas, acariciándola.

—Te gusta jugar con fuego Tara, pero vas a perder, a no ser que me lo pidas —su respiración se aceleró al escuchar el tono de su voz grave y ronco. Llevó uno de los dedos cerca del pecho y lo rozó.

—Damyan yo...

—¿Sí? —murmuró levantando una ceja.

Ella intentó darse la vuelta y él se lo permitió, cuando se quedaron frente a frente, Tara le tocó el pecho y, mirándole a los ojos, le dijo en voz muy baja:

—Que te jodan —en ese momento metió una de las piernas entre el pie derecho de él y le hizo un barrido haciendo que perdiera el equilibrio y se cayera. Ella se colocó encima y se quedó a horcajadas.

Damyan tenía unas bonitas vistas, el femenino y redondeado pecho subía y bajaba cada vez más deprisa. Estaba sobre su cuerpo como una amazona y él apenas podía controlarse. En sus ojos veía la excitación de Tara, era muy orgullosa, pero esta vez él lo sería más, no perdería. No iba a tocarla y fin de la historia. Observó su vientre plano y como los pantalones cortos se le subían demasiado en aquella postura. Comenzó a moverse levemente sobre su pene, rozándole, y por poco no se corre al sentirla restregarse contra él. Hacía que perdiese el dominio sobre sí mismo.

—La primera vez que lo hicimos en el cine... —Tara le hablaba en voz muy baja—, lo creas o

no, nunca había hecho algo así.

—¿Crees que te he juzgado alguna vez por aquello? Fue algo excitante.

—No, no es por eso —comenzó a meter la mano debajo de la camiseta de Damyan y acarició su estómago—. Me dijiste que no confiaba en ti, pero estás muy equivocado.

Tara se acercó a su rostro y Damyan sintió sus pechos presionados contra él. Comenzó a darle suaves y húmedos besos por el cuello. Cerró los puños para evitar acariciarla. Cada toque suyo era una tortura, la excitación iba en aumento hasta el punto de convertirse en lujuria. No recordaba haber sentido esa clase de sensaciones con ninguna otra mujer. El olor que desprendía le enloquecía, jazmín picante y dulce.

El esbelto cuello de Tara estaba tan cerca... solo tenía que girar la cabeza y morderlo, besarlo hasta saciarse. La suavidad de su piel se restregaba en cada poro de su cuerpo. Le daba miedo tocarla para apartarla, si lo hacía quizá no sería capaz de quitar las manos de su cintura.

—Para nena... —susurró con la voz entrecortada.

—¿Estás seguro? —se incorporó y, mirándole a los ojos, se quitó la camiseta quedándose con un fino sujetador negro.

«Mierda», pensó Damyan. No podía dejar de mirarla, se bajó un tirante y después el otro. Se iba a desabrochar el sujetador.

—No lo hagas —la amenazó.

—¿Por qué? ¿Crees que vas a sucumbir? —sonrió de forma pícaro.

Se lo quitó y los pechos se quedaron desnudos ante sus ojos. Los pezones rosados parecían hacerle guiños, excitados y hambrientos. Con una mano se soltó la coleta y el pelo resbaló por su espalda. Recordó la primera vez que la vio hacer aquello, fue a través de la webcam, en ese momento deseó estar junto a ella, ahora estaba a su lado, pero tampoco podía tocarla. Deslizó otra mano hasta uno de sus senos y se acarició suavemente. No paraba de restregarse contra su erección.

Damyan se pasó ambas manos por la cara. Tenía que tranquilizarse, pero estaba ganando la partida. Tara se puso de pie para quitarse los pantalones, por un momento pensó en levantarse y huir, pero estaba demasiado absorto observando sus movimientos. Se quedó con un fino tanga negro. Las aletas de las fosas nasales de Damyan se abrieron, estaba al límite. Le parecía preciosa e infinitamente sexy. Se daba ánimos a sí mismo, ansiaba tocarla, pero tenía que domarla de alguna forma, era una fiera, siempre tenía que hacer lo que ella decía, tanto en el sexo como en su vida. Había intentado tener paciencia por todas las circunstancias que la rodeaban, pero ella no se imaginaba lo duro que había sido ser tan paciente. Cuando quería algo lo tenía y punto. Esta mujer alborotaba todo su mundo.

Se volvió a sentar encima de él, pero se puso de rodillas y fue bajando por sus piernas sin dejar de mirarlo. La cara de Tara estaba justo a la altura de su erección. Con una mano se la acarició y él la paró.

—No, ni lo sueñes.

—No sabía que eras un cobarde.

—La cobarde eres tú por no pedirme que te toque, sabes que si lo hago el control lo llevaré yo.

—Eres un prepotente.

Damyan la cogió, la tumbó en el suelo y rápidamente se puso encima de ella. Vio como sonreía. Uno y otro se miraban fijamente, retándose. Se acercó a sus labios y le susurró:

—No soy tonto Tara, sé que me estás ocultando algo —cogió el tanga y fue bajándose lo despacio aunque sin llegar a tocarla, solo la rozaba—. Como te he dicho, no confías en mí. Ayer me dijiste que siempre hacías lo que yo quería cuando te tocaba.

Medio cuerpo de Damyan presionaba el de Tara, el cálido aliento golpeaba sus labios, estaba mostrando más control de lo que ella pensó. Seguía intimidándola y los latidos del corazón golpeaban cada vez más rápido contra su pecho.

—¿Vas a pedirme que te toque? —sintió la respiración cálida contra su piel, le hablaba rozándole el cuello, los hombros, bajando por el pecho, pero sin tocarla. Su aliento la quemaba. Tara se arqueó necesitada de sus caricias. Él se apartó. —No soy un muñeco con el que tú decides lo que hacer.

—Nunca he dicho que sea así —respondió agitada.

—Pero lo es.

—No es cierto, desde que te conozco me has intentado convencer tocándome, llevándome al extremo.

—Muy bien, tienes suerte porque he decidido dejar de hacerlo —Tara vio que pasaba la mano derecha cerca del muslo, pero sin llegar a tocarla. La mantenía tan cerca de la piel que sentía la abrasadora energía que desprendía la mano. Estaba completamente desnuda, a diferencia de él, notaba el cuerpo presionado y vestido contra el suyo. Subió cerca de su sexo y ella se movió cada vez más necesitada, la estaba volviendo loca—. Tendrás que llevarme tú al extremo.

—Así que, si he entendido bien, no vas a tocarme... —dijo intentando mantener la voz lo menos agitada posible.

Él asintió y, antes de que pudiera darse cuenta, Tara se zafó y volvió a ponerse a horcajadas encima suya. Damyan se lo permitió, estaba sentada y la podía contemplar desnuda, el cabello la tapaba ligeramente el pecho. Ella llevó una mano a su entrepierna y le tocó. Aguantó la

respiración, todavía no entendía como lograba contenerse. Quería demostrarle que dominaba la situación, no iba a claudicar. Era difícil y más viendo lo que hizo a continuación; despacio le bajó el pantalón y el bóxer. Se agachó y puso los labios sobre su pene, erecto y excitado. Damyan cerró los puños con fuerza.

Le pasó la lengua por la sensible piel, se lo agarró y comenzó a torturarlo con los labios, lo rozaba y le echaba el cálido aliento.

—¡Mierda! —dijo él a la vez que echaba la cabeza hacia atrás—. Para...

—No, no lo haré. Voy a demostrarte lo mucho que confío en ti —le rodeó con la lengua el glande, como si fuera un dulce que necesitaba saborear. Damyan cerró los ojos. —Te dije que nunca antes había contado mi pasado a nadie.

—Sí, pero me... ocultas cosas —dijo con la voz entrecortada. Ella seguía torturándolo con la lengua.

—Hay cosas que no puedo decirte, pero créeme que no es porque no quiera hacerlo.

—Lo dudo.

—Aunque no lo creas lo estoy haciendo.

Suavemente hundió la boca en su pene y él apretó los dientes evitando que un gemido saliera de su interior. Sentir cómo lo envolvía con la sedosa boca, lo estaba poniendo fuera de sí. Tara se retiró un poco y volvió a deslizar los labios por toda su longitud abarcando cada vez más. Damyan se tuvo que contener para no bombear salvajemente en su boca. Lo hacía tan condenadamente lento que creía que iba a explotar por contenerse tanto.

—No sigas —casi le suplicó a la vez que la agarraba del pelo para apartarla, mala idea porque le dieron ganas de cogerla y obligarla a que aumentase el ritmo. Le succionaba cada vez más fuerte, pero no lo suficiente para saciarse.

Tara sacó el miembro de la boca, volvió a lamerle el glande a la vez que la lujuriosa mirada le derretía.

—Quiero sentirte Damyan.

Escuchar cómo le llamaba por su nombre le excitó más.

—Pídeme que te toque.

Deseaba que lo hiciera, ya no sabía si aguantaría sin ceder, le estaba llevando a un punto de no retorno. Ella se incorporó y se sentó de nuevo sobre sus piernas, agarró de nuevo su erección.

—Como te he dicho, nunca antes me había dejado llevar tanto con ningún otro hombre como lo he hecho contigo, nunca había dejado entrar a nadie en mi vida. Y nunca antes he hecho lo que estoy a punto de hacer contigo.

Damyan le miró extrañado, Tara situó el pene en la entrada de su sexo y comenzó a entrar lentamente.

—Nena... espera... el condón —sentía como la humedad iba adueñándose de su miembro. Eso era demasiado.

—Tomo la píldora por problemas de regla. ¿Confías en mí?

—Sí...

—Bien, porque con esto créeme que te estoy demostrando que eres más importante para mí de lo que tú te crees.

Tara no pudo contener un gemido y se dejó llevar, movió las caderas suavemente, de forma lenta y pausada haciendo que Damyan entrara en el límite de su resistencia. ¿Cómo iba a soportar esto? Toda la sangre de su cuerpo se había agolpado en su pene. Sentirla de una forma tan íntima, tan caliente y húmeda en su interior sin que nada los separase provocó que se ahogara de deseo. Se hundió totalmente dentro de ella y Tara agilizó los movimientos haciendo que la estimulación se intensificara al máximo.

—¡Joder! Se acabó —exclamó Damyan.

Sí, cedió, cedió al impulso de tocarla, cedió a su deseo, cedió a todo lo que ella le provocaba y la agarró de las caderas para que aumentase el ritmo. Tara sonrió al ver que había ganado, rápidamente él tocó su clitoris y gimió excitada. Ambos jadeaban inmersos en el placer. En ese momento comenzó a sonar el móvil de Damyan. Por el tono supo que era su hermana, pero le dio igual, nada ni nadie iba a robarles ese momento. No quería pensar solo seguir sintiendo el cuerpo femenino que le volvía loco encima suyo. Sentir cómo su estrechez le apretaba y le absorbía. Profundizó más en su interior haciendo que enloqueciera. La sentía extremadamente suave ahora que estaba anclando en ella, la calidez, el movimiento lento y sensual que ejercía le enajenaban. El móvil dejó de sonar. Ya no podía pensar en otra cosa que no fuera en Tara. Sí, le había ganado, esta vez había sucumbido y no le importaba.

Rápidamente la cogió y le dio la vuelta tumbándose encima suya, con el movimiento el pene salió de su interior, pero volvió a introducirlo despacio a la vez que la miraba a los ojos. Escuchó como jadeaba y un calambre fue directo a su miembro. La deseaba más que a nada, necesitaba estar con ella desesperadamente, no podía ni imaginarse la idea de perderla. Le gustaría entrar en su interior de tantas maneras, pero no lo dejaba. Se preguntaba si siempre sería así con ella.

—Tara, estoy loco por ti, ¿lo sabes?

—Demuéstramelo —le dijo a la vez que le agarraba de la nuca.

La embistió con fuerza y la llenó por completo, ella le clavó las uñas en la espalda a la vez que lo atraía más queriendo fundirse con él, pero el móvil volvió a sonar, esta vez se preocupó,

normalmente su hermana no insistía tanto, quizá había pasado algo. Intentó tranquilizarse.

—¡Joder! Lo siento Tara, tengo que cogerlo.

Ella asintió, a la vez que él se separaba de su cuerpo. Como no fuera algo importante se juró que después la mataría.

—Dime Paula —le dijo algo irritado.

—Damyan, es mamá, está en el hospital.

CAPÍTULO 16

Damyan se inquietó al escuchar a su hermana.

—¿Qué ha ocurrido?

Tara vio como él asentía, le preguntó dónde estaba y colgó.

—Lo siento, tengo que irme. Mi madre está en urgencias, no sabemos muy bien por qué, se ha mareado y se ha quedado inconsciente. Le están haciendo pruebas.

—Debes ir a verla, no te preocupes, cogeré un taxi.

—No, el hospital está cerca de aquí. Si no te importa vamos juntos.

No quiso insistir, se le veía preocupado por lo que accedió a ir con él. Por un lado no quería implicarse más en su vida, quizá pronto tendría que alejarse y cuanto más lo conocía más difícil era todo aquello, pero decidió no decirle nada, se quedaría a su lado, no quería darle más preocupaciones.

Ambos se refrescaron en el lavabo del vestuario, se cambiaron de ropa y se fueron. Cuando llegaron al hospital ya estaba allí su hermana, acababa de salir el médico a informarles. Le confirmó que había sido una bajada de potasio, seguramente debido a las pastillas diuréticas que tomaba para la tensión alta. La tendrían en observación, pero no era nada grave. Al escuchar aquello ambos se relajaron.

Tara estaba detrás de él, permanecía muy callada, no quería molestar, pero en ese momento Paula la miró y Damyan se dio cuenta.

—Paula, esta es Tara —se dieron dos besos.

—Encantada. Ya era hora que conociera a una novia tuya.

Él la ignoró y mirando a Tara le dijo:

—Voy a entrar a verla, ¿me esperas?

Ella asintió.

—Hermanito, no dejan entrar a más de una persona y papá está dentro.

—No hay problema, me voy a colar —guiñó un ojo a Tara y se fue dejándolas solas.

En ese momento se sintió algo incómoda por quedarse sola con la hermana de Damyan, no se conocían y no sabía qué decir. Intentó ser lo más amable posible.

—Me alegro que no haya sido nada.

—Sí, menudo susto que nos hemos dado. Ven, vamos a sentarnos —Paula la cogió del brazo y se fueron andando juntas hacia una pequeña sala de espera donde estaban los familiares de los pacientes.

Por extraño que pareciese no le incomodaba que ella la agarrase. Se parecía a Damyan, con la única diferencia de que ella tenía los ojos azules en vez de oscuros, la nariz chata y los labios algo más finos. Tenía cara de pícara.

—¿Qué tal con mi hermano? Cuéntame, él nunca me dice nada de sus novias.

—¿Qué quieres que te cuente exactamente?

—Lleváis mucho tiempo, ¿no?

Sus ojos estaban abiertos y muy interesada en la respuesta que le iba a dar. Parecía emocionada por conocer a la conquista de su hermano y en el fondo a Tara le hacía gracia.

—No, no mucho.

—Qué raro... —dijo frunciendo el ceño.

—¿Por qué?

—Me extraña que te haya traído al hospital. Nunca hemos conocido a ninguna de sus novias, pensé que llevarías más tiempo para que haya decidido traerte hasta aquí —se acercó más y le dijo en voz baja—. Él sabe lo cotilla que soy.

Tara sonrió.

—Bueno, nos encontrábamos cerca y estaba preocupado porque no sabía que le había ocurrido a vuestra madre, seguramente sea por eso.

—Lo dudo. Sabe muy bien como deshacerse de las mujeres. Además me habló de ti el otro día por teléfono —ahora fue Tara la que abrió los ojos sorprendida—. Sí, me dijo que había alguien y que era complicado.

—Sí, lo es...

Agachó la cabeza mirando hacia el suelo, estaba segura de que Paula se había dado cuenta de la tristeza con la que lo dijo. La agarró de nuevo del brazo.

—Como dice siempre mi padre, “las cosas tienen la importancia que tú le des”. Así que ya sabes, sea lo que sea, seguro que podréis con ello.

Tara la miró y sonrió agradecida. Habían hablado solos unos minutos, pero igual que le ocurrió con Damyan, parecía que la conocía desde hacía más tiempo. No le importaría tenerla de cuñada, estaba segura de que se llevarían bien. Lástima que no todo era tan sencillo. En ese momento entró un hombre delgado y con el pelo engominado. Paula se levantó.

—Hola cariño, ¿has logrado aparcar?

—Sí, es horrible encontrar sitio por aquí.

—Mira, es la novia de mi hermano, Tara.

No se acostumbraba a escuchar esa palabra “novia”. Se dieron dos besos y en ese momento salió Damyan.

—Me han echado, pero he logrado verla. Se encuentra bien, ya conoce a todas las enfermeras de la sala.

—¿Cuándo la van a dar el alta?

—Se quedará esta noche, pero seguramente mañana vuelva a casa.

Damyan vio al novio de su hermana.

—Hola José —le dijo a la vez que le tendía la mano.

—¡Damyan! ¡Se llama Jorge, te lo he dicho mil veces!

—Ops, perdón.

Tara vio una medio sonrisa en sus labios, lo había hecho a propósito, se estaba divirtiendo a costa de molestar a su hermana.

—Tara, ¿te ha contado mi hermano que lloró viendo la película del Diario de Noah?

—Paula, no es necesario dar detalles —dijo Damyan tocándose la sien, parecía que le había dado dolor de cabeza.

—No le gusta parecer vulnerable, pero es un sentimental.

—Parecéis niños —dijo el novio de Paula.

—Nos vamos.

Damyan agarró a Tara del brazo, la cual no podía parar de sonreír por el tira y afloja de los dos hermanos. En ese momento salió un hombre canoso, alto y apuesto que se acercó hacia ellos. Paula se dirigió a él.

—Papá, ¿quieres que me quede con ella?

—No, no es necesario, me quedaré yo, seguramente mañana por la mañana estaremos en casa. Si necesitamos algo os lo diremos.

Se quedó observando a Tara.

—¿No vas a presentármela hijo?

—¿Cómo sabías que ella estaba aquí? —preguntó Damyan.

—¿Quién va a ser?, tu hermana, pero lo importante es ver a la mujer que te tiene loco.

—¡Papá! —gritó Paula—. Podrías disimular ¿no?

—Para qué, ¿te crees que tu hermano es tonto? Ven aquí muchacha, dame dos besos.

Tara se acercó y le saludó.

—Veo que mi hijo tiene muy buen gusto, sin embargo no sé cómo tú le aguantas—le guiñó el ojo.

—Eso me pregunto yo todos los días —contestó Tara con una sonrisa.

—Tenemos que irnos.

—¿Tan pronto? —protestó Paula cortando a Damyan.

—Sí. Papá, luego te llamo para ver si hay alguna novedad.

—De acuerdo, pero no te preocupes, tu madre ya está dando guerra dentro.

Se despidieron de todos y se fueron camino al coche. Damyan notó que Tara estaba muy callada, conociendo a Paula seguro que le había hecho el tercer grado con todas las preguntas que se le ocurriesen. No era el mejor sitio para conocer a su familia, lo único que sabía es que no quería separarse de ella, le tranquilizaba el sentirla a su lado.

—¿Qué piensas? —le preguntó Damyan.

—Tienes una familia muy...

—¿Loca? ¿Cotilla?

Ella se echó a reír.

—Iba a decir muy simpática y abierta.

—Y ¿por qué noto que lo dices con tristeza?

Tara no quería decirle todo lo que se le pasaba por la cabeza. Ella no había tenido nunca una familia, la única persona que le trató bien fue su tío y Gael se lo arrebató. Hacía mucho tiempo que asumió que ella no tendría una, no se sentía preparada. Su pasado siempre estaría ahí y tendría que huir, nunca llegaría a pertenecer a nadie. Sin embargo, la familia de Damyan parecía haberla aceptado enseguida, pensaban que le hacía feliz y eso bastaba. Había estado poco tiempo con ellos, pero se notaba la complicidad y la unión que tenían entre todos. En resumen, se sintió demasiado a gusto a su lado. Finalmente respondió:

—No importa.

—Sí, a mí sí me importa —Damyan se paró y se puso enfrente de ella a la vez que la cogía de la barbilla y la obligaba a que le mirase. El sonido del móvil rompió el momento—. Creo que cuando estemos juntos apagaré el móvil.

Miró la pantalla, era su madre. Descolgó el teléfono y contestó:

—¿Qué ocurre? —se quedó callado a la vez que ponía los ojos en blanco—. Mamá, no vamos a volver para que la conozcas, estás en urgencias. Sí...mmm...De acuerdo, iremos algún día a cenar. Un beso.

—Parece que no has tenido muchas novias, ¿eh? —le dijo Tara en tono burlón.

Por un momento se quedó serio, observándola y se aproximó a sus labios.

—Entonces, ¿eres mi novia? —levantó una ceja a la vez que le dedicaba una medio sonrisa.

Tara sintió como se ruborizaba delante de él, pero enseguida le dio un puñetazo en el estómago.

—Tienes razón, no somos nada, *mamonazo*.

—Auch, creo que te ha gustado el saco de boxeo, pero yo no soy él.

—Pues prepárate porque a algo tengo que golpear y creo que tú serás la mejor opción.

Damyan la acercó hasta su casa. Cada día se le hacía más duro separarse de él, le dijo que al día siguiente trabajaba y que tenía que descansar, que lo mejor sería que se viesen a lo largo de la semana. No le hizo gracia, pero Tara tenía que hacer todo lo posible para quedarse sola, Igor la llamaría esa noche por primera vez y le tenía que decir que no sabía nada de Gael.

A las pocas horas de llegar a casa, recibió la llamada. Cuando descolgó, escuchó al otro lado del teléfono como alguien le decía “Informa”. Enseguida supo que era él. Le dijo que no sabía nada de Gael, que no había intentado localizarla ni había visto nada extraño a su alrededor. Sin mediar palabra Igor colgó el teléfono. No le gustaba aquel hombre, era peligroso e impredecible.

Decidió darse un baño, se sentía muy cansada de tener todo el tiempo el cuerpo en tensión, el único momento en el que estaba relajada es cuando se encontraba con Damyan. Le gustó que la llevara a aquel gimnasio, pegar a aquel saco le había liberado gran cantidad de estrés. Se plantearía seriamente comprarse uno para tenerlo en casa, en el momento en que pensó aquello su mente le recordó que quizá no viviría lo suficiente para poder comprárselo. Si seguía todo como hasta ahora, si no era Gael, sería Igor quien se encargaría de ella.

¿Por qué les hacía caso? Hiciese lo que hiciese seguramente no acabarían bien las cosas para ella, seguía haciendo todo lo que Igor quería, sin plantearse nada, igual que le había ocurrido en el pasado con Gael. Se preguntó si estaba dispuesta a que volvieran a paralizar su vida, pero si no lo hacía podía poner en peligro a la gente que quería. No encontraba otra salida, tenía que esperar a que Gael se pusiera en contacto con ella, luego se lo diría a Igor, y después, ¿qué?

Nerviosa, se incorporó en la bañera, cogió el gel y vio cómo el espeso líquido blanco caía sobre la esponja, dejó el bote y la apretó varias veces haciendo que el jabón se mezclase con los poros de la esponja. Por un momento se le pasó por la cabeza llamar a Carol y contarle todo, pero Igor le había advertido que no lo hiciera, quizá pondría en peligro a Damyan o incluso a la propia Carol. No tenía ninguna salida, lo mejor era esperar.

Se aclaró y salió de la bañera, tener demasiado tiempo para pensar tampoco era bueno. Se vistió y se tumbó en el sofá. El único momento que estaba bien era junto a él. Decidió que esa

semana disfrutaría todo lo que pudiera con Damyan, intentaría estar lo máximo posible a su lado. Justo en ese momento sonó un mensaje en su móvil, era él:

“¿Qué haces?”

“Viendo la televisión, tirada en el sofá”

“¡Muy mal, a la cama ahora mismo!, me dijiste que ibas a descansar”

“No puedo dormir ”

“Si quieres voy y te ayudo a relajarte, tengo un método muy bueno para acabar con el insomnio...”

“Ya me sé yo tus métodos...”

“Podría decir lo mismo de los tuyos. Tenemos que quedar para acabar lo que empezamos en el cuadrilátero”

“Cuando quieras... “

“VOY PARA ALLÁ :-p”

“Jajaja, nooo, ahora no”

“Bueno preciosa, descansa y mañana hablamos”

“Ok, un beso”

“Tara...”

“¿Sí?”

Damyan no contestaba, parecía que estaba dudando en decirle algo. Finalmente se decidió.

“Nada..., no importa, descansa”

“Ok, igualmente”

¿Qué le habría querido decir?, fuese lo que fuese prefirió no insistirle, si era algo malo no podría dormir, y si era algo bueno, tampoco, todo se haría más difícil, decidió que era mejor así.

Carol estaba cada vez más cabreada e impotente, ¿cómo era posible que hubiera desaparecido de aquella forma? No tenían ninguna pista, nadie lo había visto. Ningún informador logró darles ningún dato nuevo, parecía, que al igual que Igor, se hubieran evaporado. Cada vez se sentía más frustrada, quería ayudar a Tara, sabía que cada día que pasaba el peligro era mayor. Tara siempre había sido muy fuerte, pero antes solo era ella, ahora, al estar Damyan en su vida, podría ser capaz de hacer alguna estupidez.

Si algo la ocurriese, nunca se lo perdonaría. Era su deber protegerla y cada día era más complicado. Solo había algo bueno en todo esto, y es que quizá Igor se volvería menos cuidadoso al enterarse que Gael se había escapado. Con toda seguridad también estaba detrás de él, esperaba

que no utilizase a Tara para ello. De todas formas había puesto protección en su casa, no creía que se atrevieran a hacerla algo allí. Consiguió que su jefe diera la orden para que la protegieran veinticuatro horas al día. Ya había hablado con ella y le dijo que si algo ocurría que por favor se lo comunicase, estaba casi segura de que le ocultaba algo, pero no podía asegurarlo con certeza, si a Tara se le metía algo en la cabeza daría igual lo que hiciese.

Deseaba que todo acabase de una vez, coger a Gael y a Igor, hacer justicia por todos los crímenes que habían cometido, quería que Tara tuviera una vida nueva, que pudiera pegar esos pedazos que dejaron cuando le arrebataron a su tío. Se merecía ser feliz. Siempre empatizó mucho con ella, y sabía lo agradecida que se sentía por haberle salvado la vida. Esperaba con todas sus fuerzas que todo saliera bien, tenía que salir bien.

Tara se estaba vistiendo para encontrarse con Damyan, llevaban varios días sin verse. Iban a salir, irían a algún sitio donde poder bailar, quería liberarse, pasárselo lo mejor posible y eso es lo que iba a hacer. Esos días se había sentido observada, y no era por los policías que la seguían, había alguien más. No quería pensar en ello, podía ser Igor, Gael o ser solo imaginaciones suyas. Igor la había llamado cada noche como le prometió. Seguía sin poder darle noticias nuevas, cada día se impacientaba más, lo percibía en su voz. Ella también estaba cansada de todo aquello, a veces no sabía cómo era capaz de soportar la tensión.

Estaba intentando cumplir con todo lo que Igor le había indicado, se mantenía en casa siempre que podía, le informaba cada noche que no había novedades. No se había ido a vivir con Damyan aunque éste no lo entendiera. Le hubiera gustado quedarse a su lado, estar más tiempo juntos, odiaba separarse de él, sobre todo por las noches. Cada vez estaban mejor, pero seguía sin poder contarle nada.

También quería quedar con Sonia, apenas habían hablado esos días, al parecer estaba muy liada en el bar. Iría a verla el fin de semana. Le apetecía divertirse con ella, quería disfrutar de su compañía, igual que lo haría hoy con Damyan.

Se puso un vestido de tirantes de color vino, ajustado y con algo de escote. Hoy tendría la noche excitante que deseaba desde hacía tanto tiempo con Damyan. Si llegaba a tocarla antes de volver a casa, vería que tenía una sorpresita para él. No iba a preocuparse por nada, solo disfrutar y vivir ese momento. Se dejó el pelo suelto y se puso unas sandalias negras y finas, se maquilló acentuando más sus ojos consiguiendo una mirada felina, así es como se sentía hoy para él. Afortunadamente el día en el taller no había sido muy pesado por lo que no estaba muy cansada, se sentía con energía y le apetecía mucho verle. Carol le había aconsejado que lo mejor sería que dejase de ir al taller durante un tiempo, pero no estaba dispuesta a dejar de hacer su vida normal. Ya estaba renunciando a demasiadas cosas, no iba a añadir otra más a la lista.

Damyan llamó al telefonillo y Tara bajó corriendo. Estaba fuera, apoyado en el coche, de brazos cruzados, llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta negra. Mientras se acercaba, se sintió desnuda por la mirada que le regaló, repasaba su cuerpo de arriba abajo, pensó en lo tremendamente atractivo que estaba. Cuando llegó hasta él, la agarró por la cintura acercándola hacia su cuerpo. El aroma de su piel la excitó, su olor corporal se mezclaba con el olor característico de su ropa, limpia y perfecta.

—Estás increíble Tara.

Damyan se quedó impactado al verla. Ese vestido se ceñía a su cuerpo de tal forma que resaltaba sus caderas y sus pechos. Tenía ojos de gata, tan felina como lo era ella. Cogió su cara con ambas manos y la besó, al principio de forma suave y lenta, sentía sus cálidos labios contra los suyos, ansiaba sentir la suavidad de su lengua, que se mezclase con la suya. Deseaba invadirla por completo, por lo que profundizó más en su boca, cuando su lengua entró en contacto con la de Tara, gimió. Deslizó una mano por la cintura y con la otra apretó más su cuello. La apoyó contra el coche y el beso se hizo cada vez más intenso. Ella le agarró de la nuca queriendo que se juntara aún más, necesitaba sentirlo más adentro.

En ese instante se separó de ella y rozó la nariz con la suya.

—Recuerdo el día que lo hicimos en el capó del coche. Si ahora mismo no hubiera nadie en la calle, haría que recordaras cada una de mis caricias —el murmullo de su voz, excitado y ronco hizo que Tara temblara levemente—. Volvería a presionar tus pechos sobre la carrocería y te penetraría por detrás.

—Ahora podrían detenernos, ¿sabes que la policía me está vigilando?

—Seguro que están aburridos, podemos darles algo con lo que divertirse.

Tara se rio.

—Eres un caso.

—Me encanta tu sonrisa —Tara se mordió el labio y bajó la mirada —también cuando te ruborizas.

Volvió a robarle un beso, apretó su cuerpo contra el coche y sintió cada parte de su anatomía. El beso se hizo tan penetrante y arrebatador que la costaba respirar, el deseo se iba apoderando de ella, despacio, se licuaba en su piel. Damyan se separó y la miró a los ojos.

—Nena, me estoy planteando seriamente el no ir a ningún sitio y subir a tu casa —dijo con la respiración algo agitada.

—Ni lo sueñes, quiero que cuando llegue nuestra noche, te mueras por tocarme.

—Entonces ya podemos subir, no puedo esperar más.

—Va a ser que no, tendrás que aguantarte —se apartó de él y entró en el coche.

Resignado, dio un pequeño cabezazo en el techo del coche. Respiró lentamente varias veces para calmarse, se metió dentro y se fueron. Vio por el espejo retrovisor como la policía secreta los seguía a cierta distancia. Se dio cuenta que Tara se tensó y acarició su mano sin dejar de mirar a la carretera.

—¿Qué tal tu madre ahora que está en casa?

—Bien, recuperada totalmente. No hace más que discutir con Paula.

—¿Por qué te gusta hacer rabiar a tu hermana?

—Se molesta con facilidad, me hace gracia, además es demasiado cotilla, así le doy su merecido.

—Eso es porque no le cuentas nada de tu vida.

—No necesita saber nada de mí.

—Se preocupa, eso es todo.

—No es necesario que lo haga.

Tara lo miró.

—Bueno, tú también me hacías preguntas a mí.

—Sí, pero al principio no insistía, hasta que un loco empezó a decir cosas horribles sobre ti.

—Hoy no vamos a hablar de eso.

Paró el coche en un semáforo en rojo y la miró.

—Estoy de acuerdo.

Llegaron al pub irlandés donde Damyan le había propuesto ir. A Tara le gustaba la decoración de este tipo de establecimientos. Estaba repleto de cervezas de distintas clases, la barra de madera y la bandera de Irlanda. Desde hacía tiempo deseaba ir a ese país y conocerlo, ojalá pudiera hacerlo en un futuro. Todavía no estaba lleno por lo que encontraron un sitio algo retirado, tenía una mesa alta y dos taburetes que estaban libres. Se sentaron y pidieron dos cervezas. Hablaron durante una hora, el tiempo se les pasó muy rápido, el pub estaba cada vez más concurrido, pero ellos seguían en aquella esquina, algo más ocultos del resto.

—¿Es cierto que nunca habías llevado a ninguna mujer a conocer a tu familia?

Damyan la miró fijamente a los ojos.

—Es cierto.

—¿Nunca has tenido una relación seria?

—Bueno, estuve casi dos años con una mujer, pero no funcionó.

—¿Y durante ese tiempo nunca llegó a conocer a tu familia? —dijo algo sorprendida.

—No. Nos lo pasábamos bien juntos, teníamos buen sexo, pero había algo que no me llenaba.

Cuando Tara escuchó lo del sexo no pudo evitar sentir un ramalazo de celos. Imaginárselo tocando a otra mujer, que otra mujer le tocara... Sabía que era algo absurdo, ella también había estado con otros hombres, pero el instinto de posesión la invadió.

—¿Y tú? ¿Has tenido una relación larga?

—Casi un año, pero no llegó a más. Me agobié demasiado, no era para mí, ni yo para él. Apenas nos veíamos, pero el sexo era bueno.

A decir verdad, no era nada del otro mundo, pero quiso ver su reacción, necesitaba saber si él también podía llegar a ponerse celoso. Damyan se echó hacia atrás y cruzó los brazos. Ya llevaban varias cervezas y el alcohol, hacía algo de efecto en ambos.

—¿Le has vuelto a ver? ¿Hace cuánto de aquello? —su tono ahora sonaba más serio y grave.

—Hace dos años aproximadamente. ¿Te molestaría que siguiera hablando con él?

Damyan se apoyó en la mesa y con una mano cogió el taburete de Tara y lo acercó más a él.

—¿Lo haces?

—No, pero podría volver a llamarle —le dijo con una sonrisa.

—¿Para qué? ¿Para tener buen sexo?

Él no se reía.

—¿Estás celoso?

—¿De quién, de él? —se acercó demasiado a su rostro y apoyó una de las manos en su muslo desnudo—. No, nena, él nunca te hará vibrar como lo hago yo.

Deslizó la mano por debajo de su falda. Tara le agarró frenándole.

—Para.

—Aparta la mano —su voz sonaba ronca y profunda.

Un escalofrío la sorprendió, el tono que empleaba, la mirada pecaminosa y la promesa de su caricia la hizo arder.

—Damyan, aquí no.

—Suelta mi mano Tara, quiero tocarte y voy a hacerlo.

—Alguien puede vernos.

—No, estamos ocultos, hay mucha gente, no se ve lo que ocurre debajo de la mesa, y si lo hacen..., que disfruten viendo cómo te toco, que envidien lo que se están perdiendo porque eres mía Tara, mía. Aparta la mano —le ordenó de nuevo.

Sentía los dedos ardiendo en su piel, su mirada penetrante y sensual, el alcohol hacía que se sintiese más libre. Había decidido que quería disfrutar con él todo lo que pudiera, y lo haría. Levantó la mano dándole permiso a continuar.

—Voy a apartar el tanga con mis dedos y vas a disfrutar de ellos.

—Te equivocas en algo.

Damyan levantó una ceja mientras seguía deslizando la mano hasta su sexo. Cuando llegó a él se revolvió inquieto en la silla.

—Joder Tara... no llevas bragas.

—No, quería sorprenderte.

—Pues lo has conseguido —la tocó con la yema de los dedos acariciando sus labios—. Mierda... ya estás húmeda para mí—. Murmuró.

Tara gimió por el roce de los dedos en sus partes íntimas. Miró a la gente para ver si los observaban, afortunadamente nadie los miraba. Él se acercó a su oreja y rozó los labios en su piel.

—Voy a meterte los dedos Tara, querrás gritar, pero no podrás —ella intentó tocar su erección—. No, ni hablar, soy capaz de correrme solo con que me roces, saber que no tienes nada debajo de ese vestido me está poniendo a mil.

La besó en el cuello, Tara apenas podía hablar, ahora la atormentaba tocándole el clítoris. Tenía ganas de gritar, de salir de allí con él para que la hiciera suya. Se estaba volviendo loca, la gente a su alrededor, él tocándola y sin poder moverse, tenía que aparentar que simplemente la estaba besando.

—Abre más las piernas —le ordenó.

Ella obedeció y cerró los ojos cuando sintió que introducía despacio uno de sus dedos.

—Espera Damyan, no puedo —dijo jadeando.

—Sí, nena, claro que puedes, te vas a correr delante de todo el mundo y nadie lo sabrá, tendrás que mantenerte callada.

—No voy a poder...

—Lo harás.

Metió otro dedo en su vagina y bombeó cada vez más rápido, con el dedo pulgar tocó su clítoris y Tara apretó con fuerza el brazo masculino.

—Damyan... —susurró excitada.

—Córrete, preciosa.

—No pue... —él agarró su cuello y la besó intensamente, en ese momento los gemidos se

ahogaron en su boca.

La explosión había sido tremenda, placentera y bestial. Miró sus ojos y vio la lujuria contenida en ellos, estaba muy excitado.

—Nos vamos. Iremos a bailar y luego te llevaré a mi cama y te follaré hasta que no puedas andar. Te lo prometo Tara.

CAPÍTULO 17

Gael iba andando por la calle con la capucha puesta, las manos en los bolsillos y concentrado en su plan. Estaba cansado de estar en casa de Melinda, no quería esperar más, necesitaba ver a Ariadna, a Tara, como demonios se llamase ahora. Iba a deshacerse de ella, luego escaparía, se iría lejos, a algún país en el que nadie pudiera encontrarlo. Todavía tenía que esperar, era arriesgado atacarla, seguía estando muy vigilada y, a él, aún le perseguían, lo mejor era dejar que se enfriara un poco todo. Buscaría algún negocio sucio para ganar dinero rápido y así rehacer su vida. Sería difícil, ya que Igor también seguía sus pasos, era poderoso, y aunque no fuera una organización criminal muy grande, sabía manejar muy bien sus negocios. Él si le daba miedo, sabía que si lo encontraba lo mataría.

Se había prometido a sí mismo, que antes de tomar ninguna decisión y desaparecer, ella debía morir. No paraba de pensar en aquella mujer de forma obsesiva, deseaba ver la tensión en su rostro, el miedo, el momento exacto en el que perdía la vida. Quería hacerla sufrir y ya sabía cómo.

Subió las escaleras del portal, se sentía cansado, no quería volver a encerrarse entre aquellas cuatro paredes, había ido a dar una vuelta a la manzana, se estaba volviendo loco allí dentro. El ambiente en aquel apartamento lo agobiaba, aquella prostituta no hacía más que intentar complacerle, sabía que sentía asco cuando la tocaba, pero aun así se entregaba de forma sumisa y obediente.

Justo cuando iba a girar hacia la izquierda, donde estaba la puerta del apartamento de Melinda, los vio. Había dos hombres grandes y fornidos haciendo guardia. Gael se escondió justo a tiempo, antes de que lo descubrieran. «Mierda», pensó. Escuchó los gritos de una mujer, estaban golpeando a Melinda para sacarle información. Eran los hombres de Igor, lo habían encontrado. Sin hacer ruido, bajó corriendo las escaleras.

En ningún momento se le pasó por la cabeza ayudarla, seguramente la matarían, pero le daba lo mismo. Sería una persona más que había utilizado en su vida, sólo pensaba en sí mismo y así seguiría siendo, era lo mejor. Todo se había complicado y tendría que llevar a cabo su plan mucho antes de lo planeado.

Igor colgó el teléfono muy cabreado, la muy puta no había dicho nada importante. Sus hombres llevaban varias horas en el apartamento y ni rastro de Gael. Quizá se había dado cuenta de que estaban allí. Se encendió un cigarrillo y miró por la ventana de su despacho. Pensó que eran todos una panda de inútiles. Al estar en busca y captura, debía tener mucho cuidado de que no lo encontrarán, por lo que tenía que mantenerse alejado y dejar que otros hicieran ese trabajo. Era algo personal y mantenerse apartado cada día le cabreaba más. La ironía es que tanto él como

Gael estaban siendo perseguidos, pero una cosa tenía clara, él lo encontraría antes y lo despellejaría vivo.

En algún momento cometería un error, estaba claro que su intención era ir a por Tara. Gael quizá sospechaba que él también la tenía en el punto de mira, pero lo que no podía imaginar, es que en cuanto se pusiera en contacto con ella, le tenderían una trampa. Era una mujer valiente, con carácter, le caía bien, aunque eso no iba a impedir que sintiera el más mínimo remordimiento por matarla.

Damyan y Tara estaban en una discoteca en el centro de Madrid. Tomaban algo y hablaban en uno de los sillones que disponía el local. No había vuelto a tocarla, si lo hacía la poseería allí mismo, delante de quien fuera. Deseaba con todas sus fuerzas llegar a su casa y hacerla suya. En ese momento sonó una nueva canción y Tara se levantó disparada, lo cogió de la mano y lo arrastró a la pista.

—Me encanta esta canción.

Él se apartó y la dejó bailar. Se la veía relajada y a gusto, estaba logrando que se olvidase de todo. Es lo que quería, que disfrutara un poco, que se relajase, ya que todo a su alrededor era demasiado caótico. Admiraba su fortaleza, no se quejaba, no le decía el miedo que sentía por saber que Gael estaba suelto y podía ir tras ella. Era una mujer fascinante e independiente. Para él no era un simple capricho, no solo era sexo, tenía sensaciones mucho más fuertes, pero le daba miedo nombrar esa palabra. No sabía si era bueno sentir todo aquello, con Tara, siempre tenía la sensación de que iba a desaparecer de su vida y no volvería a verla.

Apoyado en la columna de la pista de baile, observaba el sensual movimiento de sus caderas al ritmo de la música. La canción era sexy e insinuante, tanto como lo era ella. No podía apartar los ojos de su cuerpo. Se acariciaba a sí misma de forma inconsciente a la vez que bailaba y, no pudo evitar pensar, que le gustaría convertirse en sus dedos para poder deslizarlos por la estrecha cintura y sentir el calor de su piel.

Tara vio cómo Damyan bebía el último trago del botellín de cerveza, observó subir y bajar la nuez de su cuello mientras tragaba. No dejaba de sorprenderla, era demasiado atractivo, conseguía que quisiera más de él. Dejó el botellín en una pequeña mesa que estaba a su lado y clavó de nuevo los profundos ojos oscuros en ella. Tara no desvió la mirada, todo lo contrario, le observó de forma sugerente mientras se contoneaba provocándolo. Y lo consiguió.

En la mirada femenina, vio una clara invitación a que se acercara y así lo hizo. Si antes estaba algo excitado, ahora sentía la incómoda erección presionando sus pantalones. Sonó otra canción, esta vez más lenta. Llegó hasta ella y una tentadora sonrisa se dibujó en su rostro. La agarró por la cintura a la vez que la giraba y el simple toque contra su piel le tensó. El olor a vainilla de su

pelo, le atravesó aumentando el latido de su corazón. Se acercó a su oído y le susurró con voz ronca y sensual:

—Hace tiempo te hice una promesa que no he cumplido todavía.

—No lo recuerdo.

—Te dije que te llevaría a mi casa y suplicarías.

Ella se dio la vuelta y lo miró a la vez que le agarraba del cuello, seguía moviéndose al ritmo lento de la música.

—No será tan fácil —dijo Tara.

Él no contestó, se limitó a sonreír con una mirada maliciosa y muy seguro de sí mismo, Tara se inquietó. Si era sincera, no sería la primera vez que se dejaba llevar por sus caricias estando completamente a su merced, pero también le gustaba jugar con él, llevarlo al extremo.

—Lo sé, pero caerás. Te debo una por lo que hiciste el otro día en el gimnasio.

—No lo superarás.

—¿Estás segura?

Damyan rozó el lóbulo de la oreja de Tara haciendo que se estremeciera, deslizó la mano un poco más abajo de la cintura y la presionó contra su erección. Ambos se balanceaban al ritmo de la música. A Tara le excitó la proximidad contra el fuerte tórax, sentía la tibieza de su piel contra ella. Apoyó una mejilla en su rostro, poco a poco iba explorando el cuerpo con los dedos.

—Sí... estoy segura —murmuró.

—Yo creo que no. Tiembles cuando pongo mis manos sobre tu cuerpo —bajó la mano a su culo y lo acarició suavemente a la vez que le rozaba el cuello. La cogió de la barbilla y mordió su labio inferior—. Apuesto lo que quieras a que estás mojada.

Saqueó su boca y la absorbió con un beso profundo e íntimo. Tara gimió, saber que esa noche era de ambos, sin que nada ni nadie los molestase, hacía que se olvidara de todo. Damyan se separó:

—Nos vamos.

No le dio tiempo a replicar, la cogió del brazo y la llevó disparada al coche. Apenas hablaron durante todo el trayecto, estaba tenso y muy excitado. Por fin llegaron, aparcó el coche y cuando iba en el ascensor, la embistió empotrándola contra el espejo, la besó salvajemente sin dejar de tocarla y descubriendo cada rincón de su cuerpo. Tara se sentía completamente aturdida por sus caricias, cuando ella intentaba acariciarle, él le apartaba las manos. Sabía que si él llevaba la iniciativa no podría durar todo lo que quisiera.

Le dio la vuelta y ambos se vieron reflejados en el espejo. Damyan observó el rostro femenino,

sonrosado y con los labios rojos e hinchados por sus besos. Había dejado un rastro en su mandíbula, en el cuello y en su pecho con su incipiente barba de dos días. Le bajó el tirante y le besó el hombro. Ella echó la cabeza hacia atrás y se apoyó en él. Le metió la mano por la parte superior del vestido alcanzando el pecho, notó que no tenía sujetador.

—Lo siento Tara, pero te deseo demasiado.

En ese momento apretó el botón de parada del ascensor y se detuvieron.

—Pero si ya estamos llegando a tu apartamento.

—Lo sé, pero no puedo esperar más.

Le subió el vestido por la cintura y observó en el espejo su sexo totalmente depilado, acarició una de las nalgas, era perfecta. Le bajó bruscamente ambos tirantes y aparecieron ante sus ojos la redondez de sus pechos, con los pezones extremadamente excitados. Cogió uno de ellos y lo apretó con destreza haciendo que fuera una deliciosa tortura.

—No, Damyán... —gimió—. Aquí no...

Ella miraba hacia el suelo, demasiado excitada y casi sin aliento.

—Sí, voy a follarte en el ascensor, hoy harás lo que yo diga. Todo lo que yo te pida... —murmuró cerca de su oreja—. Mira al espejo Tara, quiero que veas cómo te hago mía, cómo te penetro a pelo, sin que nada nos separe.

Obedeció y observó cómo él se desabrochaba el pantalón y se bajaba un poco el bóxer liberando su miembro totalmente erguido y preparado. En ese instante sintió como la invadía con su erección, logró agarrarse a la barra de metal que estaba justo a la altura de la cintura. Tara estaba cada vez más perturbada y agitada por lo que veía.

Él la agarraba por la cintura con ambas manos y sin ninguna contemplación comenzó a moverse de forma dura y rápida, las embestidas eran profundas y a Tara le temblaban las piernas de las excitantes sacudidas que recibía. Creyó que moriría de placer en ese instante. Él jadeaba y ella gemía.

—¿Te gusta lo que ves Tara?

—Sí... por favor...—murmuró.

—Dime qué quieres.

Ella se quedó callada y él paró.

—No, no pares.

—Dime lo que quieres.

—Haz que me libere.

Volvió a embestirla de nuevo.

—Pídemelo.

—Por favor...

—¿Quieres correrte?

—Sí —jadeó cada vez más fuerte—. Sí, por favor.

—Bien, primera súplica —sonrió—. Quedan unas cuantas más.

Le tocó el clítoris, lo masajeó y le mordió el hombro suavemente. Salió y entró en ella varias veces con un fuerte movimiento de cadera y Tara gritó con la explosión del orgasmo, Damyan la siguió y ambos jadearon extasiados. Salió de ella y sintió el semen cálido bajando por el muslo. Él sacó un pañuelo que tenía en el bolsillo y la limpió. Le bajó la falda y le subió los tirantes por los hombros, le dio la vuelta y la besó dulcemente. Volvió a pulsar el botón y el ascensor volvió a funcionar.

—Esto sólo acaba de empezar —dijo acariciándole el pelo.

Entraron en el apartamento, Tara dejó el bolso en el sofá. Damyan la cogió de la mano y la llevó al dormitorio. Él se tumbó en la cama, mientras ella estaba de pie junto a él. Se quitó la camiseta.

—Desnúdate —ordenó con voz ronca.

Obedeció y se bajó el tirante del vestido sin dejar de mirarlo, Damyan se desabrochó el pantalón y agarró su erección, ya estaba excitado de nuevo. La masajeó entre sus dedos y entrecerró los ojos. Vio que se bajaba el otro tirante, y despacio bajó el vestido. Tara llegó hasta la cadera y contoneándose lo deslizó hasta que lo dejó caer al suelo.

—Ven aquí —dijo él.

Se acercó y apoyó una rodilla en la cama, después la otra. Anduvo como una leona aproximándose a su presa, pero la cogió y le dio la vuelta colocándose encima.

La besó y después volvió a mirarla. Tara vio que la penetraba con la mirada, pero esta vez era distinto, tenía una expresión en su rostro que no sabía descifrar, estaba serio y concentrado. Ya no la tocaba, podía sentir la erección en el vientre, por lo que seguía excitado, pero seguía serio.

—El otro día por teléfono iba a decirte algo, pero he preferido esperar.

La cabeza de Tara dio vueltas y la inquietud se instaló en su interior. ¿Sabía lo de Igor? No podía ser, solo le habló una vez de él, por lo que ni se acordaría que existía, o a lo mejor es que ya no quería estar más con ella. Dudaba que fuese eso, se lo estaban pasando muy bien durante toda la noche, no era lógico que ahora le dijese que no quería saber nada, a no ser que fuera a darle un ultimátum para que se quedara con él.

Damyan vio algo de nerviosismo en su rostro.

—No te asustes.

Acarició su mejilla con los nudillos, la tocaba con extremada delicadeza. Y de pronto le dijo algo que la estremeció de los pies a la cabeza:

—Te quiero, Tara.

Se quedó paralizada, y sin pensar, soltó lo primero que se le pasó por la cabeza:

—¡Mierda! —blasfemó a la vez que le apartaba de un empujón y se levantaba de la cama como un vendaval.

—¿Cómo? —Damyan se quedó mirándola confundido. Tara se tocó el pecho, no podía respirar —. ¿Qué ocurre?

No podía estar pasándole aquello, el aire no llegaba a sus pulmones. El corazón bombeaba demasiado rápido en su pecho.

—Lo siento, yo... tengo que irme.

Damyan vio que se ponía rápidamente el vestido e intentaba alejarse a toda prisa.

—¿En serio? ¿Te vas a ir así? No me lo puedo creer.

Tara vio el dolor en sus ojos, se había abierto a ella, pero lo único que quería era huir, no podía seguir allí. En ese momento, Tara escuchó una llamada en el móvil que se encontraba en el salón. Fue corriendo hacia allí, era el teléfono de Igor. «Ahora no, por favor, ahora no», pensó nerviosa. No le quedaba otro remedio que coger la llamada, tendría que disimular delante de Damyan. Cuando cogió el móvil, vio que tenía una llamada perdida de él. «Lo que faltaba, ahora estará furioso». No lo había oído.

—¿Sí?

—¿Por qué no has cogido el teléfono antes?

—Lo siento, no lo he escuchado.

—Que sea la última vez.

El tono amenazante la puso más nerviosa de lo que ya estaba.

—De acuerdo. No hay novedades —quería colgar cuanto antes.

—¿Dónde estás?

Tara se dio la vuelta y vio a Damyan apoyado en la pared con los brazos cruzados, no dejaba de observarla. No se atrevió a seguir hablando, no podía decirle donde estaba.

—¿Estás con él?

—Sí.

—Te dije que te dejaras ver por tu casa, quiero que estés allí el mayor tiempo posible.

—No puedo estar encerrada todo el día —dijo molesta.

—Oh, sí, claro que puedes, si yo te lo digo lo harás. Deshazte de él y te vas.

—Esta noche no.

—¿Cómo has dicho?

Tara no podía decir libremente lo que quería, no solo porque Igor podía ir a su casa y meterle dos tiros en la frente, sino también porque Damyan estaba allí y cualquier cosa que dijese podría sospechar.

—Lo que has oído, hoy no... solo te pido esta noche.

Hubo silencio en la línea de teléfono. El corazón de Tara retumbaba violento y tan rápido que creía que iba a explotar. Escuchó que Igor colgaba. No sabía si eso significaba que él estaba de acuerdo o no. No entendía por qué había insistido tanto, tenía pensado irse de allí en cuanto terminase esa conversación. Lo que le había dicho Damyan, trastocó todo su interior, necesitaba tomar el aire.

—¿Quién era? —la voz tronó detrás de su espalda.

No se atrevió a darse la vuelta, fue hacia el sillón donde había dejado el bolso, lo cogió a la vez que le contestaba.

—Sonia.

Damyan se acercó, la agarró de un brazo y la obligó a mirarlo.

—No me mientas Tara, he escuchado su voz y era un hombre.

—¡Está bien! —gritó zafándose de su mano—. Era un compañero de trabajo.

—¡Soy un gilipollas!, ¿te estás viendo con otro? —se llevó las manos a la cabeza.

—¡No!

—¿Y por qué me has mentado? No lo entiendo.

—Yo...

—¿Te estoy agobiando como tu antiguo novio?

—¡Claro que no!

—Entonces dime, ¿qué ocurre?

Tara pensó en contárselo, ansiaba hacerlo, desahogarse con él, explicarle que no podía escapar de Gael y de Igor, que quería quedarse todas las noches a su lado, pero por otro lado sabía que si lo hacía no la dejaría salir de allí. La obligaría a quedarse en su casa y eso no se lo podía permitir, Igor no se lo consentiría. Además, podría ponerlo en peligro, más de lo que ya estaba. Se le veía muy enfadado, por lo que no le valdría cualquier explicación. ¿Qué debía hacer?

CAPÍTULO 18

Damyan seguía mirándola, esperando una respuesta. Sabía que estaba furioso, lo más sencillo sería contárselo, egoístamente se quitaría un peso de encima y así podría apoyarse en él. Es lo que más deseaba en ese momento, hablar con alguien de todo lo que ocurría a su alrededor, pero tenía que pensar en su seguridad. Si se callaba, Damyan no lo entendería, pensaría que ella no sentía nada por él, pero no podía ponerlo en peligro, era demasiado impulsivo. Estaba segura de que movería cielo y tierra para localizar a Igor, Gael o a quien fuera que la estuviera amenazando con tal de protegerla. Lo primero que haría sería llamar a la policía contándole todo lo que ocurría.

Una cosa tenía clara; no quería continuar con las mentiras, así que hizo lo único que creía que era correcto:

—Lo siento, pero no sigas preguntándome o tendré que volver a mentirte y no lo soporto.

Damyan le dio la espalda, fue hacia el sillón y se sentó. Apoyó los codos en las rodillas y sujetó la cabeza con ambas manos. Tara no sabía qué hacer, no podía ni moverse, quería acercarse y reconfortarlo, explicarle que no estaba viendo a nadie más, no quería perderlo. Respiró profundamente y, decidida, fue a sentarse a su lado. Le acarició la cabeza. Se miraron fijamente, no hacía falta hablar. Ella le suplicaba que lo entendiera, él la recriminaba que no fuera honesta. Tara rompió el silencio:

—Sé que te pido demasiado, pero necesito que confíes en mí. No es lo que tú te crees. No hay nadie en mi vida que no seas tú.

—Necesito que no haya más secretos entre nosotros —le dijo con tono serio y tenso—. Cuando creo que me has contado todo, siempre siento que hay algo que nos separa, que me ocultas cosas. Podría apoyarte, ser tu compañero en todo lo que te ocurre, pero no me dejas.

—Lo siento, de verdad —se levantó para irse, no iba a conseguir que entrara en razón. Damyan la siguió y se colocó detrás de su espalda, abrazándola.

—Lo que te he dicho en la habitación iba en serio —murmuró cerca de su oreja.

—No, por favor, no sigas por ahí.

Damyan creía saber qué es lo que le ocurría, desde que le contó su pasado, intuía que había algo que no se había confesado ni a sí misma.

—¿Por qué no permites que se te acerque la gente? ¿Por qué pones una coraza? Y no me digas que es porque crees que los pones en peligro. No me lo creo, hace tiempo, cuando Gael estaba en coma, podrías haber rehecho tu vida de alguna forma y no lo hiciste.

Tara se dio la vuelta y se enfrentó a él.

—¿Qué quieres decir?

—Podías haber ido a otro sitio que no fuera Madrid, lejos de aquí, pero volviste. ¿Por qué?
Lo miro confundida.

—Me negaba a no poder hacer lo que quería y necesitaba volver aquí.

—Sí, sin embargo, eso no te parecía tan peligroso, pero tener gente en tu vida sí.
No sabía a donde quería ir a parar, pero se sentía angustiada, quería irse de allí.

—Me voy.

—Huyes, como siempre —la cogió de la muñeca y la aproximó a su cuerpo—. Esta vez no te irás, ni lo sueñes. Vas a quedarte conmigo esta noche, si tengo que atarte a mi cama lo haré. Hoy no habrá ninguna excusa.

—¿Te crees mi dueño para decirme lo que puedo y no puedo hacer? Estoy cansada de los hombres y sus órdenes.

Quería gritar, desaparecer, no aguantaba más todo aquello.

—No desvíes el tema ¿Por qué te has puesto así al decirte lo que siento?

—No lo sé. ¡Suéltame! —forcejeó, pero él seguía abrazándola, manteniendo las manos por detrás de la espalda para que no pudiera moverse.

—¿Qué sientes por mí?

—Eso no importa.

—¿Por qué? ¿Acaso tú no importas? ¿Eso es lo que quieres decir?

—No puedo permitirme sentir nada por nadie.

Él entrecerró lo ojos.

—¿Ah no?

—¡No! ¡Suéltame!

—¿Crees que no lo mereces?

En ese momento Damyan la soltó y ella se quedó paralizada. La rabia y algo que no sabía definir nacieron en el pecho de Tara y explotó:

—¡No! ¡No lo merezco!

—Así que decidiste quedarte sola para siempre, apartas a la gente que puede llegar a quererte porque crees que es eso lo que te mereces.

Se quedó callada, y a los pocos segundos, continuó con apenas un hilo de voz:

—No salí de aquel escondite, debería haberlo hecho, quizá todavía estaría vivo... Me querían a mí, no a mi tío —Tara se dio cuenta que las lágrimas caían por rostro. Damyan se acercó, la

acarició con el pulgar haciendo desaparecer una pequeña gota de su mejilla—. Tenía que haber salido a ayudarlo.

La mirada de Tara se perdía en el pasado, la culpa se reflejaba en sus ojos y el dolor en su rostro.

—No habría cambiado nada —la abrazó con fuerza y ella correspondió a su abrazo sin parar de llorar—. Si lo hubieras hecho, el resultado habría sido el mismo, tu tío no habría permitido que te llevaran lejos.

—Nunca lo sabré —sollozó en su pecho.

—No te engañes, conoces a Gael y sabes que no le habría dejado vivo —le acarició la cabeza consolándola—. Debes permitirte que la gente que te quiere se acerque a ti, que te cuide.

Nunca se había dado cuenta de que durante todos aquellos años se sentía inmensamente culpable por la muerte de su tío. Se había puesto una venda en los ojos ocultando cualquier rastro de remordimientos en su corazón, impidiéndoles salir. Solo con escuchar aquellas palabras en los labios de Damyan, casi le da un ataque de pánico, no entendía el motivo..., hasta ahora.

Cuando su tío le dijo que se escondiera, la miró con ojos vidriosos y pronunció esas dos palabras sabiendo que iba a morir. Nunca le contestó, no le dijo lo mucho que significaba para ella. No salió a defenderle, a protegerle. No, no quería volver a escuchar aquello en los labios de nadie, ni siquiera de Damyan.

—Dio su vida por mí...

—Lo sé.

—Es lo último que dijo mi tío. “Te quiero”, y después, murió.

—Mírame —ella lo hizo—. Estoy aquí Tara, y no voy a ir a ningún sitio.

La besó y la cogió en brazos llevándola al dormitorio. La dejó en la cama mientras que él permanecía de pie. Despacio, fue desabrochándose el pantalón sin dejar de mirarla.

—¿Qué haces? —preguntó confusa.

—Quizá no quieras escuchar esas dos palabras, pero te las voy a grabar en la piel con mis caricias, vas a percibir todo lo que hay detrás de ellas. Quiero traspasar tus barreras hasta lograr demostrarte lo que siento por ti.

—No, Damyan, no puedo.

—Solo voy a besarte, si no quieres no haremos el amor.

—No es eso...

No le hizo caso, y desnudo, se metió en la cama junto a ella. Le quitó el vestido y observó que

Tara estaba más vulnerable que nunca, mucho más que cuando le contó su pasado. Introdujo una mano por su nuca y la besó. Tara percibió aquel beso distinto a los demás, no era urgente ni necesitado, se estaba deleitando con su boca, disfrutando el contacto con su lengua, con los labios. Le permitió acceder y él aprovechó para profundizar más en su interior. Con la otra mano fue bajando por el cuello con una caricia tibia y suave siguiendo hasta su hombro. La estela que dejaba a su paso, hacía que el cuerpo de Tara se despertase y se abrasara. Los dedos descendieron hacia el seno desnudo y lo tocó con extrema ternura. Gimió dentro de su boca. Él se separó, observó el pezón erecto y excitado y se lo metió en la boca. Tara se arqueó.

Su mano resbaló por las costillas, y después, hasta su cadera, prosiguió por la curvatura de la nalga y la bordeó llegando al interior del muslo. No pudo reprimir un gemido, no quería sentir aquello, pero realmente lo percibía más que nunca, como si para él fuera un regalo tener la oportunidad de tocarla. Damyan llevó los labios a uno de sus párpados y lo besó.

—Eres tan especial y no te das cuenta Tara —hizo lo mismo con el otro —eres tan hermosa por fuera como por dentro y decidiste castigarte a ti misma.

—No sigas.

Con la mano que tenía en el muslo llegó hasta su sexo y lo acarició, sintió la humedad entre sus piernas. Él cerró los ojos concentrándose en ese instante.

—Me perteneces Tara, como yo te pertenezco a ti, no me imagino con nadie que no sea contigo —situó el pene en su entrada y lo fue metiendo poco a poco a la vez que Tara echaba la cabeza hacia atrás por la intrusión. El deseo iba en aumento lo mismo que su miedo.

—¿Por qué me haces esto? —dijo Tara entre jadeos.

—Mírame —ordenó de nuevo.

Ella lo hizo, sus ojos oscuros le hablaban y la decían tanto que volvió a sentir la opresión en el pecho, las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos. Él fue penetrándola despacio, hasta que no pudo hacerlo más, estaban totalmente unidos, sentía la calidez de su envergadura en su interior. Se fue moviendo despacio, saliendo y entrando a la vez que su cuerpo se consumía.

—Te quiero, Tara.

—No, Damyan, por favor...

Ella apartó la mirada —cada vez que le decía aquellas palabras, el corazón le retumbaba más fuerte.

—Vuelve a mirarme.

—No puedo.

—Hazlo.

Le obedeció a la vez que seguía entrando en ella, no sólo la penetraba con su miembro, la penetraba con sus caricias, la penetraba con su mirada anclándose en su alma. No había marcha atrás, la coraza que tenía se estaba desmoronando, se había infiltrado tan dentro que no tenía escapatoria. La vulnerabilidad se hacía más patente y letal en ella. Ya no podría sobrevivir sin sus caricias, sin esos ojos que la consumían, ya no sería capaz de vivir sin él.

—Dime que me sientes —la presionó Damyan. Ella asintió con la cabeza—. Dímelo —insistió.

—Sí, pero yo...

Antes de que ella pudiera decir nada la besó invadiendo su boca y la devoró lentamente, se fundieron el uno con el otro. Los movimientos se hicieron cada vez más rápidos y la cadera de Damyan la embistió con más fuerza, la respiración de ambos se agitaba. Sentía el grande y masculino cuerpo sobre ella, acarició su espalda bajando hasta su culo, lo apretó, necesitaba sentirlo de forma más profunda. Él besaba su cuello. Estaba cerca de llegar al éxtasis. Escuchaba los jadeos de él en su oreja. Volvió a arremeter contra ella una vez más y clavando sus ojos en ella le aseguró algo:

—No voy a dejar de decírtelo —confesó entre gemidos—. Te...quiero...

En ese momento llegaron al clímax, juntos. Tara sintió el placer creciendo desde los pies hasta la cabeza finalizando en su pecho. Fue tan intenso que creía que se desmayaría. Él acarició su cara y, despacio, salió de ella tumbándose a su lado.

—¿A qué no te has dado cuenta de una cosa? —preguntó Damyan a la vez que sonreía.

—¿Qué?

—Esta es la primera vez que lo hacemos en una cama.

Ambos comenzaron a reírse. La acercó a su pecho y la abrazó, entrelazaron las piernas el uno con el otro. Tara se fue quedando dormida, sentía la calidez de ese cuerpo que la protegía, que la envolvía entre sus brazos, logró que su cuerpo se relajase y se dejó llevar.

Gael consiguió entrar en el apartamento sin que pareciera que había forzado la puerta. Al entrar todo estaba muy oscuro. Sabía que ella todavía no había vuelto, llevaba un tiempo esperando y las luces no estaban encendidas. Dio una vuelta por el piso, no quería tocar nada para que no sospechase que alguien había entrado en su ausencia. De pronto se tropezó con algo en el suelo, parecía una caja, dio unos pasos más y se dio con algo que no logró distinguir. Pensó que esa mujer era un desastre y que tenía todo tirado. Avanzó rozando las paredes con la mano para que le hicieran de guía y entró en una amplia habitación, parecía el salón. Se empezaba a acostumbrar a la oscuridad que lo envolvía y, poco a poco, fue siendo capaz de distinguir el sofá, el mueble. Se acercó al centro y vio que todavía tenía restos del almuerzo en la mesa. Varias revistas se encontraban tiradas en el suelo. No había duda, la casa era una oda al desorden.

Se sentó en el sofá. Estaba excitado, hacía mucho tiempo que no se sentía tan vivo, en el fondo tenía que admitir que disfrutaba haciendo daño a los demás. Deseaba que llegase ya, y ver su cara de sorpresa al encontrarlo allí. Se puso nervioso de pensarlo, por lo que se levantó y decidió ir al dormitorio. Es donde quería atacarla.

El piso no era muy grande, había otra habitación más y el cuarto principal. Entró y observó que tenía un armario con tres puertas, lo abrió encontrando todo revuelto, no se distinguía bien, pero parecía que eran chaquetas, pantalones, faldas, todo mezclado. Abrió la otra puerta y estaba algo más ordenado, es donde colgaba los vestidos. Decidió que se escondería allí, era alargado y cabía bien, un poco justo, pero entraba.

Por el momento se quedaría sentado en el suelo, cuando escuchase que llegaba se metería en el armario y, llegado el momento, la atacaría.

Damyan se despertó en mitad de la noche y fue a abrazarla, deslizó la mano por la cama, pero estaba vacía. La llamó varias veces sin obtener respuesta. Se levantó y fue al baño, después se acercó a la cocina pero no había nadie. En el sofá del salón vio que no estaba el bolso. Se había ido. No había conocido a una mujer tan testaruda como ella en toda su vida. Irse así, de madrugada y sola, con el loco que la estaba persiguiendo hizo que le provocara una mezcla de miedo y rabia.

Pensó en llamarla, pero prefirió irse a la cama. La dejaría hoy para que pensase en todo lo que habían hablado y mañana contactaría con ella de nuevo. No pudo evitar sentirse inquieto con la llamada que Tara recibió por la noche. Si antes intuía que le ocultaba algo, ahora estaba completamente seguro.

Entró en casa, no pensó que llegaría tan tarde, estaba reventada, el día había sido tremendamente duro. Dejó las llaves en el cuenco de la entrada y fue al frigorífico a beber algo de agua. No encendió la luz, se cambiaría y se iría derecha a la cama. Se fue al dormitorio y cogió el pijama que tenía debajo de la almohada. Se sentó en el mullido colchón y se quitó las sandalias masajeándose los pies, los tenía doloridos.

Se quitó el resto de la ropa y la tiró al suelo, se puso el pijama, fue hacia el baño y se lavó la cara quitándose el maquillaje. Se estaba cepillando los dientes cuando escuchó un ruido en el dormitorio, en ese momento se quedó quieta agudizando el oído. No volvió a oír nada. Terminó de cepillarse los dientes y apagó la luz.

Por fin estaba en la cama, se arropó con el edredón. Parecía que había vuelto a escuchar algo, juraría que era la puerta del armario. Pensó que quizá era el aire. Intentaba agudizar más la vista ya que por las ranuras de la persiana entraba algo de luz, de repente se quedó petrificada; delante de ella creía distinguir la figura de un hombre. Enfocó mejor y lo vio con más nitidez. A su lado

había un hombre que la estaba mirando, el corazón bombeó rápido contra su pecho, una extraña sensación de picor y sudor fue hasta las puntas de sus manos. No sabía que hacer.

Sin previo aviso y, como si el hombre supiera que lo había visto, se abalanzó sobre ella. Salió disparada por el otro lado de la cama, él intentó cogerla, pero pudo huir saliendo de la habitación. Fue corriendo por el pasillo, iría a la cocina a coger algún cuchillo para defenderse, sería inútil ir hacia la entrada, había cerrado con llave y no las dejaba puestas en la puerta por lo que no le daría tiempo a abrirla. Escuchó que la seguía, la respiración fuerte y agitada de aquel hombre retumbaba detrás de su espalda. No le dio tiempo a llegar a la cocina, la agarró por el pelo, ella le dio un codazo, resbalaron y ambos cayeron al suelo.

—¡Estate quieta! —dijo en señal de protesta.

No podía hablar, lo único que quería era liberarse del agarre de esas manos, esta vez le dio una patada en la espinilla consiguiendo que él la soltara. Se levantó intentando alcanzar la cocina para coger algo y defenderse. Logró su objetivo, abrió uno de los cajones y cogió un cuchillo, se dio la vuelta y allí estaba, mirándola de una forma tan calmada que le hizo inquietarse aún más.

—¡Déjeme! ¡Váyase de aquí!

—Ni lo sueñes querida —se acercaba lentamente a la vez que se reflejaba una siniestra sonrisa en los labios.

—No se acerque, le juro que si se lo hace se lo clavaré.

—Lo dudo.

—Hablo en serio.

—Yo también —no la hizo caso y siguió andando hacia ella.

—¿Qué es lo que quiere?

—Esa es una pregunta muy fácil de contestar —en ese momento se detuvo.

Le miró extrañada, aquel hombre le daba un miedo horrible, su rostro reflejaba un odio y una ira inmensa.

—Por favor... —suplicó desesperada, las lágrimas caían por su rostro—. Váyase, no tengo nada de valor.

—Te equivocas, eres muy valiosa para mí. Gracias a ti lograré que Tara venga a rescatarte, al fin y al cabo, eres su mejor amiga...

CAPÍTULO 19

Damyan iba conduciendo de camino a casa de sus padres, después de trabajar había quedado para comer con ellos y su hermana. Se sentía algo decaído, la noche anterior al despertarse y ver que Tara se había ido, le costó mucho volver a conciliar el sueño. Millones de pensamientos le venían a la cabeza y todos le llevaban a la misma y fatídica conclusión. No tenían ningún futuro juntos.

Sabía que ella lo estaba intentando, se esforzaba, pero quizá nunca podría librarse de sus fantasmas. Tara le envió un mensaje a primera hora, le pedía perdón y le decía que se había tenido que ir porque al día siguiente tenía que trabajar y necesitaba descansar un poco. No era del todo cierto y Damyan lo sabía. Vio el miedo y la confusión en sus ojos cuando le hacía el amor.

Quizá para ella era muy duro escucharle decir aquello, pero él mismo se sorprendió. Nunca se lo había dicho a nadie. En el pasado no encontró a alguien que le hiciera sentir lo que Tara le despertaba. No se arrepentía, aunque reconocía que no quería pensar mucho en todo aquello. Tenía una sensación extraña, como si algo no fuera a salir bien.

Aparcó en frente del chalet de sus padres. Les había costado mucho esfuerzo llegar a tener aquella casa. Tenían un negocio familiar, una papelería con librería y prensa. Trabajan de lunes a domingo sin descanso. Recordaba cómo su hermana y él ayudaban a sus padres después del colegio. Fueron tiempos muy duros, su padre iba a buscar material, no paraba de buscar clientes, mientras que su madre estaba desde la madrugada hasta por la tarde-noche atendiendo la tienda.

Con los años, todo ese esfuerzo se vio recompensado. Pudieron comprar aquella casa. El barrio donde vivían antes era peligroso y su madre estaba deseando salir de allí. Se alegraba mucho de verlos tranquilos y, por fin, jubilados. Llamó a la puerta y su madre le abrió la puerta mostrándole una inmensa sonrisa.

—Ay mi niño —se fundieron en un abrazo—. Tenía muchas ganas de verte.

Le encantaba abrazarla, parecía volver atrás en el tiempo y se sentía protegido, como si nada malo pudiera ocurrirle estando entre sus brazos. Siempre le había proporcionado paz y tranquilidad. Ahora él es el que tenía que protegerlos, ya se estaban haciendo mayores y sentía un gran instinto de protección hacia ellos. Damyan vio que su madre miraba hacia el coche.

—¿Qué buscas?

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó extrañado.

—Quien va a ser, Tara. No te perdono que la conozcan todos menos yo —Damyan puso los ojos en blanco y su madre le cogió del brazo y lo llevó dentro—. Este fin de semana venís a cenar.

—Mamá, tenemos mucho trabajo, no sé si podremos.

—Claro que podréis, no me pongas excusas.

Entraron en el amplio salón, tenían la misma decoración que hacía años. Con una “*boiserie*” en color nogal, los sillones de color crema, con un toque sobrio y antiguo. Aun así, era acogedor gracias a la chimenea y los colores cálidos de las cortinas.

Paula se acercó con su padre y ambos parecían buscar a alguien.

—¿Y Tara? —preguntó su hermana.

—Será posible —dijo Damyan molesto—. No dije en ningún momento que vendría con ella.

—Pobrecilla, seguro que ya la has echado a patadas de tu vida.

Pensó que lo mejor sería no sacar de su error a Paula, pero vio la cara de lástima que ponía su madre.

—No, no es eso, pero hoy está trabajando y ella sale más tarde.

Se sentaron todos en la mesa.

—¿En qué trabaja? —preguntó su padre.

Damyan supo que no iban a hablar de otra cosa que no fuera de Tara.

—Es mecánico.

—Qué barbaridad —dijo su madre sorprendida.

—No sé de qué te asombras. Seguro es que es una mujer fuerte e independiente —contestó su padre.

—Mama, ¿qué tal te encuentras? ¿Te estás tomando la medicación que te mandaron? —necesitaba cambiar de tema.

—Sí, hijo, estoy muchísimo mejor con las nuevas pastillas.

Salieron a la terraza y pusieron la mesa al aire libre. Había paella para comer, uno de los platos más ricos que hacía su padre. Cocinaba incluso mejor que su madre. Después de marearle con varias preguntas más sobre Tara, se quedaron satisfechos. Sus padres se fueron a echar la siesta y su hermana y él se quedaron tomando café en la terraza. Se sentaron en un columpio alargado, era muy cómodo con una funda acolchada de color verde pistacho.

Llevaban unos minutos en completo silencio, miró a Paula y ella le observaba muy seria.

—¿Qué te ocurre hermanito?

—¿Por qué lo dices?

—Es raro verte tan callado, no te estás metiendo conmigo y eso sí que es extraño —le dijo con una leve sonrisa.

Damyan dejó la taza de café en una pequeña mesita y se cruzó de brazos.

—Estoy bien, no es nada.

—¿Es por Tara?

La miró y curvó los labios. Nunca había podido engañarla.

—Es mejor que no te hagas ilusiones con ella. No sé si llegaremos a algo.

—¿Me lo estás diciendo a mí o te lo dices a ti mismo?

Se frotó el cuello. Cada vez estaba más cansado, no quería hablar más de ella, le hacía sentir una angustia extraña en su pecho y no le gustaba esa sensación.

—Es complicado.

—Eso ya me lo dijiste, pero no sé por qué.

—No puedo contártelo. Solo puedo decirte que su pasado fue algo difícil y todavía hay cosas que la persiguen. No sé si será capaz de arriesgarse a tener una relación.

Paula miró al frente, se descalzó y cruzó las piernas.

—¿Dudas que ella sienta lo mismo por ti?

Él lo pensó bien antes de contestar.

—Quizá lo que siente no sea suficiente para dejar sus miedos atrás.

—Te equivocas —dijo a la vez que le observaba muy seria—. Vi cómo te miraba en el hospital. Tenía ese brillo especial en los ojos.

—¿Qué brillo?

—El que se tiene cuando estás enamorado. El mismo brillo que vi en los tuyos cuando ella estaba delante de ti.

Damyan se empezó a reír.

—Que cursi eres, hermanita.

—Sí, sí, tu ríete —le dio un golpecito en el brazo—, pero sabes que tengo razón.

—Ojalá fuera todo tan sencillo como tú lo ves.

—Haz que sea sencillo.

Si ella supiera que un loco estaba persiguiendo a Tara, que había tenido que cambiar su pasado y que su tío había sido asesinado, vería que no todo era tan fácil como ella pensaba.

—Si supieras la paciencia que he tenido...

—¿Paciencia tú?

—Parece increíble, pero así es.

—Pues con mayor motivo. No te rindas Damyan. Nunca te había visto así, es difícil conocer a alguien que te complete en todos los aspectos y ella lo ha conseguido. Si lo único que os separa es su pasado, lucha. Ya no te lo digo solo por ella, sino por ti mismo.

—No lo sé...

—¿Sabes lo difícil que es encontrar a la persona adecuada? Quiero decir que no es fácil dar con alguien que tenga todo lo que necesitas. He conocido a varios chicos, puede que sean guapos, pero a lo mejor son muy creídos o demasiado serios, otros son divertidos, pero después no tengo nada de lo que hablar con ellos, y si no es eso, es que tienen unos valores distintos a los míos.

—Sí, sé de lo que me hablas. Cuando estoy con Tara siento que soy yo mismo, me divierto, quiero estar más tiempo con ella.

—Eso es a lo que me refiero, es complicado encontrarlo.

—¿Y tú qué? —se acercó a ella y la revolvió el pelo—. ¿Eres feliz con Jorge?

—Vaya, ahora te acuerdas de su nombre —Damyan se rio y ella se apoyó en su hombro—. Creo que tienes razón, no duraremos mucho. No encuentro a esa persona que haga que mis ojos brillen.

—La encontrarás. Te mereces a alguien tan especial como tú.

—¿Y Tara es especial?

—Lo suficiente para no rendirse.

—¡Lo sabía! —exclamó entusiasmada a la vez que se incorporaba y le abrazaba.

—Eres una sabionda, ¿eh?

Tara estaba cada vez más cansada, apenas podía dormir. Habían pasado varios días desde aquella noche en la que Damyan le dijo lo que sentía. No se habían vuelto a ver, hablaban por teléfono, pero le notaba algo distante. Seguramente seguía molesto por haberse ido de su casa de esa forma, sin decirle nada y saliendo de su apartamento como una ladrona.

Igor la volvió a llamar por teléfono la noche anterior, no le dijo nada por haberle desobedecido, parecía que se lo había pasado por alto. Como siempre, no pudo decirle nada nuevo. Los policías seguían vigilando su casa, la seguían al trabajo y seguía sin noticias de Gael.

Habló con Carol y ella le animó a que intentara mantener su vida lo más normal posible. Le dijo que estaban haciendo todo lo que podían para encontrarlo, pero que parecía que se lo había tragado la tierra.

Por si no tuviera suficientes problemas, ahora tampoco sabía nada de Sonia. La última vez que hablaron quedaron en que iría a verla al trabajo. Se pasó por el bar y su jefe la dijo que le había llamado diciendo que estaba enferma y que no podría ir. Llevaba varios días sin aparecer por allí. Le resultaba extraño que no la cogiera el teléfono, así que decidió acercarse a su casa.

Estaba subiendo las escaleras del portal de Sonia. La echaba mucho de menos, aunque no se vieran muy a menudo, solían hablar un par de veces a la semana. Cruzó el largo pasillo hasta su puerta y llamó. Nadie contestaba, volvió a insistir.

—¿Sonia? ¿Estás ahí?

No obtenía respuesta. Llamó a su móvil para ver si lo escuchaba dentro de la casa, apoyó la oreja en la puerta y agudizó el oído. Nada. Cuando se iba a apartar creyó escuchar algo. No sabría decir qué, pero tenía una sensación rara. Sintió que alguien estaba al otro lado de aquella puerta. Se alejó y dirigió la mirada hacia la mirilla. Juraría que la estaban observando a través de ese ojo de cristal.

Estaba segura que algo no iba bien. En ese instante se sobresaltó, el vecino de enfrente había abierto la puerta bruscamente. Se quedó mirándola algo extrañado. La saludó y se fue hacia el ascensor. Se tocó el pecho intentado tranquilizarse, le había dado un susto de muerte.

Si Sonia estaba mala, debería estar en casa, pero intentó tranquilizarse pensando que quizá se había ido al médico. No tenía el teléfono de ningún amigo o familiar, por lo que no sabía qué hacer. Finalmente decidió irse de allí. La escribió una nota y se la dejó debajo de la puerta, le pedía que por favor la llamase en cuanto lo leyera.

Habían pasado varias horas desde que vio a Tara detrás de aquella puerta. No podía creer que hubiera estado allí. Un subidón de adrenalina atravesó su cuerpo. Cuando llamaron al timbre, lo primero que hizo fue golpear a Sonia hasta que se quedó inconsciente, no quería que hiciera ningún ruido, la tenía amordazada, pero aun así no se quería arriesgar a que nadie la escuchase.

La vio a través de la mirilla, estaba tan cerca... Pensó que la suerte se encontraba de su lado, podía abrir la puerta en ese momento y arrastrarla hacia el apartamento, pero cuando se había decidido a hacerlo, salió el vecino y se le pasó la oportunidad. Se maldijo por haber dudado tanto, si lo hubiera hecho en el momento en el que lo pensó, ahora estaría allí con él.

Vio la angustia en su cara, no debía estar pasando por un buen momento, por lo poco que pudo observarla se la veía cansada y ojerosa. Leyó la nota que dejó por debajo de la puerta. Por supuesto que no la llamaría, la única llamada que había hecho Sonia, era a su jefe, le obligó a que le dijera que estaba enferma. Si no lo hacía así, podrían sospechar que algo le ocurría y tendría menos tiempo para prepararse.

Quería que Tara siguiera sufriendo, que pensase que a su amiga le había ocurrido lo peor. La ansiedad se adueñaría de ella. Por su culpa él acabó en la cárcel y tuvo que delatar a Igor, habría hecho lo que fuera para que le redujeran la condena. Tenía que salir de allí, ese lugar era demasiado oscuro, sucio y no duraría mucho tiempo.

No era muy corpulento, por lo que cualquier preso podría aprovecharse de esa circunstancia.

No había un solo día que no muriese algún hombre asesinado. Quería librarse de todo aquello, pero nunca pensó que al hacerse chivato e indicar a la policía donde se produciría la entrega de la mercancía, el hijo del jefe moriría. Estaba seguro que nadie se habría enterado de que había sido él, pero Igor movió cielo y tierra cuando su primogénito perdió la vida.

El llanto de Sonia le sacó de sus pensamientos, no dejaba de gimotear y le estaba poniendo muy nervioso. Deseaba deshacerse de ella lo antes posible, era insoportable, le suplicaba que la soltase, que por favor no la hiciera daño. Por ahora no pretendía hacerlo, pero en cuanto se encontrase con Tara, lo primero que haría sería matarla delante de sus ojos. Quería que volviera a sufrir como lo hizo con la muerte de su tío. Su venganza pronto se vería completa y, después, se marcharía.

Tara volvió a la casa sin saber muy bien a quien acudir. Ya era algo tarde y seguía inquieta. No recibía ninguna llamada de Sonia. Sus padres vivían en Valencia, pero no tenía ni idea de cómo localizarlos. Cada vez estaba más nerviosa, se le empezaron a pasar millones de cosas por la cabeza, a lo mejor estaba muerta en su casa, sola y nadie se había percatado de ello, o alguien la había hecho algo.

No dejaba de dar vueltas por el salón, acababa de colgar a Igor y cada vez estaba más furioso. Decidió que llamaría a Carol para ver si podía a ayudarla a averiguar algo sobre Sonia. Era policía, le pediría el favor de que fueran a su casa y la dejara entrar. No estaba segura si se lo iban a permitir, pero no podía quedarse de brazos cruzados. Quizá estaba exagerando y su amiga se encontraba con algún chico que había conocido y se lo estaba pasando en grande. No tenía que pensar solo en las opciones negativas, a lo mejor no había sucedido nada grave, aunque si era sincera consigo misma, lo único que estaba haciendo era intentar tranquilizarse. No era normal en ella ese tipo de ausencia.

Justo en el momento que iba a llamarla por el móvil, sonó el teléfono. Era Sonia. Sintió un alivio inmenso al ver su nombre en la pantalla.

—¡Dios mío Sonia, me tenías muy preocupada! ¿Dónde diablos te habías metido?

Nadie contestaba al otro lado de la línea. Escuchaba una respiración, pero no hablaban.

—¿Sonia? —silencio—. ¿Hola?

—Hola, querida.

El teléfono se le cayó al suelo de la impresión. Era él.

CAPÍTULO 20

Tara se agachó rápidamente para coger el móvil, le temblaban las manos.

—¿Hola? —preguntó nerviosa.

—Vaya, qué pena, creía que te habías desmayado de la impresión.

Agarró con más fuerza el teléfono, aquella voz prepotente y rasposa era inconfundible. Como en el pasado, la forma en que la dijo “querida” volvió a darle escalofríos.

—¿Dónde está Sonia?

—Me está haciendo compañía, es buena y servicial.

—¡Cabrón!

—No, no, no, querida, no estás en posición de insultarme. No estás en posición de nada. Vas a hacer todo lo que yo te pida —las últimas palabras sonaron con dureza y rabia.

—¡Suéltala!, me quieres a mí, no a ella.

—¿Y perderme la diversión? He esperado mucho tiempo para esto.

«Tranquila, tienes que mantener la calma», se dijo a sí misma. Si daba un paso en falso podría poner en peligro a Sonia. Gael era rencoroso e impulsivo, por lo que debería tener cuidado.

— Quiero que nos veamos.

Ahora fue él quien se quedó callado, estaba segura que lo había sorprendido.

—Vaya, me has estropeado la sorpresa. Claro que nos vamos a ver y antes de lo que esperas. Tenía pensado amenazarte, pero veo que no va a ser necesario.

—Quiero hablar con Sonia.

Escuchó cómo se reía al otro lado del teléfono.

—Yo también quiero muchas cosas, pero poco a poco, Ariadna. Debes pedírmelo por favor.

Tara se mordió el labio, sentía una furia imparable contra él.

—Ponme con ella..., por favor.

—¿Cómo? No te he escuchado bien.

«Imbécil», pensó.

—Por favor, necesito hablar con ella.

Se hizo el silencio.

—¿Tara? —La voz de Sonia se escuchaba muy baja.

—¡Sonia!, ¿estás bien?

—Tara, por favor, sácame de aquí.

—¿Te ha hecho algo? ¿Dónde estás?

Nadie contestó.

—Lo siento —contestó Gael—. No paraba de llorar, así que he tenido que hacer algo para que se callase durante un rato.

—¡Hijo de puta, si la tocas te mato!

—No me amenaces. Te advierto que me queda poca paciencia.

El corazón latía cada vez más rápido en su pecho.

—¿Dónde estás?

—No te preocupes por eso—contestó despacio y tranquilo—. Ahora deberás esperar a que te vuelva a llamar y te diré dónde quedamos.

—¿Cuándo?

—Que te quede claro que eso lo decidiré yo. Te avisaré cuando me apetezca.

—Eres un cobarde, si tienes lo que tienes que tener quedaríamos hoy mismo.

—Veo que no lo has entendido.

En ese momento escuchó un grito agónico, era Sonia. A Tara se le pusieron los pelos de punta.

—No la hagas daño, por favor —suplicó angustiada.

—Ahora sí que lo has entendido.

Tenía los nudillos blancos de apretar el teléfono, la ira y la impotencia se apoderaban de ella.

—No llames a la policía o tu amiga morirá. Cuando nos veamos, estaremos solos tú y yo. Eres lista, así que sé que harás lo correcto.

Tara no dijo nada, saber que Sonia estaba en sus manos la llenaba de angustia. Le daban ganas de decirle muchas cosas, y ninguna era buena. Se mordió la lengua y no le contestó.

—¿Cuándo volverás a llamarme?

—Cuando me aburra. Adiós Ariadna, tu amiga y yo vamos a disfrutar un momento juntos.

—¡Ni se te ocurra toc...! —Escuchó que colgaban al otro lado del teléfono—. ¡Mierda!

Empezó a dar vueltas por el salón, no sabía qué hacer. Lo peor que podía haber hecho Gael, es decirle que esperase a que tuviera noticias suyas. Esa era la mejor manera de vengarse, no podría estar tranquila sabiendo que tenía a su amiga. No tenía ni idea de cuál sería la opción más correcta. ¿Debería ir a la policía y arriesgarse o quizá debería callar y esperar como él le había indicado?

Se sobresaltó al escuchar de nuevo el móvil, lo cogió rápidamente y contestó nerviosa:

—¿Si?

—¿Tara? ¿Estás bien?

Era Damyan, con las prisas no había comprobado quien era creyendo que de nuevo sería Gael. Estaba segura que él se había cuenta que algo ocurría por la angustia con la que respondió.

—Damyan, yo... —se le empezó a formar un nudo en la garganta. Si la escuchaba llorar la presionaría hasta que se lo contase—. Debo colgarte, lo siento.

—Tara, espera...

Damyan se inquietó, algo grave sucedía. Le había colgado, pero en su voz se notaba que estaba mal. No se lo pensó dos veces, cogió las llaves de su coche y fue hacia allí. Desde que había hablado con su hermana, se había dado cuenta que ella tenía razón. Tara era muy importante para él y le daba igual que pensase que era un pesado, un impaciente o un bruto. Estaría a su lado y si no quería tenerlo como pareja, al menos la apoyaría. No podía permitir que ella siguiera sintiéndose tan sola y creyendo que podía con todo.

Aparcó cerca de su casa, el coche de policía seguía allí. Subió deprisa las escaleras. Cuando se estaba acercando a la puerta de su casa, escuchó golpes dentro de su apartamento. Agudizó el oído, pero no había gritos, ni voces, solo golpes fuertes contra algo. Llamó a la puerta, nadie le contestaba.

—¡Tara, abre!

Ahora sí que escuchó un grito, y nervioso, intentó abrir. Con el hombro empezó a dar a la puerta para intentar echarla abajo, a la vez que gritaba su nombre. Cuando ya le iba a dar una patada para derribarla, ella le abrió. Tenía los ojos hinchados como si hubiera llorado y la cara roja. Se miraron. Tara se abalanzó hacia él y le abrazó.

Miró dentro de la casa y vio un jarrón por el suelo, el mando a distancia de la televisión destrozado, las sillas tiradas, los cojines en cada esquina de la habitación. Parecía que había pasado un tornado por aquel apartamento.

—Creo que voy a tener que comprarte el saco de boxeo más pronto de lo que pensaba.

Ella le miró.

—Sí, creo que me habría venido bien en estos momentos.

—¿Qué te ha pasado?

Tara se apartó de él, pero le cogió de la mano. Cerró la puerta y se sentaron en el sofá. Damyan no habló, espero paciente a que ella diera el paso, sabía que estaba teniendo su habitual lucha interna decidiendo confiar en él o no. Deseaba con todas sus fuerzas que esta vez le dijera lo que le atormentaba. Ahora, más calmada, estaba pálida, y debajo de sus hermosos ojos, dos sombras

oscuras evidenciaban su preocupación.

Se recogió el pelo en una coleta, había observado que lo hacía cuando tomaba una decisión, parecía el mismo gesto que hacían otras personas remangándose la camisa por los brazos y poniéndose manos a la obra. Por fin le miró y le cogió de la mano.

—¿Me prometes que si te cuento algo, dejarás que sea yo la que tome cualquier decisión?

Damyan entrecerró los ojos.

—Lo intentaré.

—No, no es suficiente con eso. Te conozco y sé que te vas a alterar e intentar decirme lo que debo hacer.

—Si hay algo que te pone en peligro no puedo prometerme quedarme de brazos cruzados. Entiéndelo, Tara.

Ella apartó la mano de la suya y miró hacia abajo.

—Tienes razón, por lo que será mejor que no te diga nada.

Damyan resopló. Si se lo contaba, ella no quería que él formase parte de lo que ocurría. Esa opción tampoco le gustaba aunque prefería eso que nada.

—Está bien. Te lo prometo.

Vio como el alivio se reflejaba en el rostro de Tara. Necesitaba contárselo. Se acercó más a él, estaban sentados frente a frente. Cogió su mano, pero no podía levantar la mirada, parecía sentirse avergonzada por lo que le iba a decir.

—Tiene a Sonia.

Damyan frunció el ceño.

—¿Quién?

—Gael —susurró.

—Pero, ¿cómo es posible?

—No lo entiendo. No sé cuándo la ha conocido y cómo la ha relacionado conmigo.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Tara se mordió las uñas a la vez que intentaba recordar cuando fue el día que la vio.

—En mi casa, vino a verme hace unos días. Habíamos quedado en vernos el fin de semana.

Damyan se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación andando de un lado a otro.

—Seguramente Gael estaba siguiéndote. La vería entrar, pero debía estar muy cerca para saber que era amiga tuya. ¿Qué demonios está haciendo la policía? ¿No se supone que te están vigilando? —Se pasó la mano por el pelo—. ¿Cómo coño van a protegerte si se ha acercado tanto

a ti?

—La seguiría a casa cuando salió de aquí y así averiguó donde vivía. No encuentro otra explicación.

—Pero, ¿por qué a ella?

Tara se levantó y empezó a recoger todo lo que había tirado por el suelo. Se puso en el pecho uno de los cojines, abrazándolo.

—Es su manera de hacerme daño, de que todo se repita de nuevo...

Damyan se acercó a ella y la abrazó.

—No dejaremos que eso ocurra. Quizá deberíamos llamar a la policía.

Ella le empujó apartándose de él.

—¡No! Podría matarla, no me voy a arriesgar.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, todavía no he tenido tiempo de pensarlo con claridad.

—Ven aquí —la cogió y la acercó a su cuerpo—. ¿Qué puedo hacer?

Tara le miró y acarició su rostro.

—Estar conmigo y apoyarme, eso es más que suficiente.

Damyan metió la mano por su cuello y, acercándola a sus labios, la besó. Ese contacto dulce y suave la tranquilizó levemente, aunque seguía demasiado nerviosa por su amiga.

—¿Puedo quedarme hoy a dormir? Seré bueno —dijo con una pícaro sonrisa.

—Sí, está bien.

Se fueron al dormitorio. Él se desnudó y se metió en la cama junta a ella. Tara se acurrucaba en su pecho mientras que él le acariciaba el pelo para que lograra dormirse. No se arrepentía de habérselo contado, aunque los nervios y la preocupación seguían ahí, el estar a su lado le reconfortaba. Su apoyo le hacía sentirse menos sola. No hablaban, solo sentían el calor mutuo de uno y otro intentando no pensar en el mañana, solo en ese instante, valorando el poco tiempo que les dejaran estar juntos.

CAPÍTULO 21

Damyan se despertó y ella no estaba a su lado. Escuchaba sonidos de platos y vasos que parecían proceder de la cocina. El olor a tostadas hizo que le rugiera el estómago. Comprobó el despertador y quedaban diez minutos para que sonase la alarma y se fuera a trabajar.

Se levantó, se puso los vaqueros y fue hacia la cocina.

—Que bien huele —le dijo a la vez que rodeaba su cintura y la besaba en el cuello. Ella le acarició la nuca sin girarse—. ¿Has dormido algo?

—La verdad que no mucho —se dio la vuelta y le miró.

—Tranquila, vamos a hacer todo lo posible para que esto salga bien.

—¿Vamos?

—Sí, no creas que voy a mantenerme al margen. Si Gael se vuelve a poner en contacto contigo, deberás decírmelo.

Tara se apartó de él acercándose al microondas para coger los cafés. No le contestaba. Puso las tostadas en el plato y las colocó en la mesa. Ambos se sentaron en la pequeña mesita que había en la cocina.

—Hoy trabajas ¿no? —preguntó Tara.

—Bien sabes que sí. No desvíes el tema.

Ella le miró. Se la veía cansada y se reflejaba en su rostro la tensión y la preocupación que tenía.

—Damyan, no te prometo nada. Intentaré hacer lo que sea más correcto para todos.

—Sé muy bien lo que es correcto para ti. Echarte todo a tus espaldas y no contar con nadie.

—¿Podemos hablar de otra cosa?, por favor.

Él sintió la angustia y la súplica en su voz.

—¿Nos veremos esta noche? —preguntó accediendo a cambiar de tema.

—Cuando salga del trabajo te llamo y te digo algo.

A Damyan no le gustó aquella respuesta, sabía que intentaba alejarse por si Gael la llamaba para que se encontraran. No la dijo nada, pero estaría pendiente de ella.

—Debo irme, gracias por el desayuno —él se levantó y la dio un beso—. Espero tu llamada.

Tara asintió. Minutos después escuchó la puerta cerrarse. Se había quedado sola, no quería pensar demasiado, por lo que se dio una ducha, se vistió rápidamente y fue al coche.

Gael ya no aguantaba más. Esa misma noche, se llevó a Sonia al almacén abandonado donde planeaba encontrarse con Tara. Lo conocía desde hacía tiempo y seguía en las mismas

condiciones. Afortunadamente no había ningún mendigo ni okupas por allí. Había pertenecido a uno de los pobres diablos a los que prestó dinero de Igor y nunca pudo devolvérselo. Como venía siendo habitual, quien no pagaba solo tenía una manera de acabar, muerto.

Tenía que llamar a Tara, no podía dejarle mucho tiempo para que se pensara las cosas, si lo hacía, quizá ella cometería alguna estupidez, como contárselo a la policía. Además, cuanto más tiempo estuviera desaparecida Sonia, más peligroso sería.

La mantenía drogada para no escuchar sus suplicas y llantos. Le había robado las drogas a Melinda, la prostituta. Ayudaban a que Sonia estuviera calmada y dormida. Le costó sacarla del apartamento, se estaba arriesgando demasiado, pero no se iría de allí hasta que no viera a Tara muerta. Después, podría hacer lo que quisiera.

Se había mantenido bien escondido, aunque Igor descubrió donde se ocultaba cuando estuvo en casa de Melinda. Tenía que actuar rápido o él también lo encontraría y eso sería mucho peor que la cárcel. Aunque si lo pensaba, tanto si volvía a la cárcel como si se encontraba con Igor, estaría muerto en ambos casos.

Hoy mismo llamaría a Tara para encontrarse con ella.

Damyán estaba tomando la temperatura de Gregoria, una anciana de noventa y siete años. Parecía increíble, pero aunque a veces se le iba la cabeza, todavía estaba muy lúcida. Permanecía ingresada, a parte de otras complicaciones que ya había solventado, ahora tenía una pequeña infección de orina, a su edad eso podía ser mortal.

—Que buen mozo que eres —le dijo la anciana.

—Muchas gracias Gregoria.

La tenía cariño, era entrañable, con su pelo totalmente blanco. Parecía muy frágil, delgada, con la suave piel adherida a sus huesos. Todavía podía andar y alguna vez daban un pequeño paseo por el pasillo del hospital, aunque se cansaba muy pronto.

—Estás estupenda, hoy no tienes fiebre. Creo que dentro de poco tus hijos te podrán llevar a casa.

—Dios te oiga hijo, Dios te oiga.

Damyán terminó su ronda y se fue a la cafetería, cogió un café y se fue a una de las salas donde dormían. No había nadie y lo prefería, necesitaba estar solo.

Se tumbó en una de las camas. Recordó el día que llevó allí a Tara, se sorprendió al verla en el hospital, pensaba que ya nunca la iba a ver de nuevo. La acorraló y si no llega a ser porque tuvo un aviso por el busca, la habría hecho suya.

Estaba inquieto, no sabía muy bien cómo ayudarla. Ahora que había confiado en él no podía

estropearlo, pero lo único que quería era acudir a la policía. Si lo hacía y le ocurría algo a Sonia, Tara nunca se lo perdonaría. Habría traicionado su confianza, pero si no lo hacía, algo horrible podría ocurrirle a ella. Estaba convencido que seguía ocultándole información y que no le iba a decir nada de los próximos movimientos que tenía pensado dar.

No quería estar constantemente preocupado, así que decidió que no esperaría solo a que le llamase. Tara no lo sabía, pero la había estado vigilando, no se fiaba de la policía y, siempre que podía, se aseguraba que llegaba bien al trabajo o a casa. Si se lo decía sabía que no se lo permitiría. Cuando hoy saliera del trabajo haría lo mismo. No pensaba perderla de vista. Esperaría a que le llamase, pero no le quitaría el ojo de encima.

Tara golpeó el teléfono contra el suelo, soltó un grito de impotencia. Se sentó en el sofá y se abrazó a sí misma las piernas. Era la postura en la que se sentía más segura, la que utilizaba cuando tenía que tomar una decisión. Eso es lo que estaba haciendo, sentía que se le iba todo de las manos. Acababa de hablar con Gael, esa misma noche tendría que ir a la dirección que él le proporcionase. El muy capullo todavía no le había dado los datos, aun así se tenía que poner en contacto con Igor para comunicarle que se iba a encontrar con él.

Había vuelto del trabajo y pensaba llamar a Damyan, pero recibió la llamada de Gael. Todo era un caos a su alrededor, lleno de amenazas y corrupción. Cuando Igor le dijo que tendría que ser el cebo de Gael, lo aceptó, pero ahora que tenía a Sonia, estaba preocupada por lo que le pudiera ocurrir. Debía hacer todo lo posible por protegerla, no podía permitirse otra muerte a sus espaldas, no quería que nada malo le ocurriera. Sonia siempre había estado allí, apoyándola. Lo irónico es que había intentado mantenerla al margen de todo aquello y ahora estaba secuestrada por el hombre que más odiaba y, lo peor, estaba en peligro de muerte.

Llamó a Igor por el teléfono que él le había proporcionado. Nadie contestó y le dejó un mensaje diciéndole que por favor la llamase. Se fue a dar un baño, todo su cuerpo estaba agarrotado y tenso. El estómago lo tenía revuelto por los nervios y no podía evitar pensar que quizá, todo terminase aquella noche.

Se metió en el agua caliente con espuma, cerró los ojos y disfrutó por unos instantes de aquel momento. No dejaba de preguntarse si ese sería su último baño, si el beso que esa mañana le dio Damyan sería el último. Recordó sus caricias, la forma en que la trataba. Como le hubiera gustado conocerlo antes, que su vida no fuera tan caótica. ¿Habrían sido felices? Era lo único bueno que le había pasado y ahora que por fin lo encontró, tendría que perderlo.

Se enjabonó el cuerpo y se aclaró. La situación era insostenible, su pasado siempre estaba ahí, persiguiéndola, acosándola. Lo peor de todo es que esos dos hombres la manejaban a su antojo y se sentía indefensa. Tenía que hacer algo, no estaba dispuesta a que se salieran con la suya.

Fue al salón y cogió el teléfono.

Damyan se estaba cambiando para irse. Llamaron a la puerta, le extrañó, ya que todos los enfermeros tenían acceso a los vestuarios. Abrió la puerta y se quedó sorprendido al verla.

—¿Tara? ¿Qué haces aquí?

—¿Estás solo ahí dentro?

Él asintió. No le dio tiempo a reaccionar, ella se adueñó de su boca y cerró la puerta tras de sí.

—Espera nena —Tara acarició su paquete y él gimió—. ¿Qué haces? ¿Estás bien? —preguntó con la voz entrecortada.

Le miró a los ojos. El deseo se licuaba en sus ojos.

—Hazme tuya, por favor. No preguntes.

La presionó contra la puerta y comenzó a besarla intensamente. Llevaba una minifalda negra y una camiseta de tirantes que se ajustaba a su pecho. Metió la mano entre sus muslos. Acababa de verla y ya le estaba enloqueciendo. Acarició su vagina por encima del tanga, estaba caliente y húmeda. Iba a perder el control, pero ese sitio no era el adecuado para hacer aquello.

—Tara, alguien puede entrar.

—Llévame a algún sitio donde podamos hacerlo.

Clavó los ojos en los suyos, estaba dudando, pero la deseaba tanto que tenía que poseerla. La cogió de la mano y pasaron por el estrecho pasillo donde estaban los casilleros y la metió en un pequeño cuarto donde estaba lleno de baldas con material del hospital. Guantes, gorros, uniformes... Cerró la puerta y puso varios utensilios bloqueando la entrada.

Se dio la vuelta y la observó. Estaba preciosa, la camiseta roja hacía juego con sus labios, ahora algo hinchados por sus besos.

—¿Sabes que esto es peligroso? Si alguien quiere entrar lo hará.

—Lo sé, pero esto no es más peligroso que todo lo que nos rodea. Por un rato quiero dejar de ser responsable —se acercó hacia él—. Quiero hacer lo que realmente me apetezca y lo único que deseo hacer es esto.

Damyan todavía tenía los pantalones blancos del uniforme. Tara le sacó la camiseta y pasó las manos por su pecho. Él cerró los ojos, a la vez que le tocaba la erección cada vez más prominente. Cogió su muñeca y la paró.

—¿Ha ocurrido algo? —la miró de forma dura y penetrante.

—No.

—Me estás mintiendo Tara, lo sé.

Se deshizo de su agarre y dio un paso atrás.

—Prefiero que no me preguntes nada.

—Cuéntamelo —exigió.

—Ha sido un error venir. Me voy.

Tara fue hacia la izquierda para intentar ir a la puerta y salir de allí. ¿En qué demonios estaba pensando? Sabía que él le iba a preguntar, pero tenía la esperanza de poder dejar todo atrás por unos instantes. Quería sentirlo por última vez...

Damyan la bloqueó con su cuerpo impidiendo que avanzara. La necesidad se hacía mayor, tenerle tan cerca y no poder tocarle la estaba consumiendo. Él la acarició con la mirada, miró su boca y la dio la vuelta.

—Agárrate a la estantería, inclínate y no te muevas —le ordenó susurrando cerca de su oreja.

Se humedeció solo con escuchar su voz ronca y baja. Lo hizo, esperando ansiosa. La subió la falda por la cintura a la vez que acariciaba sus nalgas. Metió la mano entre la tela del tanga y tiró hacia arriba, lo que provocó que la fina tela se metiera entre sus labios rozando su clítoris. La presión hacía que el deseo aumentase. Tara jadeó excitada.

Lentamente llevó una de sus manos hacia su sexo y la torturó con uno de sus dedos. Tara cerró los puños, estaba muy alterada, sus caricias le transportaban a un mundo lleno de placer provocando que se olvidase de todo. Damyan fue deslizándose el tanga entre sus muslos bajándolo hasta sus pies. Ya no la tocaba. Sabía que estaba ahí, detrás de ella, observándola en esa posición. Cuando iba a mirar hacia atrás él se lo impidió.

—No, no me mires o te dejaré así más tiempo. Quiero observar tu culo mientras me toco.

Imaginarse que él se estaba masturbando viéndola en esa posición hizo que la lujuria se elevara al máximo. Quería que la penetrara, consumirse en sus brazos.

—Damyan, por favor. Alguien puede entrar, no podemos esperar.

—Eso ya te lo había advertido. Si quieres que te folle, será como yo diga. Quítate la camiseta y el sujetador —Lo hizo, ahora estaba desnuda excepto por la minifalda que se encontraba en su cintura—. Inclínate de nuevo.

Cuando lo hizo, sus manos se posaron en sus caderas. Deslizó uno de sus dedos hasta su clítoris y lo movió arriba y abajo esparciendo la humedad por su sexo. Metió dos dedos en su interior y Tara creyó que las piernas no le responderían. Jadeaba por la tortura del movimiento que ejercía con los dedos entrando y saliendo poco a poco.

Con la otra mano acarició su pecho, masajeando el pezón y tirando suavemente de él. Sacando los dedos de su interior fue directo hasta su ano y le metió uno de ellos. Tara sentía las

pulsaciones en su vagina, hambrienta por él.

—No aguanto más, hazlo ya Damyan.

Él agarró su erección y, con la punta de su miembro, comenzó a jugar en la entrada de su ano, después fue bajando hasta su vagina, pero volvía a subir, como si estuviera pensando dónde penetrarla. Tara se tensó y de una brusca estocada se la metió en su sexo.

Ambos jadearon. Damyan la agarró por el hombro para entrar y salir con más fuerza.

—¿Esto es lo que querías nena?

—Sí... —gimió excitada.

—Tara, estoy muy duro. Me gustaría estar todo el día follándote. Tu estrechez me vuelve loco. Pero hoy voy a hacer algo que he querido desde hace tiempo.

Él sacó el pene de su interior y lo situó en su ano. Presionó el capullo y lo fue metiendo poco a poco.

—Damyan, ¿qué haces?

—Tranquila cariño, te va a gustar. Confía en mí.

Y lo hacía, pero no estaba segura que aquello entrase fácilmente. Había fantaseado con que Damyan la penetrara analmente aunque ahora que se volvía real, no sabía si podría hacerlo.

Fue metiendo el capullo, despacio, a la vez que acariciaba su clítoris. Tara sentía la presión de su miembro, era una sensación extraña, mezcla de excitación y dolor.

—Relájate. Empuja hacia mí, déjame entrar.

Ella obedeció e intentó destensarse. Profundizaba cada vez más en su interior y sentía cómo la invadía, cómo la conquistaba con su pene, hasta que lo tuvo dentro completamente.

—Muy bien nena, ya estoy dentro. Siento como abrazas mi polla. Dios mío Tara, te deseo tanto.

—Muévete, por favor —suplicó.

El empezó a salir y entrar, al principio despacio, pero las estocadas fueron cada vez más intensas, más profundas y fuertes. Tara sentía que le llenaba y un deseo distinto y extraño bailaba por todo su cuerpo. Las caricias en el pecho, en su clítoris, el sentir la plenitud y la presión de su miembro en aquella zona, le gustaba.

—Más —pidió ella.

Damyan ya no pudo controlarse, movió las caderas entrando y saliendo, cada vez de forma más salvaje. La pellizó un pezón y después puso ambas manos en las caderas para penetrarla más profundamente. Iba a correrse, pero antes quería que lo hiciera ella. La tocó en clítoris y le pidió que se corriera. Tara lo hizo, mientras que Damyan le tapó la boca con la mano para que no se

escucharan los gritos que salían de su garganta. Estaba teniendo un orgasmo realmente intenso. Cuando ella se relajó, él volvió a moverse, solo le hicieron falta unas cuantas embestidas y se derramó dentro de ella. El clímax fue brutal y tan intenso que parecía que no tenía fin.

—¿Qué demonios me haces Tara? —murmuró en su oído.

CAPÍTULO 22

Se mantuvieron abrazados durante unos minutos. Él le acariciaba el pelo, mientras que Tara le pasaba la mano por la espalda. Tara quería quedarse así para siempre, pero debía irse. Se apartó de él y ambos se vistieron. Cuando iba a salir por la puerta, se detuvo y dejó la mano en el pomo. Se dio la vuelta y le miró.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

No sabía cómo decírselo, cómo explicar exactamente lo que sentía. Estaba algo nerviosa, y por un momento, pensó que no tenía capacidad ni de expresarse.

—Verás... yo...—se mordió el labio y miró hacia abajo—. Solo quería que supieras que eres muy importante para mí.

Damyan levantó una ceja y se cruzó de brazos. Le parecía gracioso que la costara tanto expresar sus sentimientos. Asintió respondiéndola. Ella le abrazó y continuó:

—Bueno, creo que lo sabes, pero eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Gracias por estar ahí.

Se dio la vuelta y fue a abrir la puerta, pero él apoyó la mano y la cerró. Tara se volvió a mirarlo.

—¿Ya está? —preguntó Damyan con una medio sonrisa en los labios—. ¿Tanto te ha costado decirme eso?

—Yo no soy igual que tú. A mí me cuesta más abrirme.

—Si crees que no he tenido miedo cuando te dije que te quería, te equivocas. Si crees que no me asusta el acercarme más y más a ti, también. No pienso esconderme o crear una coraza. Quizá en el futuro sufra por ello, pero me atenderé a las consecuencias. Si tú no sientes lo mismo, yo...

—Ahora te equivocas tú —le interrumpió—, aunque no pueda salir esa palabra de mis labios, nunca había experimentado algo así por nadie.

Damyan la cogió de la mano y acarició su muñeca.

—Eso es lo único que necesitaba escuchar.

La dio un breve beso y se fueron de allí. Se dirigieron a la salida agarrados de la mano y Tara no podía dejar de pensar que quizá era la última vez que le agarraba así. Se despidió de él besándolo intensamente, le daba igual la gente que había alrededor, quería conservar ese contacto en su memoria.

—¿Va todo bien? —preguntó él.

—Sí, tranquilo —forzó una sonrisa.

—¿Esta noche nos vemos?

—No, estoy muy cansada y prefiero acostarme pronto y descansar.

Damyán la observó, sabía que no la creía, pero no iba a decirle la verdad. No podía contarle que esa misma noche quedaría con Gael y que esperaba poder salvar a Sonia y estar viva a la mañana siguiente. Para bien o para mal, esperaba que fuera la última vez que le mintiese. Cuando se alejó, él la llamó:

—Tara —se dio la vuelta—. Ten cuidado.

La penetrante mirada y cierta tensión en su rostro, le hizo darse cuenta que él sabía que algo iba a ocurrir. Asintió sin decir nada y se alejó de allí a toda prisa.

Damyán no podía moverse. Se quedó mirando la puerta por donde se había ido. Tenía que hacer algo, iría a cambiarse y después la seguiría. Ni por un momento se había creído lo que le había dicho. Alguien le golpeó suavemente en el hombro, se dio la vuelta y vio a Alberto.

—¿Todo bien amigo? —preguntó su compañero.

—No estoy seguro.

—Espero que no te haya importado, pero Tara me preguntó por ti, quería saber dónde estabas y le dije que podía encontrarte en el vestuario.

Damyán sonrió.

—No te preocupes, has hecho bien. ¿Te queda mucho para irte?

—No, una hora —ambos fueron andando por el estrecho pasillo del hospital.

—Voy a cambiarme y me iré.

—Está bien —llegaron a la puerta de personal—. Espero que puedas desconectar un poco, desde que conociste a Tara te noto distinto.

—¿En qué sentido?

—Por una parte más vivo y animado, pero en otros momentos creo que hay una gran preocupación cargando sobre tu espalda.

Damyán se frotó la nuca.

—Sí, quizá es así como me siento. Estoy metido en una montaña rusa.

—Espero que todo se solucione, sea lo que sea.

—Gracias, Alberto.

Tara se despertó sobresaltada, se había quedado dormida en el sillón. Estaba tan cansada que se tumbó un rato y se quedó inconsciente. Miró el reloj, quedaban un par de horas para el dichoso encuentro. De nuevo había tenido una pesadilla, la mayor parte del tiempo tenía insomnio, pero

cuando lograba dormirse los sueños eran oscuros y siniestros. Se tocó el pecho, soñó de nuevo con la puñalada que le perforó los pulmones. Cuando se había despertado, se estaba quedando sin aire, como la vez que le ocurrió aquello.

Intentó calmarse. Tenía que comer algo, pero no le entraba nada en el estómago, estaba demasiado nerviosa por Sonia. Si fuera solo ella y Gael, todo habría sido distinto. Deseaba ese encuentro para poner punto y final a aquella historia, pero al estar allí su amiga, las prioridades eran otras. Tenía que protegerla y esperaba por todos los medios que pudiera lograrlo, ya no le importaba lo que le ocurriese a sí misma, pero Sonia tenía que vivir.

También estaba Igor, por fin había podido hablar con él. Le notó eufórico al saber que se había puesto en contacto con ella y que por fin le atraparía. Le explicó que Gael le dio instrucciones para ir a un polígono abandonado de la zona norte de Madrid. Cuando llegase allí, aparcaría en la calle Tampico y, después, volvería a llamarle. Le diría donde se tenían que encontrar desde ese punto. Le aseguró a Igor que cuando le dijese el lugar definitivo, le volvería a llamar. Sabía que la estaría siguiendo, pero deseaba que tuvieran cuidado y no se arriesgasen a ser vistos, eso podría poner en peligro a Sonia.

Miró el reloj, solo había pasado media hora, pero ya no podía continuar allí. Se vistió de la misma forma que lo hizo cuando fue a ver a Gael al hospital, unos vaqueros oscuros y una camiseta del mismo color. Se metió un cuchillo en la bota, necesitaba sentirse protegida de alguna forma y esa era la única manera que se le ocurría.

Ya era de noche y el frío del otoño había entrado con fuerza. Tenía que pasar desapercibida, debía salir a escondidas de su casa ya que tendría que despistar a la policía. Había aparcado en la parte de atrás, para evitar que la vieran salir, no quería arriesgarse a que la siguieran.

Después de media hora conduciendo por la autopista, llegó al polígono. Siguió las indicaciones del GPS para encontrar la calle. Estaba comenzando a llover, el tiempo había cambiado de la noche a la mañana. En Madrid podía hacer un día soleado y templado y al día siguiente bajar bruscamente la temperatura. Escuchó la voz del localizador; “ha llegado a su destino”. No pudo evitar pensar en esa palabra “destino”. Quizá todo lo que le había ocurrido en su vida, era para acabar en aquel lugar, intentando salvar a Sonia y enfrentándose con Gael cara a cara. «¿Todo estaba predestinado para terminar así?», pensó.

Apagó el motor y se quedó un rato en el coche esperando que fuera la hora. La lluvia chocaba fuerte contra el cristal, solo escuchaba el sonido del agua golpeando contra la carrocería. Parecía que su vida era el guión de una película. Recordó a la protagonista que vio en el cine cuando conoció a Damyan. Necesitaba ese valor y esa fuerza. Esperaba conseguir estar lo más tranquila posible y no hacer algo que pudiera ser su perdición y la de Sonia.

Comprobó el reloj, ya era la hora. Le mandó un mensaje a Gael para decirle que estaba allí. Apoyó la cabeza en el respaldo del coche y cerró los ojos esperando que él la respondiera. Enseguida recibió el mensaje. Parecía igual de ansioso que ella por encontrarse. Le ordenó que se bajara del coche y fuera andando por la primera calle a la derecha hasta que terminase. No tenía salida.

Rápidamente le mandó un mensaje a Igor y le dijo exactamente donde le había dicho Gael que se encontraría con ella. Prefería no llamarle por si Gael la estaba observando. Pensó que lo mejor sería dejar el móvil en el coche, si descubría que estaba en contacto con su mayor enemigo, no dudaría en matarlas en ese instante. Cogió su otro móvil, mandó otro mensaje y se bajó del coche.

La lluvia caía a raudales, pero Tara avanzaba despacio, le daba igual mojarse. En ese momento, hasta el agua empapándola le parecía algo bueno. Caminaba por un estrecho callejón apenas iluminado por dos farolas. El ambiente era igual de siniestro como el motivo por el que estaba allí.

Miró hacia atrás por si alguien la seguía, no vio a nadie. Llegó al final de la calle y se refugió debajo de un saliente que había en el tejado de uno de los edificios. Se abrazó a sí misma, tenía frío y no veía a Gael por ninguna parte. Escuchó un ruido a su derecha y vio que se abría una pequeña puerta y salía un hombre de allí. Era él. La hizo un gesto para que se acercase y así lo hizo. Entraron y Tara se quedó observando ese lugar. Era un viejo almacén, la mayoría de las ventanas estaban rotas. Gael siguió andando mientras que ella le seguía. Llevaba una antorcha alargada en una mano y en la otra una pistola. Las paredes estaban descascarilladas y pintadas de grafitis. El techo era muy alto. Avanzaron por varios pasillos alargados, seguramente era dónde la empresa que antes estuviera allí ponía los palés.

Llegaron a una especie de habitación totalmente desnuda, sin puerta y dos antorchas iluminaban la sala, estaban apoyadas en la pared. El corazón se le paró al ver a Sonia tirada en el suelo e inconsciente. Quería correr hacia ella, pero Gael se dio cuenta de sus intenciones.

—Ni lo sueñes —se puso delante de Tara—. No te vas a acercar a ella.

—¿Qué la has hecho? —intentó que su voz no mostrase el miedo que sentía en esos momentos por su amiga.

—No te preocupes, no está muerta... Todavía.

Ambos se miraron a los ojos, estaban frente a frente. Tara tenía delante al hombre que había hecho de su vida una pesadilla. Su rostro seguía reflejando la maldad que llevaba en su interior. Sintió como en el centro del pecho nacía el odio que sentía por él y debía reconocer que todavía le temía.

—Debo cachearte.

—Ni se te ocurra tocarme —le amenazó.

—Ariadna, ¿te crees que soy tonto? Puedes llevar cualquier arma debajo de esa ropa, incluso un micro. Tengo que cerciorarme.

—No llevo nada y he venido sola.

—Bueno, eso debo comprobarlo por mí mismo —dijo con una mirada ladina.

La idea de que posara las manos sobre su cuerpo le provocaba náuseas. Sentía un asco inmenso por aquel hombre. No creía que encontrase el cuchillo en su bota, a no ser que la pidiera que se descalzara. Era la única defensa que tenía contra él, deseaba con todas sus fuerzas que no lo descubriera. Extendió los brazos y él sonrió. Se acercó a ella y pasó las manos por sus brazos, después bajó muy cerca de su pecho, lo bordeó y la rozó. Sabía que lo estaba haciendo a propósito, él disfrutaba con aquello, estaba segura. Siguió deslizándose hasta la cintura, notaba el contacto de sus dedos entre los muslos y se controló para no darle una patada. Él seguía con la pistola en la mano. Afortunadamente se detuvo antes de llegar a sus botas.

Volvió a mirar hacia Sonia, estaba totalmente inconsciente, parecía que la había golpeado. Su cuerpo yacía de lado, el pelo corto lo tenía revuelto y algún mechón caía por su cara. Llevaba el pijama puesto, pero estaba medio roto y sucio. No la había tratado nada bien, quizá le había dado lo imprescindible de comer para que no muriera hasta que se encontrase con ella. Le hervía la sangre, la impotencia era cada vez mayor. Vio unas mantas al otro lado de la habitación.

—Déjame taparla —le pidió Tara.

—No te preocupes por eso, estos días ha dormido así. Las traje para mí, reconozco que me suplicó que le diera alguna, tenía frío, pero ya sabes, me gusta que me den algo a cambio y Sonia no estaba por la labor.

Le dieron ganas de saltar contra él y pegarle hasta saciarse. Gael se apoyó en una de las columnas y se cruzó de brazos. Tenía demasiados sentimientos hacia él y ninguno era bueno; rabia, odio, temor.

—Ya estoy aquí, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Tara intentando controlarse—. Quiero terminar con esto de una vez.

—¿Me preguntas qué es lo que quiero? ¿Qué harías tú si fueras la que tuviera el arma?

Tara no había pensado en eso, no se veía capaz de matar a nadie, por mucho que le odiara, aunque sintiera un asco inmenso hacia él, no creía que pudiera matarle a sangre fría.

—Afortunadamente, no soy como tú.

—Claro, querida. Siempre te has creído más inteligente que yo. Me sorprendió que me delataras a la policía y reconozco que tuviste huevos al presentarte en el hospital. Ahora sé que

eras tú.

Tara escuchó un gemido y miró en dirección a Sonia, se estaba despertando. Intentó ir hacia ella, pero él se lo volvió a impedir.

—No. Te he dicho que la dejes —le dijo molesto.

Sonia abrió los ojos y, entonces, la vio. Intentó incorporarse pero estaba muy débil.

—¿Tara? —dijo en voz muy baja.

—Sonia, cariño, tranquila, he venido por ti. Aguanta, todo saldrá bien.

—Sí “cariño” —repitió él en tono de burlón—. Todo saldrá muy bien.

Se acercó hacia Sonia y se agachó para tocarla el pelo. Ella intentó apartarle la mano para evitarlo, pero no tenía fuerzas ni para eso. Se la veía algo desorientada. La tiró del cabello por la coronilla y soltó un grito de dolor. Tara avanzó, pero Gael le apuntó con la pistola y le advirtió negando con la cabeza que no lo hiciera. Volvió a quedarse de pie, impotente y sin saber qué hacer.

¿Dónde demonios estaba Igor? ¿Habría recibido el mensaje? ¿Sabría dónde encontrarla? Si no aparecía de una vez, no podría llevar a cabo su plan. «Maldita sea», pensó.

—¿Te ha contado Tara lo mal que se ha portado conmigo? Con lo mucho que los ayudé para que salieran adelante.

—¡Cabrón! Matando a mi tío, ¿eso te parece una ayuda?

—Querida, si me hubiera devuelto el dinero que le presté eso no habría ocurrido —soltó a Sonia y se levantó acercándose hacia ella.

—No le diste el tiempo suficiente, querías que ocurriese exactamente lo que pasó.

—En eso te equivocas. Me hubiera gustado encontrarte aquel día y convertirte en una puta, no sin antes pasar por mis manos.

La miró de arriba abajo y Tara no pudo aguantar el escrutinio que hacía sobre su cuerpo, por lo que desvió la mirada.

—Desnúdate.

A Tara se le paró la respiración.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído. Quiero que te desnudes.

—Ni lo sueñes.

Le apuntó con la pistola, pero ella se cruzó de brazos y levantó la barbilla. Ni loca lo haría. Él la miró con cara de suficiencia y se acercó de nuevo a Sonia. Le puso la pistola en la sien y Tara

intentó acercarse de nuevo.

—No lo voy a repetir.

Vio el miedo en los ojos de Sonia, las lágrimas caían por sus mejillas. Se miraron fijamente, Tara le pedía perdón con la mirada. Si ella estaba en esa situación, era por su culpa. Gael apretó con más fuerza el cañón de la pistola en la cabeza de su amiga. Si tenía que desnudarse delante de aquel capullo por salvarle la vida, lo haría.

Sintió la cólera deslizándose por sus venas. Su cuerpo temblaba de rabia e impotencia, no podía hacer otra cosa que lo que él le dijera. Despacio se quitó la camiseta y se quedó en sujetador. Tenía la ropa húmeda por la lluvia. Gael la miró con lujuria contenida.

—Quítate el sujetador —Tara se quedó inmóvil, no podía hacerlo—. ¿Necesitas ayuda?

Se apartó de Sonia y fue acercándose hacia ella. Tara se tapó con ambas manos, cubriéndose el pecho, todavía no se lo había quitado, pero se sentía demasiado expuesta ante él. Se colocó detrás de su espalda, notaba la pistola rozando su cuello.

—No te imaginas lo que he esperado este momento. Las ganas que tenía de verte humillada, vulnerable. Totalmente a mi merced.

—Me das asco.

—Tranquila, cuando hoy termine contigo te lo daré aún más.

Tara cerró los ojos, estaba pasando los dedos por su espalda, bajaba y subía despacio. Apretó los puños, tenía que controlarse para no darse la vuelta y enfrentarse a él.

—Vamos, no he dicho que pares. Quítate los pantalones, dejaremos el sujetador para el final.

Respiró profundamente, miró a Sonia que seguía mirándola asustada y temblorosa. Tenía que hacer algo. Se desabrochó el pantalón y fue a descalzarse. Se quitó una bota y, después, la otra, no sin antes coger el cuchillo para que no se cayera al sacárselo del pie. No lo pensó más, sintió un impulso tan fuerte que fue superior a sí misma. Se incorporó y rápidamente se dio la vuelta deslizando el cuchillo por el brazo donde tenía la pistola. Gael gritó de dolor, había logrado alcanzarle y la pistola se le cayó al suelo. Con la otra mano se tapó el corte que sangraba con mucha intensidad, Tara se abalanzó hacia él, le dio una patada en los testículos y él se la devolvió dándole en la rodilla. Ambos se cayeron al suelo. Gael se puso encima de ella, la cogió del cuello y empezó a apretarlo. El aire no le llegaba a los pulmones, intentaba apartarle, pero no podía, tenía mucha fuerza. Le arañó la cara.

—¡Putas! —él seguía sin soltarla—. Así quería verte, muriéndote entre mis manos.

Creía que iba a perder el conocimiento. En ese momento vio cómo el miraba hacia la puerta. La soltó bruscamente y Tara comenzó a toser. Miró en la misma dirección y vio a Igor con sus

hombres. «Por fin», pensó.

—Justo a tiempo —dijo Igor a la vez que aplaudía—. Casi me pierdo el espectáculo.

Gael la miró sorprendido. Tara le devolvió una orgullosa mirada y él entrecerró los ojos. Se levantó sin saber que decir apartándose de ella. Cogió la camiseta y se la puso rápidamente. Se levantó y entonces lo vio.

—Mira a quien nos hemos encontrado husmeando por los alrededores.

Se quedó pálida y un inmenso agujero se abrió ante sus pies. «Esto no puede estar pasando», se dijo a sí misma. Una pistola apuntaba directamente a la cabeza de Damyan.

CAPÍTULO 23

Damyan la había seguido hasta allí. Cuando salió del hospital, fue hacia su casa y buscó el coche. Le costó un poco encontrarlo, ya que lo había aparcado en la parte de atrás del edificio. Eso le hizo pensar, que estaba en lo cierto y que casi con toda seguridad planeaba algo. Estuvo varias horas allí sentado, esperando. Finalmente la vio, vestía de la misma forma que cuando la descubrió ocultándose en el hospital.

La siguió a cierta distancia para que no se diera cuenta. Llegaron a un polígono abandonado y vio que se detenía. Se quedó un rato sin hacer nada, aunque le dieron ganas de bajarse del coche, ir hacia ella y obligarla a acudir a la policía, pero no lo hizo. Quizá la pondría en peligro, ya era demasiado tarde. Vio como salía del coche y se metía en una calle. La lluvia caía con fuerza y la visibilidad era nula.

Esperó un minuto, miró hacia los lados para ver si había alguien por los alrededores, pero parecía que estaba solo. Se dirigió por el mismo camino que hizo ella, no la veía por ningún lado, había desaparecido. Se maldijo a sí mismo. Avanzó por la calle buscando una posible entrada a uno de los edificios. Entró en uno de ellos, la puerta estaba medio rota. La oscuridad lo envolvía, sacó el móvil para tener algo de luz. No parecía que nadie hubiera pasado por allí, no había huellas ni el suelo estaba mojado, era una gran nave sin ninguna otra puerta de salida. Decidió irse y, cuando se propuso a continuar, vio a varios hombres subir por esa misma calle.

Los siguió intentando no hacer ruido, pero no se dio cuenta, que a su vez, le estaban siguiendo a él. Cuando lo descubrió fue demasiado tarde, ya estaba atrapado entre dos hombres que le sacaban una cabeza cada uno. Intentó forcejear, pero era absurdo. El hombre de la derecha, rubio y con el pelo de punta, parecía un boxeador, era dos veces más grande que él. Le apuntó con una pistola y la presionó sobre sus costillas. Llegaron a una pequeña puerta y entraron. Tres hombres los esperaban, uno de ellos se acercó hacia él. Tenía unos ojos negros y penetrantes. Iba elegantemente vestido y el pelo corto y canoso hacía que pareciese un gran hombre de negocios.

—Vaya, no sabía que el enfermero también se uniría a la fiesta. Tara no ha sido muy lista al meterte en esto.

—Ella no ha tenido nada que ver. La he seguido sin que se diera cuenta —Damyan forcejeó intentando soltarse—. ¿Quién coño eres tú?

Igor se quedó mirándolo a los ojos, estudiando si decía la verdad o no. Veía la confusión en su rostro, realmente parecía perdido.

—¿Es usted amigo de Gael? —Damyan insistió con otra pregunta.

Igor sonrió.

—No tienes ni idea de quién soy, ¿verdad?

—No, señor.

—Bueno, ahora lo descubrirás, no quiero perder más tiempo.

Se dio la vuelta y siguieron por un pasillo. Se escucharon unos golpes a lo lejos. Llegaron a una pequeña habitación, y cuando entraron, a Damyan se le heló la sangre. Gael estaba encima de Tara, asfixiándola, ella ponía resistencia, pero tenía la cara roja por la falta de aire. Angustiado, intentó ir hacia ellos, pero los dos gorilas le tenían sujeto con fuerza. Sintió algo de alivio cuando vio que Gael la soltaba. Cuando ella le vio, la angustia se reflejó en su cara.

—¡Hija de puta! ¿Le has llamado tú?—Gael miraba furioso a Tara, a la vez que retrocedía—. Igor, yo... No fue mi intención, no sabía que a tu hijo le iba a ocurrir aquello.

«Igor», pensó Damyan. «Es el jefe de la organización de la historia que le contó Tara. ¿Estaba en contacto con ella? Quizá fue él quien la llamó cuando estaba en su apartamento. Ahora le encajaba todo. ¿Por qué demonios no se lo había dicho?»

El jefe avanzaba hacia él sin decirle ni una palabra. Desprendía un aura de poder y peligro que llenaba la habitación. Por primera vez, veía la cara de miedo de Gael. Tara cogió una manta del suelo y corrió hacia donde estaba Sonia.

—¿Estás bien? —preguntó a la vez que la abrazaba y le ponía la manta por encima. Su amiga asintió y correspondió a su abrazo—. Lo siento tanto...

—No es culpa tuya, Tara.

Igor chasqueó los dedos y los otros dos hombres cogieron a Gael y lo ataron en una columna. Su cara era de absoluto pánico, ahora no se mostraba tan prepotente como lo había hecho hacía unos minutos.

Tara miró a Damyan, que la observaba fijamente, parecía preguntarle si estaba bien. ¿Por qué demonios estaba allí? Había intentado por todos los medios mantener a la gente que quería apartada de toda esa situación, y allí estaban, las dos personas que más le importaban, atrapados con los dos demonios de su pasado.

—No te imaginas lo que me ha costado que llegase este momento. Eres una rata resbalosa —Igor hablaba a Gael muy cerca de su cara—, pero no te creas que te vas a librar, pronto llegará tu hora.

—Igor, por favor...

Le agarró de la mandíbula y lo apretó con fuerza.

—Por favor ¿qué?, mi hijo no pudo pedir nada. Lo mataron por lo chivato y rastrero que has sido siempre.

—Ellos me obligaron...

—¡No mientas! —le dio un puñetazo en las costillas—. Sé perfectamente cómo eres. Aunque no pensé que tendrías valor para delatarme. Si lo hubiera sabido, no habrías ni entrado en la cárcel, habría acabado contigo hace tiempo.

—¿Y por qué no me has matado en el hospital? —le preguntó asustado.

Igor miró a sus dos matones y uno de ellos se acercó y le entregó una caja alargada.

—Verás, Gael —le dijo a la vez que abría la caja—. Tú mejor que nadie sabes lo que es esperar algo con mucha impaciencia —miró hacia Tara—. ¿Crees de verdad que iba a deshacerme de ti de una forma tan sencilla?

Gael forcejeó intentando soltarse pero estaba fuertemente atado a la columna. Igor se acercó más a su rostro y le susurró.

—Voy a matarte de forma lenta y muy dolorosa —dijo de forma pausada—. Desearás que termine pronto, pero no lo haré, querrás morir, pero no te mataré. Yo decidiré cuándo y cómo.

Lo que ocurrió a continuación, fueron una sucesión de gritos y suplicas por parte de Gael, mientras que Igor, le iba rompiendo despacio los dedos del pie derecho, uno a uno, luego siguió con la mano izquierda. Sonia miraba al suelo horrorizada, la agonía se reflejaba en cada grito, en cada siniestro sonido de huesos rotos, pero Tara no sentía nada, ni alegría ni pena. No podía tener compasión por él, estaba fría como si se hubiera convertido en una estatua incapaz de sentir. Gael se desmayó del dolor.

—Le daré un respiro, es mejor que nos vayamos de aquí. Continuaré con él en otro sitio. Desatadle.

Ellos obedecieron, a la vez que Igor se acercaba a Tara.

—Ahora me tengo que encargar de ti —miró hacia ella y fue acercándose—. Me caes bien y he de reconocer, que has hecho un buen tu trabajo, pero como comprenderás, no puedo arriesgarme a dejarte con vida.

Se levantó y se alejó un poco de Sonia.

—Por favor, déjelos libres, ellos no deberían estar aquí.

—Es cierto, Tara, pero lamentablemente se han metido en este asunto y no puedo arriesgarme —llegó hasta ella y apuntó con la pistola a su pecho—. No te preocupes, mis muchachos lo harán rápido.

Vio como acercaban a Damyan donde estaba Sonia. Le obligaron a ponerse de rodillas. Los iban a ejecutar.

Tara observó la escena, nada había salido como lo había planeado, todo estaba siendo un completo desastre. Los tres iban a morir allí y no iba a poder hacer nada para evitarlo. Tomó una

decisión esa misma tarde antes de ir a ver a Damyan al hospital. Creyó que al hacer esa llamada, lograría tener alguna esperanza, pero no sabía por qué no estaba saliendo bien. ¿Dónde demonios estaba Carol?, pensó Tara.

Carol estaba en el tejado, no paraba de llover. Todos esperaban la orden para atacar, pero no llegaba.

—¿Cuándo coño van a confirmar si es él? Tenemos que entrar ya.

—Tranquila Carol, todavía no han podido hacer un reconocimiento. Antes de atacar tienen que estar seguros de que es Igor el que está dentro o la operación no habrá servido para nada.

—Te recuerdo que tienen rehenes y que dentro está mi informador. Si no entramos ya, será demasiado tarde. Gael está allí, lo hemos visto.

—El equipo está muy cerca, ya han accedido al edificio, en cuanto nos den autorización, actuamos.

Carol no quería esperar más, le daba igual lo que le dijese su jefe. Él era uno de los mejores, pero estaba segura de que si no actuaban pronto, Tara acabaría muerta. Esa misma tarde le había llamado, por fin le explicó todo lo que le había ocurrido durante esos días. Cuando le dijo que Igor se había puesto en contacto con ella no le sorprendió, pero sí que hablaran todas las noches. Tara le dijo que tenía que terminar de una vez por todas con todo aquello. Le pondría en bandeja a Igor y a Gael.

Ambas sabían que era un plan arriesgado y muy peligroso, pero Tara prefería morir que seguir viviendo así, además estaba convencida que si no la mataba Gael lo haría Igor. Le contó que tenía a su amiga Sonia y que ya no solo dependía de ella. En cuanto colgaron se lo contó a su jefe y se preparó todo el despliegue. Llevaban mucho tiempo detrás de Igor, por lo que varios departamentos tendrían que trabajar juntos para que todo saliera bien. Apenas tenían tiempo, Tara le había llamado con muy poca antelación, pero consiguieron organizarlo lo mejor posible.

Tenían que darle un pequeño rastreador para que supieran en todo momento donde estaban. Tara le dijo que iría al hospital a ver a Damyan, por lo que un policía que iba de paisano le dejó el rastreador en uno de los lavabos de la quinta planta, en la zona del centro. Si la estaban siguiendo, los hombres de Gael pensarían que iba a ver a su novio y no sospecharían. Ella había seguido bien las instrucciones, gracias a eso, pudieron lograrlo sin problemas. El equipo táctico había entrado en acción, estaban viendo lo que sucedía, pero solo había unas pequeñas antorchas y no se podía distinguir el objetivo desde esa distancia. ¿Cuánto tiempo más tendría que esperar?, se preguntó Carol.

Tara pensó que la policía no entraría, quizá el GPS no había funcionado. Aunque antes de irse del coche le mandó un mensaje a Carol para que supiera donde estaba, pero no sabía si lo había

recibido. Se dio cuenta que estaba sola, o hacía algo ella o nadie los salvaría. No le quedaba otra opción.

Igor la cogió del brazo para acercarla donde estaban Damyan y Sonia. Su mirada se cruzó con la de Damyan, juraría que adivinó sus intenciones. Suavemente negó con la cabeza para que no lo hiciera, pero ya era demasiado tarde, había tomado una decisión. Entrecerró los ojos y antes de que Igor se pudiera dar cuenta, le cogió de la muñeca y le retorció el brazo situándose detrás de él, a la vez que un cuchillo apuntaba su garganta. Unos minutos antes, Tara había perdido el arma cuando forcejeó con Gael, pero en cuanto entró Igor y, fue a ponerse la camiseta, lo cogió del suelo y lo ocultó. Ahora estaba utilizando a Igor como escudo.

—Diles que tiren las armas o te juro que te mataré.

—Vamos, no seas absurda. Nunca has matado ni a una mosca.

Ella profundizó con la afilada punta en su cuello.

—No te imaginas lo que puede hacer el odio, si no llegas a entrar por esa puerta, Gael estaría muerto. Lo único que tengo que perder se encuentra en esta habitación. Déjalos marchar y no tendrás que comprobar si soy o no capaz de hacerlo.

Igor se quedó callado.

—Hacedlo.

Los dos matones que estaban cerca de Sonia y Damyan tiraron las armas. Los otros dos que tenían a Gael agarrado por los brazos, le soltaron e hicieron lo mismo.

—Damyan, llévate a Sonia de aquí.

—No me iré sin ti —contestó él.

—Por favor, por una vez haz lo que te pido. Necesito que la saques de aquí.

—Ven con nosotros —le suplicó él.

—Sí, lo haré, pero cógela y ve saliendo. La policía debe estar fuera.

Sintió como el cuerpo de Igor se tensaba.

—Sí, creías que no diría nada, ¿verdad? —susurró Tara en su oído—. Estoy cansada de ambos, sabía que no iba a salir viva de aquí. Al menos si tengo que morir, tú tampoco te librarás por todos los crímenes que has cometido. Pagarás por la sangre derramada de mi tío, por todas las familias que habéis extorsionado durante todos estos años.

—Tenía que haber terminado contigo cuando tuve la ocasión —le espetó con rabia.

—Quizá, pero ahora no tendrías a Gael, no se puede tener todo.

—Te equivocas...

En ese momento él le dio un puñetazo en el estómago y se tambaleó. Sorprendida le soltó y perdió la ventaja que tenía sobre Igor. Sus hombres al ver lo que ocurría se lanzaron a por las pistolas, a la vez que Damyan se abalanzaba hacia uno de ellos para impedirselo. Tara logró darle una patada para evitar que la volviera a golpear, con una mano le amenazaba con el cuchillo para que no se acercase. Era más grande que ella y si lograba cogerla no sería capaz de soltarse.

Todo sucedió muy rápido, Tara vio que el hombre rubio con el pelo de punta alcanzaba un arma del suelo y apuntó hacia Damyan para que dejase de golpear al otro hombre con el que luchaba. En ese instante todo le parecía que ocurría a cámara lenta, el gigante rubio disparó el arma, pero Damyan se situó detrás de su oponente y la bala no le alcanzó, cuando iba a dispararle de nuevo, una bala alcanzó al gigante en el pecho antes de que pudiera efectuar otro disparo. Tara miró hacia la puerta y no paraban de entrar hombres con chalecos azules. Se escucharon gritos, “quietos” “tirad las armas”. Nadie lo hizo y comenzó un tiroteo. Tara se ocultó detrás de la columna, miró hacia donde estaba Sonia, vio que estaba en una de las paredes, acurrucada y se tapaba la cara con las manos. Damyan corría en dirección a Tara esquivando las balas, mientras que Igor se enfrentaba con la policía.

De pronto sintió un fuerte tirón en el pelo, se dio la vuelta como pudo y vio a Gael, la cogió de la muñeca, se la retorció intentando clavarle el cuchillo que ella misma tenía en la mano. Su cara desprendía rabia y odio. Veía la punta afilada acercarse a su hombro, tenía demasiada fuerza, sintió el acero profundizando en su piel y gritó. La estaba apuñalando y notaba como cortaba su carne. Tara recordó que él tenía los huesos rotos de los dedos de la otra mano. La agarró y la retorció con todas sus fuerzas. Él se separó unos centímetros al sentir el intenso dolor, a la vez que sacaba el cuchillo. Le dio un cabezazo y Gael perdió el equilibrio. Una bala silbó cerca de su oreja y Tara se estremeció. Él gritó y fue de nuevo hacia ella y justo cuando la iba a apuñalar de nuevo, recibió un tiro en el estómago. La miró fijamente a los ojos a la vez que se tocaba la herida, su cara de sorpresa y temor se mezclaron con el odio de saber que no podría alcanzarla. Se cayó de rodillas y se quedó inerte en el suelo.

Tara se dio la vuelta y vio a Carol apuntando con el arma hacia Gael. La había vuelto a salvar la vida. Miró a su alrededor, dos policías estaban hablando con Sonia, parecía que le preguntaban si se encontraba bien. Otro agente esposaba a uno de los hombres de Igor. Observó que los otros tres hombres estaban muertos, no veía a Damyan, desvió la vista hacia su derecha y cerca de ella yacía el cuerpo de Igor con una bala en la cabeza.

—¿Dónde está Damyan? —dijo Tara mirando hacia Carol.

Ambas comprobaron de nuevo la habitación y entonces le vio. Estaba debajo de uno de los hombres de Igor. Tara salió corriendo en su busca, le dio un pinchazo de dolor en el brazo, pero no le importó. El corazón latía violentamente en su pecho. Llegó hasta él y con gran esfuerzo

apartó el pesado cuerpo de encima suyo.

—¡Damyan! —gritó. Le dio la vuelta y tenía los ojos cerrados—. ¿Por favor, despierta? —Le abrazó con fuerza—. Mierda, Damyan, joder, no me hagas esto.

Y entonces le escuchó.

—Que boquita tienes, Tara... —murmuró algo débil.

Ella le miró con los ojos vidriosos y vio que sonreía.

—¿Te has hecho el muerto para que te abrazase?

—No cariño, me he dado un golpe en la cabeza cuando ese gigante se ha caído sobre mí. Aunque reconozco que ha sido una escena conmovedora —se tocó las costillas dolorido—. Solo te ha faltado decir esas dos palabritas que te cuestan tanto decir.

—Serás... —y le pegó en pecho.

—Auch, cariño, que estoy débil—. Damyan vio que Tara estaba sangrando y se incorporó de golpe—. Mierda nena, estás sangrando.

—No es nada —dijo a la vez que se miraba el hombro.

Carol se acercó hacia ellos.

—Chicos, vamos a salir de aquí. El equipo médico ha llegado, será mejor que te vean esa herida.

Salieron a la calle. Damyan no la soltaba, ayudándola a andar. Sonia estaba en una de las ambulancias, tumbada en una camilla. Tara entró y se sentó a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó Sonia—. Tenía miedo de que te hubieran hecho algo.

Tara le agarró de la mano.

—Estoy bien, ¿y tú?

—Ahora sí.

Sonrieron y se dieron un fuerte abrazo, pero ambas se quejaron por las heridas que tenían.

—Estamos hechas un asco, será mejor que vayamos al hospital —dijo Sonia.

Se fueron los tres en la misma ambulancia, pero antes Tara se despidió de Carol y ésta le dijo que iría a verla allí.

Al día siguiente se despertó con el brazo dolorido. Le habían tenido que dar puntos, pero se encontraba bien. No había nadie en la habitación, estaba sola. Recordó el día anterior, parecía que había sido un sueño. Damyan le dijo que iría a la comisaría con Carol a declarar, después iría a casa a ducharse. Quería volver esa misma noche, pero Tara se lo impidió, prefería que ambos descansaran y podría verla al día siguiente.

—Hola, ¿estás despierta? —giró la cabeza y vio a Carol.

—Sí, pasa —le tendió la mano para que la agarrase—. ¿Cómo ha ido todo?

—Muy bien, la pena ha sido que Igor murió en el tiroteo. Lo querían vivo, pero bueno, al fin lo hemos atrapado, por lo que si antes la organización estaba debilitada, ahora prácticamente ha desaparecido. No tenía muchos aliados que digamos.

—Gracias por todo Carol, siempre has estado ahí para mí. Siento no haberte dicho lo que ocurría, pero tenía miedo y necesitaba esperar y ver cuál era la opción correcta.

—Y lo hiciste bien, pero me hubiera gustado que confiaras antes en mí.

—Lo importante es que lo hice —sonrió.

—Sí, me alegro de que así fuera. Espero que sigamos en contacto, ahora ya eres libre.

Tara no se atrevía a preguntar.

—Y, ¿Gael?

Carol miró hacia abajo e hizo una mueca.

—Bueno, tenía un disparo en el estómago. Ayer le operaron de urgencia y por ahora está en observación, su estado es muy crítico—. Tara asintió y se acarició el pelo algo nerviosa—. No te preocupes, si sobrevive, esta vez no saldrá del hospital. Irá derecho a la cárcel.

—Sí, lo sé —murmuró.

Si era honesta no estaba del todo segura que fuera así, parecía que Gael encontraba siempre la forma de renacer de sus cenizas. Era como si tuviera siete vidas y solo las viviera para lograr martirizarla, como si ese fuera su único aliciente. Se preguntó si realmente habría acabado todo.

CAPÍTULO 24

Sonia y Tara llevaban una hora hablando en la habitación del hospital. Desde que a Tara le habían dado el alta iba todos los días a verla. Dentro de poco, Sonia también saldría de allí. Ya se encontraba mucho mejor.

—Estarás deseando irte a casa —afirmó Tara.

—Sí... bueno.

La respuesta no fue tan rotunda como esperaba. La miró extrañada y en ese momento entró Alberto.

—Hola Sonia, ¿cómo estás? Vengo a tomarte la temperatura —vio que estaba Tara a su lado y se dirigió a ella—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias Alberto. Y nuestra enferma quejica, ¿está mejor?

—Está muy bien...

Él miró a Sonia de una forma distinta, no parecía que fuera solo su paciente. Tara se dio cuenta al ver que su amiga se ruborizaba. No se lo podía creer, ¿había algo entre ellos?

—Hoy me encuentro mejor, ya no he tenido mareos y las costillas apenas me duelen.

No dejaban de sonreírse y mirarse el uno al otro.

—Voy a seguir con la ronda —Alberto miró a Tara y se despidió de ambas.

—¿Qué coño pasa? —preguntó con una sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—Sonia, no te hagas la tonta —le dio un golpe en la pierna—. Te gusta Alberto.

Su amiga se empezó a reír.

—Bueno, el chico no está mal. ¿Has visto que ojos más azules tiene? Y ese flequillo que le cae por los ojos... parece un chico malo.

Tara soltó una carcajada.

—¿No has tenido ya suficiente de chicos malos?

—Este lo parece, pero creo que no lo es.

—Sí, creo que es un buen chico. Me alegra tanto que estés mejor...

—Lo estoy, de verdad. ¿No tenías que irte a cenar?

—¿Me estás echando? —le dijo riéndose.

—Para nada, lo que creo es que me estás utilizando como excusa.

—Estoy un poco nerviosa por cenar con la familia de Danyan. Deséame suerte.

—No la necesitas. Les vas a caer genial, ya lo verás.

Se miraron y se quedaron calladas, Tara se puso algo más seria.

—Sonia, de verdad puedo creerte cuando me dices que Gael...

—Tranquila, no abuso de mí, no voy a negarte que me trató muy mal, me golpeó y cuando entré aquí estaba deshidratada, pero lo que tú piensas no ocurrió. Soy más fuerte de lo que crees, superaré esto. Seré igual de valiente que tú.

—No lo soy y odio que te haya pasado todo esto.

Sonia puso la mano sobre la de Tara y la miró con afecto.

—No me arrepiento de haberte conocido, todo lo contrario, siempre has sido un gran apoyo. Me alegro de saber por fin tu pasado y que ahora no tengas que callarte nada.

—Gracias por estar ahí.

Se dieron dos besos y se despidió de ella. Cuando iba hacia el ascensor, una idea se empezó a formar en su mente. Gael no estaba en aquel hospital, pero estaba en La Paz, ambos hospitales se encontraban muy próximos el uno del otro. Cogió el coche y quince minutos después, subía por el ascensor de camino a su habitación. Le habían indicado que no podía recibir visitas, pero se coló igualmente. Un policía hacía guardia en su habitación, al verla supo que era Tara. La mayoría la conocían. Le pidió que por favor le dejase verlo. El policía la observó analizándola, pensando bien si aceptar su petición.

—Bien, puedes entrar, pero solo unos minutos. Entraré contigo, no puedo dejarte sola.

Ella asintió y ambos accedieron a la habitación. Estaba lleno de cables, por todos lados. En el monitor se veían sus pulsaciones, la presión... Estaba muy pálido y al verlo así le pareció que se encontraba muy débil. Por primera vez, su propio cuerpo no estaba tenso por estar cerca de él, sentía que le había ganado, realmente creía que lo había superado, que por fin dejaría de acosarla. Ya no era nadie.

Se acercó hasta la cama.

—¿Cree que puede escucharnos? —preguntó al policía.

—No lo sé, no estoy seguro.

Tara se acercó a su oído y le susurró algo para que el agente no pudiera escucharle.

—Gael, soy yo, Ariadna. Ya no te tengo miedo, si sales vivo de aquí te pudrirás en la cárcel. Seré feliz y no podrás alcanzarme, no me harás daño nunca más —se quedó en silencio y enfatizando cada una de las palabras, le dijo—. Te he vencido, capullo.

El sonido del monitor comenzó a pitar cada vez más deprisa, Tara lo miró y vio que las pulsaciones estaban subiendo. Juraría que lo había escuchado. Una media sonrisa se dibujó en su

rostro y, justo cuando se iba a ir, Gael la agarró de la muñeca. Se sobresaltó y observó su cara. Tenía los ojos abiertos y se clavaban en ella mirándola intensamente. Se soltó de su agarre mientras que el policía le preguntaba si se encontraba bien.

—Sí, estoy bien.

En ese momento Gael intentó moverse, pero no podía, la máquina sonaba cada vez más deprisa. Algo iba mal, tres enfermeras entraron corriendo y los echaron de la habitación.

—Será mejor que te vayas —le aconsejó el policía.

—Gracias por dejarme pasar.

Se fue de allí, sin saber qué demonios estaba sucediendo. Ahora tenía cosas más importantes en que pensar, ya se enteraría de su estado más tarde.

Tara no sabía qué ponerse, llevaba una hora delante del armario y ya se había probado cuatro modelos distintos. Quería darles buena impresión, no se lo podía creer pero estaba nerviosa por cenar con los padres y la hermana de Damyan. Finalmente se decidió por unos vaqueros y una camisa morada y ajustada. Se dejó el pelo suelto y se lo rizó un poco en las puntas para darle forma. Se pintó ligeramente los labios y se aplicó un poco de rimmel en las pestañas, ya estaba lista.

Cogió el coche y fue a la dirección que Damyan le había indicado. Prefería ir ella y le pidió que no fuera a buscarla. Cuando estaba delante de la puerta, respiró unas cuantas veces dándose ánimos y llamó. No tardaron ni dos segundos en abrir, se encontró con la madre y la hermana que la recibieron con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, tú debes de ser Tara, soy Mónica, la madre de Damyan —se acercó a ella y le dio dos besos.

—Encantada —contestó Tara algo nerviosa. Saludó a Paula, mientras que le agarraba por el brazo llevándola a la sala.

En el salón estaba el padre de Damyan. Se dieron dos besos. Miró hacia los lados, no le veía por ningún sitio. En ese instante sintió unas manos rodeando su cintura.

—Hola, preciosa —murmuró cerca de su oreja haciendo que sintiera escalofríos.

Se dio la vuelta y le observó. Estaba muy atractivo, llevaba una camiseta azul marino y unos vaqueros ajustados. Sus intensos ojos oscuros le hablaron, le decían que se moría por besarla, igual que ella a él.

Lo hizo, pero el beso fue muy breve al estar toda la familia mirándolos, pero eso no impidió que la química naciera entre ellos de forma rápida e intensa como siempre pasaba cuando se tocaban. A duras penas logró separarse de su cuerpo.

—Déjala Damyan, luego la tendrás para ti solito. Ven Tara, voy a enseñarte la casa —le dijo la madre.

Ella le miró sonriendo a la vez que se iba con Mónica y Paula. Damyan se apoyó en el marco de la puerta, no veía el momento de estar a solas con ella. Después de todo lo que había pasado, apenas se habían visto. El trabajo, la policía, el hospital, todo fue un caos absoluto. Ese era el primer día que por fin estaban algo tranquilos. Si su madre no se hubiera empeñado, no habría quedado para cenar, pero tenía que hacerlo y más al contarles toda la historia. Ya sabían todo lo que había ocurrido con Tara en el pasado y si antes querían conocerla, ahora con más razón. Su madre sintió compasión por ella y por todo lo que había pasado en su vida.

Se sentaron todos en la mesa y Paula y Mónica no dejaban de hacerle preguntas sobre su trabajo como mecánico. Tara respondía sin parecer molestarle el interrogatorio. Se lo estaba pasando bien.

—Y... ¿cómo os conocisteis? —preguntó Paula.

Ambos se miraron, esa era una pregunta comprometida.

—En el cine —dijo Tara.

—¿En serio, ibais con más amigos?

—No, mi amiga Sonia iba a venir, pero no pudo salir por el trabajo y entré yo sola. Damyan fue a ver la misma película.

—Le pedí a la taquillera que me diera el mismo asiento —confesó a la vez que la miraba.

—Eso no lo sabía —respondió Tara.

—Sí, te había visto antes de que entraras y te escuché que ibas a ver la misma película que yo. No podía desaprovechar esa oportunidad y quise estar cerca.

—¡Qué romántico! —dijo Paula haciendo que ambos volvieran a la realidad—. ¿Y qué pasó después?

Tara se ruborizó al recordarlo. No podían decirles lo que realmente había ocurrido, que se dejaron llevar y terminaron teniendo sexo en la sala del cine.

—Cuando acabó la película la invité a cenar y ella aceptó —concluyó Damyan.

Tara respiró aliviada. El sonido de su móvil había empezado a sonar.

—Perdonad, tengo que cogerlo —lo sacó del bolsillo y vio que era Carol.

Damyan miraba a Tara que no dejaba de dar vueltas en el salón. No sabía con quién estaba hablando, pero parecía muy seria. Esperaba que no hubiera ocurrido nada grave. Ahora que Igor había muerto y que Gael se encontraba en el hospital, suponía que todo empezaría a ir mucho mejor. Por fin la había visto más relajada y no quería que nada lo enturbiase.

Tara se acercó a la mesa, ya había dejado de hablar por teléfono.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Mónica preocupada.

—Era Carol, una amiga policía.

—Sí, sé quién es, Damyan nos ha contado la historia —confesó Mónica.

Tara le miró y el asintió.

—Entonces sabréis quien es Gael.

—Ese malnacido —espetó el padre de Damyan.

Por un momento Tara se sentía incómoda, todas las miradas se dirigían a ella y al parecer todos sabían lo que le había ocurrido en el pasado. Le inquietaba lo que pudieran estar pensando, si estarían de acuerdo con que tuviera una relación con Damyan al ver que solo le había traído problemas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Damyan algo intranquilo.

—Ha muerto.

Todos se quedaron callados, Tara miraba hacia el plato sin saber qué decir. Mónica la cogió de la mano.

—Hija, no le deseo el mal a nadie, pero reconozco que me es indiferente que ese hombre siga vivo o muerto. Ha hecho mucho daño y provocado mucho dolor, nadie le echará de menos.

—Hoy fui a verle al hospital.

—¿Por qué? ¿Para qué? —preguntó Damyan algo molesto, no le gustaba que hubiera estado cerca de él.

Ella le miró.

—Tenía que enfrentarme a él, no quería seguir teniéndole miedo. El policía me permitió entrar y... —Mónica apretó su mano animándola a seguir—. Le dije que iba a continuar con mi vida, que se pudriría en la cárcel y que le había vencido.

—Muy bien dicho —dijo Paula.

—Sí, pero me escuchó, me agarró de la mano mientras que la máquina empezaba a pintar muy fuerte. Las enfermeras entraron y me fui de allí. Parece ser que tuvo una crisis y no lo ha superado.

—No te vayas a sentir ahora culpable por su muerte —le regañó Mónica.

—Sinceramente, no siento nada. Me es indiferente.

—Y así tiene que ser hija. Mi hijo me ha contado lo sola que has estado durante este tiempo.

—No quiero que sienta lástima por mí.

—¿Lástima? —dijo Mónica—. Admiro tu fortaleza, la valentía de querer hacerlo sola. No

quisiste involucrar a mi hijo. No es lástima lo que siento, es respeto. Lo único que lamento es que hayas estado tanto tiempo sola, que te hayan arrebatado a un ser querido.

—Muchas gracias —se sinceró Tara—. Hice lo que cualquiera hubiera hecho en mi situación.

—Creo que es hora del postre —dijo Damyan intentando cambiar de tema.

—Sí, tienes que probar el mus de chocolate que hace mi madre, es tremendo, ¿verdad hermanito?

Él sonrió. Comenzaron a hablar del ex de Paula, finalmente lo habían dejado, ahora estaba soltera y feliz. Tara se sintió muy a gusto con ellas, parecía una más. Después de unas horas se despidieron, haciéndola prometer que volverían pronto.

Damyan y Tara llegaron hasta el coche.

—¿Qué tal? ¿Lo has pasado bien?

—Sí, mucho. No pensé que me iban a aceptar tan pronto.

La aprisionó contra la puerta.

—¿Y por qué no? Eres asombrosa.

—Que idiota eres —contestó a la vez que sonreía. Damyan la agarró de la cintura y ella jugaba con el cuello de su camiseta—. El día que salimos del hospital, me preguntaste que si me pasaba algo —él asintió—. Cuando salí de allí, al ver lo bien que me habían tratado y lo a gusto que estuve con ellos, sentí envidia. Quería tener una familia así.

—Bueno, ahora la tienes. Eres mía Tara y todo lo mío es tuyo.

Tara se empezó a reír a carcajadas.

—¿Soy tuya? Como suena eso, pareces un neandertal y un...

No la dejó terminar y la besó. Tara sintió su masculino cuerpo presionado contra el suyo, las manos en su cintura la quemaban. Se estaba derritiendo.

—Llevaba todo el día esperando para poder hacer esto. —dijo Damyan.

—¿Vamos a tu casa? —preguntó Tara de forma pícaro.

—Quiero llevarte a un sitio antes.

Tara frunció el ceño. Era tarde y lo que más deseaba era estar con él a solas, sin nadie que los molestase. Durante toda la noche la química había seguido presente entre ellos, cada vez que se rozaban y se miraban, sus cuerpos querían juntarse y no parar de tocarse.

—Es tarde...

—Lo sé, pero te gustará.

Aparcaron en un centro comercial, el mismo donde se conocieron por primera vez. La llevó

casi arrastras y corriendo hasta la planta de arriba. Ella no dejaba de preguntarle donde iban, hasta que se pararon en la taquilla del cine. Damyan compró las entradas y se la enseñó. Tara abrió los ojos sorprendida, llevaba mucho tiempo queriendo ver esa película, por fin se había estrenado, pero con todo lo que había ocurrido, no había tenido mucho tiempo para pensar en divertirse. Entraron a la última sesión. La sesión “golfá”, así es como la llamaban cuando era tan tarde.

Accedieron a la sala y se sentaron en la fila siete.

—La fila siete, ¿eh? —le dijo Tara con voz pícaro.

—Es la mejor.

Tara puso los ojos en blanco y se sentaron, cuando iba a empezar la película, otra pareja se sentó en la misma fila que ellos.

—Creo que mi plan no ha funcionado como yo quería.

Ella se empezó a reír.

—¿Pensabas volver a repetir nuestra primera cita?

—No, seré bueno y veremos la película.

Cuando llevaban veinte minutos, Tara ya estaba sofocada. Damyan no había dejado de acariciar su mano, él de vez en cuando le preguntaba algo y le rozaba con los labios la oreja, el cuello. Le miraba, pero se hacía el distraído, como si no la estuviera provocando intencionadamente.

—Damyan —murmuró.

—¿Sí?

—¿A qué estás esperando para besarme?

Ambos se miraron y él entrecerró los ojos. Deslizó la mano por su cuello y la atrajo hacia sus labios. La besó despacio, mordió su piel, e introdujo la lengua en su boca. Tara gimió y él profundizó más el beso, ahora lo hacía con ansiedad, la necesitaba, la deseaba de una forma desesperada. Se separaron, tenían la respiración agitada.

—Vámonos, Damyan. Quiero estar toda la noche en tu cama.

Él apoyó la frente contra la suya.

—Estaba deseando que me dijeras eso. No te imaginas lo mucho que te deseo.

Se fueron de allí a toda prisa, llegaron al apartamento de Damyan y sin parar de besarse fueron al dormitorio. Se desnudaron, la tumbó en la cama y se puso encima de ella. Cuando iba a besarla, Tara le puso la mano en la boca.

—¿Qué ocurre? —le dijo él algo sorprendido.

—Cuando te vi allí, con los hombres de Igor agarrándote. Fue horrible, sentí una gran angustia al pensar que podía pasarte algo.

—Todo está bien ahora, preciosa —le dio un beso en la mejilla.

—Gracias por estar ahí. Por haberme ido a buscar, aunque no tenías que haberme seguido.

—Ya hemos hablado sobre eso. Me da igual que te molestase. No podía dejarte, tu solita eres un peligro. Eres capaz de cualquier cosa, como quedar con dos peligrosos asesinos.

—Llamé a la policía —protestó.

—Sí, pero por poco te matan.

—Y a ti.

Damyan la besó en el cuello.

—No quiero hablar más de eso. Tendré que hacer algo para que seas más obediente.

Tara le cogió del pelo y tiró de él. Damyan protestó y ella le miró desafiante.

—Eso va a ser difícil.

—Bueno, no me importará domarte.

—Veremos quien doma a quien —le dijo provocándole.

Damyan la cogió ambos brazos levantándoselos por encima de la cabeza. Se los sujetó con una mano mientras que con la otra le acariciaba la cintura bajando hasta su muslo.

—Sí, nena, lo veremos.

La volvió a besar intensamente y cuando se separó, se volvió a sorprender por lo que le dijo.

—Te quiero, Damyan.

Los ojos de color miel le miraban con sinceridad, deseo y necesidad.

—Mierda.

—¿Cómo? —preguntó confusa.

—Bueno, es lo que me dijiste tú a mi —Damyan se empezó a reír y Tara le dio un golpe en el hombro—. No necesito que me lo digas —acariciaba su mejilla con ternura—, pero he de reconocer que me ha gustado escuchártelo decir.

—Te lo he dicho porque me ha salido de dentro, pero no te acostumbres —le dijo sonriendo.

—No, no lo haré, nunca me acostumbraré a que me lo digas, no me cansaré de escucharlo y no dejaré de decírtelo.

Tara pensó que por fin podía vivir el presente sin miedo, sentía una sensación distinta. Estaba tranquila, por primera vez en su vida, se podía relajar tanto mental como físicamente. No quería

borrar su pasado, en él estaba su tío al que siempre recordaría con mucho amor y cariño. A partir de ese momento, miraría atrás sin miedo, sin odio porque había dejado atrás a los demonios, ya no podrían alcanzarla, intentaría quedarse con lo que había aprendido, con las cosas buenas que tuvo una vez. Había tanto por lo que disfrutar en el presente, no le gustaba mucho pensar en el futuro, pero sin poder evitarlo le llegaron imágenes de ella y su propia familia formada con Damyan. Una nueva esperanza nació en su pecho.

Tara le agarró del cuello y mordió su boca. La pasión se despertaba como un huracán en aquella habitación. Las caricias ardían en la piel de uno y otro. Los gemidos se mezclaron con cada respiración y el éxtasis los envolvió a ambos. Las manos de Damyan se deslizaban por su pecho haciéndola arder.

—Damyan... —gimió excitada.

—Sí nena, voy a demostrarte todo lo que siento por ti —sus labios rozaban su boca—. No me canso de tocarte, de besarte. Eres tan suave.

Hicieron el amor durante horas, parecían querer recuperar el tiempo perdido, no podían separarse. Cuando el clímax los envolvió de nuevo, se abrazaron. Damyan la miró a los ojos y acarició su pelo mientras Tara perfilaba sus labios con el dedo.

—Tara.

—¿Sí?

Él rozó la nariz con la suya y de forma ronca y sugerente le dijo algo que la hizo sonreír.

—Todavía no he acabado contigo.

FIN

EPÍLOGO

Tara se quitó el casco de la moto y observó el paisaje. Era increíble, tal y como se lo había imaginado. Siempre soñó con visitar aquel lugar y ahora estaban allí, en el Gran Cañón del Colorado. Llevaban trece días de viaje, montados en una Harley recorriendo la famosa Ruta 66.

Cuando Damyan se lo propuso no lo dudó ni un momento. Ahorraron todo lo que pudieron y se guardaron días de vacaciones para poder estar el máximo tiempo posible. El viaje comenzaba en la ciudad del viento, Chicago. Alquilaron una moto y aunque las distancias de un sitio a otro eran enormes, los hermosos paisajes, los ranchos, el desierto, las ciudades abandonadas...hacían que mereciera la pena.

En Chicago disfrutaron de los clubes de jazz, pasaron por el río Mississippi, siguieron por la parte india del viejo Oeste entre Tulsa y la ciudad de Oklahoma. Atravesaron Cadillac Ranch, donde miles de viajeros firmaban en los diez Cadillac cubiertos de graffiti, pasaron por Nuevo Méjico, y después de pasar la noche en Flagstaff, un pueblo con un paisaje árido y plano, fueron hacia el Gran Cañón.

Damyan la agarró por la cintura y le besó el cuello.

—¿Estás preparada?

Ella lo miró por encima del hombro y asintió. Cogieron lo imprescindible y fueron bordeando el camino para ir recorriendo una parte del Cañón. Había carteles en los que advertían que hacer el camino de bajada y subida el mismo día podía ser peligroso, incluso podías sufrir enfermedades graves o muerte por agotamiento. Si bajabas durante una hora, para subir serían dos.

Caminaron durante varias horas, se encontraron con algún que otro turista, pero lo que más les sorprendió fue cruzarse con una familia de Amish. El marido iba delante, con un sombrero negro y una barba larga y oscura. El hijo de unos siete años cogía de la mano a la madre que llevaba un vestido gris y un pañuelo blanco en la cabeza. Parecían sacados de una película, los saludaron y siguieron la ruta.

Tara sacó la botella de agua, necesitaba refrescarse. Era finales de mayo y ya hacía bastante calor. Vieron un saliente de una roca grande y plana y se sentaron para descansar un rato. Tara se quedó observando el paisaje, era increíble, las rocas anaranjadas cambiaban levemente de color según iba moviéndose el sol. El viento cálido refrescaba su nuca, cerró los ojos y sintió la paz de aquel inmenso paraje.

—¿Qué piensas? —preguntó Damyan.

—Pienso que este sitio es espectacular. He soñado tantas veces con estar aquí y todavía no me puedo creer que se haya hecho realidad.

Él se aproximó y la cogió de la barbilla.

—Tú sí que eres espectacular —susurró cerca de sus labios.

La besó con delicadeza y ella introdujo la lengua en su boca. Él excitado por su contacto, la agarró del cuello profundizando más en su interior.

Ya habían pasado tres años desde que se conocieron y muchas cosas habían cambiado, excepto la química y el deseo que sentían el uno por el otro. Día a día Tara había logrado abrirse a él, los miedos de su pasado ya no estaban presentes aunque las pesadillas no habían desaparecido del todo, pero afortunadamente ya no eran tan a menudo. Cuando se despertaba sudando y agitada, Damyan estaba ahí para abrazarla y eso hacía que se sintiera mejor. A su lado se sentía protegida, sabía que con él podía ser capaz de superar cualquier obstáculo.

Su familia era encantadora, su hermana Paula había llegado a convertirse en una gran amiga. Tenía una nueva conquista, parecía entusiasmada pero no sabía cuándo le duraría. Pensó en Sonia, se fue a vivir con Alberto, y ya estaban esperando su primer hijo, en quince días daría a luz. Tara esperaba que no se le adelantase para poder estar allí cuando naciera. También mantenía contacto con Carol, la habían ascendido y seguía trabajando sin descanso.

Tara se separó y le miró a los ojos.

—¿Te he dicho alguna vez lo inmensamente feliz que me haces?

—Sí —se acarició la barbilla y la observó de reojo—, pero deberías decírmelo más a menudo, creo que no me tratas con demasiado cariño.

—Pero que idiota eres —le contestó dándole un pequeño golpe en el brazo.

—¿Lo ves? No sirve de nada el saco de boxeo que te regalé.

—Que nenaza que eres —Tara le sacó la lengua.

Damyan le agarró la mano.

—Tú también me haces muy feliz, por eso espero que te guste lo siguiente que te voy a proponer.

Ella levantó una ceja, seguro que volvía a gastarle alguna broma. No paraba de hacerle reír, era una de las muchas cosas que le gustaban de él. Nunca se aburrían.

—Miedo me das.

—Mañana nos vamos a Las Vegas.

—¡Sí! ¡Que ganas!

Tara vio que se ponía serio y algo tenso. Cogió la mochila y rebuscó algo en ella hasta que sacó una cajita pequeña y cuadrada. Se miraron fijamente.

—Sí, es lo que piensas —ella se quedó callada sin saber que decir—. Quiero casarme contigo,

y que mejor sitio que Las Vegas. En vez de llevarte en una carroza con caballos te voy a llevar en nuestra Harley de alquiler y hacerte mi esposa.

—Eres un romántico —contestó poniendo los ojos en blanco.

Damyan abrió la caja y Tara vio el anillo. Los tres oros se entrelazaban haciendo que fuera una joya preciosa. Nunca pensó que le haría ilusión que la propusieran matrimonio, para ella era un simple papel, pero hacerlo en Las Vegas era totalmente distinto y sobre todo porque con quien se casaba era con él.

Durante todo el tiempo que habían estado juntos, se había ido enamorando más de él. Se sentía escuchada, valorada y muy querida. Tara no podía olvidar lo mucho que le ayudó, la paciencia que tuvo cuando la conoció. Nunca se rindió, incluso cuando intentó apartarle de su vida, no una vez, sino en varias ocasiones, no se dio por vencido, siguió apoyándola manteniéndose a su lado.

Nunca había llegado a imaginar que pudiera tener una relación tan completa. Por supuesto que discutían y tenían sus diferencias, pero lo importante es que ambos ponían de su parte para modificar lo que les molestase de uno u otro.

Tara valoraba todo lo que tenía, el día a día, las pequeñas cosas que le daba la vida y de las que muchas personas apenas se daban cuenta. Por fin sentía que pertenecía a alguien, que tenía una familia, amigos y gente en la que poder confiar. No se sentía tan sola, no tenía el miedo constante de estar poniéndoles en peligro por estar a su lado, y lo más importante, la libertad de poder ir donde quisiera, el dejar de mirar por encima del hombro, el no sentir una amenaza a su alrededor.

—Así es que quieres que sea tu esposa...¿Estás seguro?

—Claro que sí, eres una fierecilla y la única manera de mantenerte a raya es haciéndote mi mujer.

—Por supuesto, para que te planche, cocine y tengas la cena cuando vengas del trabajo ¿no?

—Sí, eso estará muy bien —se acercó de nuevo a su boca susurrándole muy cerca de sus labios—. Pero no se te olvide que te quiero todos los días en mi cama.

Incluso habiendo pasado el tiempo, seguía provocándola con solo mirarla. Damyan la besó y, despacio, la fue tumbando en la roca plana. Metió la lengua en su boca, profundizando el beso, deslizó la mano desde su fino cuello, bajando por la clavícula y bordeando sus costillas. Le levantó la camiseta y acarició la suave piel del estómago. Fue subiendo lentamente y llegó hasta el inicio de su pecho. La respiración de ambos se agitaba y el beso cada vez era más intenso.

—Tara, creo que va siendo hora de irse — le dijo con la voz ronca.

—Eres insaciable ¿lo sabías?

—Sí, te lo voy a demostrar en cuanto llegemos —la comisura de sus labios se curvó de forma

pícara.

—Todavía no te he contestado.

—No hace falta, si me dices que no, sabes que soy capaz de secuestrarte y llevarte al altar cargada en mi hombro —Tara comenzó a reírse a carcajadas—. Cuando lleguemos a Las Vegas te casarás conmigo y, durante toda la noche, haré todo lo necesario para darte placer, para que grites con cada orgasmo —Rozó el pezón y Tara gimió.

—Estate quieto que aquí nos detienen por escándalo público.

—Vale, pero nos vamos, necesito tocarte ya.

—Eres un marimandón, te voy a torturar en la moto como castigo.

—Prepárate Tara, porque voy encargarme de que en la noche de bodas volvamos tres a Madrid.

Tara volvió a reírse.

—Que confianza tienes en ti mismo —le dijo levantando las cejas—. Sabes que lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas.

—Sí, bueno —le mordió el labio inferior—, eso ya lo veremos.

Y Damyan cumplió cada una de sus promesas.